

Antonio R. Eljuri-Yúnez S.

La Batalla Naval del Lago de Maracaibo





La Batalla Naval del Lago de Maracaibo

1.^a edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023
1.^a edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023
2.^a edición, Editorial Arte, Caracas, 1973

© Antonio R. Eljuri-Yúnez S.
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección
Coral Pérez

Diagramación
Sonia Velásquez

Dieño de portada
Greisy Letelier

Imagen de portada
Acción del Castillo de Maracaibo (1823), José María Espinosa
Óleo sobre tela (87 x 124 cm). Museo Nacional de Colombia.

Hecho el Depósito de Ley:
ISBN: 978-980-14-5322-2
Depósito legal: DC2023001011

Antonio R. Eljuri-Yúnez S.

La Batalla Naval del Lago de Maracaibo

ÍNDICE

Dedicatoria a la primera edición	9
Dedicatoria a la segunda edición	11
La batalla bicentenaria del Lago de Maracaibo y el fortalecimiento de una Armada	13
Nota editorial	15
Introducción a la primera edición, por el autor	17
Introducción a la segunda edición, por el autor	19
Prólogo de la primera edición: La batalla final, por José Nucete Sardi	21
Prólogo de la segunda edición: Para la meditación y el entusiasmo, por Augusto Mijares	25
I. Acontecimientos político-estratégicos después de Carabobo	29
II. Sucinta descripción del teatro de operaciones	43
III. Repercusión de la conquista y ocupación de Maracaibo	53
IV. Conquista y ocupación de Maracaibo por los realistas. Operaciones de los republicanos para su conquista	69
V. Operaciones de la escuadra española que trajo el capitán de navío Ángel Laborde y Navarro	87

VI. Fuerzas navales en presencia	97
VII. Incursiones piratas en el lago. Forzamiento de la barra por la escuadra republicana	111
VIII. Consideraciones acerca del forzamiento de la barra de Maracaibo por la escuadra republicana	119
IX. El plan de defensa de Maracaibo	127
X. Cimientto y acciones de las escuadras rivales entre el 20 de mayo y el 20 de julio de 1823	133
XI. Movimientos y acciones preliminares durante el 21, 22 y 23 de julio	137
XII. La batalla	147
XIII. Comentarios y anécdotas	161
Apéndice I	167
Apéndice II	169
Apéndice III	173
Apéndice IV	185
Índice de términos náuticos	187
Bibliografía	193

Dedicatoria a la primera edición

*A los Oficiales Alumnos de la Escuela de Guerra Naval
de mi país, forjadora de Oficiales de Mando y Estado Mayor.*

*A la Escuela Naval “Arturo Prat” y a la Academia Superior
de Guerra Naval, prestigiosos institutos chilenos, como testimonio
de reconocimiento por las sabias enseñanzas que en ellos me impartieron.*

*A la progresista y dinámica ciudad de Maracaibo,
como homenaje en el cuatricentenario de su fundación.*

*A los Capitanes de Navío Ramiro Pérez Luciani, Héctor Rivero Cordero
y Magín La Grave Fry, y al Teniente de Navío Bernardo Jurado Toro.*

*A su Eminencia Reverendísima Monseñor
Doctor José Alí Lebrún, Obispo de Valencia.*

Dedicatoria a la segunda edición

A la memoria de mi esposa, muerta a temprana edad. Con amor.

*A los Oficiales Alumnos de la Escuela Superior de Guerra Naval
de mi país, forjadora de Oficiales de Mando y Estado Mayor.*

*A la Escuela Naval “Arturo Prat”, “Escuela de Máquinas
y Electricidad de la Armada” y a la “Academia Superior
de Guerra Naval, prestigiosos institutos chilenos, como testimonio
por las sabias enseñanzas que en ellos me impartieron.*

*A la progresista y dinámica ciudad de Maracaibo, en cuyo lago homónimo
se libró la gloriosa batalla cuyo sesquicentenario se conmemora este año.*

*Al Contralmirante Ramiro Pérez Luciani, Capitanes de Navío
Héctor Rivero Cordero (Q. E. P. D.) Magín La Grave Fry,
Capitanes de Corbeta Bernardo Jurado Toro y Tomás Antonio
Marino Blanco, y Teniente Francisco Alejandro Vargas, consecuentes
amigos y distinguidos escritores de temas históricos navales.*

*A su Eminencia Reverendísima Monseñor Doctor José Alí Lebrún,
Obispo Coadjutor de la diócesis de Caracas.*

La batalla bicentenaria del lago de Maracaibo y el fortalecimiento de una Armada

La Venezuela del siglo xix obtuvo su reconocimiento como nación libre e independiente a través del difícil y largo proceso que significó la guerra de independencia. El pueblo se unió a esta noble causa para lograr el triunfo ante la tiranía del imperio español. Campesinos, pescadores, hombres y mujeres de nuestra Patria, se unieron para consolidar una sola nación.

A doscientos años de la batalla que confirmó la independencia de nuestra Patria es necesario rendir tributo a quienes, de la mano con la historia, han producido el relato de esta importante batalla naval. Recordar que el pueblo acompañó a nuestro Ejército Libertador esa mañana del 24 de julio de 1823. Los pescadores guiaron a los patriotas, les señalaron donde podían encallar, entre otras cosas. Ya lo dijo el Cantor Alí Primera: “El Pueblo es sabio y paciente”, y también valiente.

La conmemoración del Bicentenario de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo (1823-2023) nos invita a reflexionar profundamente en este presente. Venezuela se encuentra en el concierto de voces de las naciones del mundo, posee una identidad, una historia insurgente y un presente de lucha continua.

Nota editorial

Conmemoramos este año el Bicentenario de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo. Tal evento nos invita a retomar un conjunto de títulos que por su importancia y pertinencia son considerados textos emblemáticos por su nivel de profundidad y esclarecimiento. Obras que necesitaban volver a circular como un claro antecedente de la importancia marítima que significó esta importante batalla y el papel que desempeñaron sus protagonistas y estrategas. Estamos convencido que la actual reedición será apreciada por los investigadores, historiadores, especialistas, estudiantes y lectores en general que se interesan por nuestra historia patria.

Para la actual reedición de *La Batalla Naval del Lago de Maracaibo* hemos tomado la que fuera publicada por Editorial Arte, en 1973. En los casos estrictamente necesarios, se ha actualizado la ortografía y corregido las erratas advertidas.

Introducción a la primera edición

El presente trabajo, escrito en estilo narrativo, ha sido hecho principalmente para reunir en un solo cuerpo, en forma objetiva, todos los antecedentes que condujeron a la Batalla Naval del Lago de Maracaibo. La relación de estos sucesos se encontraba dispersa en varias obras y documentos que, por haber sido publicados de manera fraccionada, no contribuían a dar una visión panorámica completa acerca de la importancia de aquel acontecimiento. El autor se ha abstenido, premeditadamente, de emitir juicio respecto de algunas decisiones para dejar el estudio crítico de ellas a cargo de los Oficiales Alumnos de la Escuela de Guerra Naval y evitar así que su opinión influya en el ánimo de ellos, a quienes está dedicado este trabajo.

Preguntas como estas: ¿Debió dirigirse Laborde a Maracaibo o a Puerto Cabello? ¿Debió Morales cambiar su base de operaciones para San Carlos? ¿Debió aceptar batalla en ese sitio? ¿Debió rendirse el Coronel Villasmil o esperar?... Y otras más, deberán ser estudiadas y resueltas por los Oficiales Alumnos con entera independencia de criterio.

El autor desea, dejar constancia de su agradecimiento a las personas mencionadas en estas líneas introductivas, por la colaboración generosa y desinteresada que le prestaron en la preparación de esta obra y a aquellas otras que lo alentaron con frases de estímulo. Son estas personas: los compañeros de armas y amigos, General de Brigada Martín García Villasmil, Ministro de la Defensa; Contralmirante Jesús Carbonell Izquierdo, excomandante General de la Marina; Contralmirante Pablo Cohén Guerrero, excomandante de la Infantería de Marina;

Contralmirante Pastor Naranjo, ex Inspector General de la Marina; el distinguido pedagogo y escritor Augusto Mijares por sus valiosas observaciones respecto de la mejor ordenación de los capítulos y acotaciones de carácter histórico; el Teniente (R) Francisco Alejandro Vargas por sus importantes sugerencias en este mismo sentido; los estimados y buenos amigos periodistas Carlos Navarro Giral y Julián Martínez, Secretario Privado del Ministro de la Defensa y del Contralor General de las Fuerzas Armadas, respectivamente, quienes cooperaron, muy valiosamente, en las correcciones de estilo; los ciudadanos José María Berseguí, Joaquín Pablo Villamizar Arenas y Manuel Enrique Espinoza Maldonado, Secretarios de la Escuela de Guerra Naval, de la Base Naval “Contralmirante Agustín Armario” y del Departamento de Personal de la misma Base, respectivamente, por su pulcra labor mecanográfica; los dibujantes Nerio Medina, Juan Rausseo y Pedro Lara, de la Comandancia General de la Marina, quienes emplearon horas extraordinarias de su trabajo en la hechura de planos y el grupo de personas que en una u otra forma puso su grano de arena en el fatigoso trabajo de preparación.

Llegue, pues, a manos del lector, el mensaje del libro, y con él un deseo de su autor: que en sus páginas, fruto de modesto pero intenso estudio, encuentre exacta definición histórica en torno del suceso que, después de la Batalla de Carabobo y como hecho de armas, es la culminación real de nuestro proceso independentista.

ANTONIO R. ELJURI-YÚNEZ S.
Contralmirante
Caracas, 1969.

Introducción a la segunda edición

Debido a las numerosas obras publicadas con motivo de la celebración del Sesquicentenario de la Batalla de Carabobo y de manera especial el magnífico trabajo hecho por el distinguido General de nuestro Ejército Horacio Bencomo Barrios, intitulado “La Campaña de Carabobo” y otros más, aparecieron nuevos elementos de juicio, que ameritaban revisar la 1ra. edición de esta obra. El primer capítulo no aclaraba debidamente los acontecimientos y tenía algunos errores históricos. Ha sido necesario rehacerlo, conservando el esquema original. También del cotejo de documentos reproducidos en varias publicaciones oficiales, con los originales que no estuvieron a mi disposición cuando redacté la primera edición, se ha encontrado igualmente que había errores de transcripción y omisiones.

Por esta razón, ha sido necesario, en esta segunda edición, revisar, corregir y alimentar algunos capítulos, que no alteran en nada, el esquema general del trabajo y, en cambio, contribuyen a establecer la verdad histórica, hasta donde ha sido posible verificarla.

Deseo expresar mi reconocimiento a la Fundación John Boulton, en la persona del Dr. Manuel Pérez Vila, gracias a cuya eficaz colaboración fue posible obtener copia de algunos documentos originales. Igualmente al General de Brigada Juvenal Rojas Córdoba, Director del Servicio de Geografía y Cartografía

de las Fuerzas Armadas, por haberme facilitado un dibujante de dicho Servicio para hacer la Carta No. 0 y al dibujante Manuel Felipe Rincón, de la Comandancia de la Marina, por su estimable colaboración.

Presentamos pues, esta segunda edición, revisada, corregida y aumentada, esperando que tenga la misma acogida que la anterior.

ANTONIO R. ELJURI-YÚNEZ S.
Contralmirante
Caracas, 1973.

Prólogo a la primera edición

LA BATALLA FINAL

La batalla de Carabobo fue rápida y decisiva entre las que se dieron “sobre la misma tierra” para afirmar nuestra independencia republicana; pero los dispersos realistas que se fueron hacia los llanos en actitud revanchista, no conformes con la derrota que había dejado más de un millar de prisioneros en manos de los republicanos, pretendían seguir guerra contra los triunfadores y oyeron el llamado del general Francisco Tomás Morales. Conocidas son las discrepancias surgidas entre los generales Morales y La Torre que llegaron a ser bastante agrias y cada uno echaba sobre el otro las culpas de la derrota. Morales, hombre de capacidad militar, valiente y también cruel en sus pensamientos, se va de los llanos a Coro y comienza a resurgir como peligro para la República naciente, mucho más cuando logra instalarse en Maracaibo y reunir guerrillas. El Libertador había ordenado el sitio de Puerto Cabello donde se había encerrado La Torre con algunas de sus gentes.

Era necesario acabar con los restos del ejército español. Cuando el peligro aumentaba por la actividad de Morales el general Santander llama al Libertador que está al Sur de Colombia en preparativos para marchar al Perú. Ya ha recibido las comisiones peruanas que solicitan su ayuda y le piden marche sobre Lima. Bolívar recibe también las noticias del peligro que amenaza el

Norte de la República de Colombia, en el terrón venezolano. Deja entonces a Sucre —“gladiador impoluto”— encargado de dirigir las operaciones inmediatas sobre el Perú para atender el peligro que se alzaba en su propia patria y prestar el juramento legal ante el Congreso de Cúcuta como Presidente de Colombia.

Estos momentos de peligro que surgen entre la victoria de Carabobo y la Batalla Naval del Lago de Maracaibo —no siempre bien aclarados—, son los que expone en este libro el Contralmirante Antonio R. Eljuri-Yúnez S. Los acontecimientos político-estratégicos después de Carabobo son numerosos y el autor los analiza detenidamente en esta narración que reúne en forma objetiva los antecedentes de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo. En estas páginas se da una visión panorámica completa de los hechos, cuya relación se ha publicado en forma dispersa o fraccionada. Es un trabajo de unidad que revela antecedentes y detalles de ese lapso que corre entre la victoria de Carabobo y la naval del Lago marabino. Ella es la culminación de nuestro proceso independentista, como dice el autor. Afirma el triunfo de Carabobo y es causa esencial para que Morales abandone definitivamente su sueño y acciones de reconquista.

Eljuri-Yúnez formula ciertas preguntas cuya contestación deja a cargo de los Oficiales Alumnos de la Escuela de Guerra Naval, quienes deben hacer el estudio crítico de ellas con entera independencia de criterio. Esas preguntas se relacionan con las actuaciones de los jefes españoles y patriotas y si los primeros han debido aceptar el sitio del Lago donde se dio la batalla que, sin duda, fue impuesto por las hábiles maniobras de los republicanos, cuyos proyectos habían sido considerados en diversas reuniones y consejos de guerra previos.

Agradezco mucho al autor la bondad que ha tenido al ofrecerme la oportunidad de que sea yo quien escriba las palabras liminares de este libro, que aclara positivamente los hechos históricos ocurridos entre las dos victorias finales de la independencia de nuestro país. En buen investigador y en buen marino conocedor

de su oficio, el Contralmirante Eljuri-Yúnez ofrece importante aporte a los estudios históricos del acontecer venezolano.

JOSÉ NUCETE SARDI
Academia Venezolana de la Historia
Caracas, 1969.

Prólogo de la segunda edición

PARA LA MEDITACIÓN Y EL ENTUSIASMO

Este libro del Contralmirante Antonio R. Eljuri-Yúnez S. es un libro de estudio, y por dos razones. La primera, por los numerosos datos que aporta o retine acerca de la batalla naval del Lago de Maracaibo y sus antecedentes; la segunda, porque ese ha sido el loable propósito del autor, expresado con noble sencillez de maestro en las primeras líneas.

“Preguntas —nos dice— como estas: ¿Debió dirigirse Laborde a Maracaibo o a Puerto Cabello? ¿Debió Morales cambiar su base de operaciones para San Carlos? ¿Debió aceptar batalla en ese sitio? ¿Debió rendirse el Coronel Villasmil o esperar?...Y otras más, deberán ser estudiadas y resueltas por los Oficiales Alumnos con entera independencia de criterio”.

Estamos, pues, en presencia de un maestro que no desea constreñir con su autoridad la libre deliberación de sus discípulos. Nueva y hermosa aplicación, en materia militar, del método que Sócrates empleara hace 25 siglos en la plaza pública de Atenas: “partear” espiritualmente a sus oyentes, sin cohibirlos ni apresurarlos; dejar a su juvenil ardor de investigar y conocer todo el gozoso trabajo del alumbramiento intelectual.

Pero el Contralmirante Eljuri-Yúnez sí sabe estimular oportunamente ese proceso, y hasta el lector carente de conocimientos

especializados tiene que apasionarse en presencia de algunas de las citas y observaciones que emplea con aquel objeto.

Tal sucede cuando a propósito de la hazaña que realizó la escuadra republicana como preliminar de la batalla —el paso a viva fuerza de la barra de Maracaibo— Eljuri-Yúnez reproduce el testimonio de admiración del Capitán de Navío Ángel Laborde, comandante de la flota realista.

“Han transcurrido —escribió Laborde— doscientos cincuenta años desde el establecimiento formal de los españoles en Maracaibo; han tenido lugar guerras con potencias marítimas, con filibusteros, y ha habido conmociones de colonias inmediatas, sin que nadie haya intentado forzar la barra de Maracaibo. Terrible debía de ser la reputación que tenía este paso, cuando la codicia y el deseo de dar mayor salida a sus mercancías no fueron agentes bastante poderosos para animarlos a la empresa; sin embargo, lo hemos visto forzar por un jefe y unas fuerzas que ciertamente no pueden compararse con las que lo respetaron”.

No era literalmente cierta la observación de Laborde, y el Contralmirante Eljuri-Yúnez lo comenta, rememorando las veces en que varios piratas forzaron aquel paso.

Pero también advierte que después de ello los españoles habían establecido nuevas defensas a la entrada de la barra, de manera que tal como realizaron los patriotas aquella proeza es verdad que no había ocurrido antes.

Después de analizar aquellas obras defensivas, Eljuri-Yúnez concluye: “Como se ha observado, los piratas forzaron la barra batiéndose únicamente contra la fortaleza de la Zapara, cuyo fuego dominaba su entrada, pues todo el canal se encontraba a tiro de cañón de sus almenas y las torres que defendían sus bastiones. Padilla lo hizo a la vista de los fortines de San Fernando y Bajo Seco, de la fortaleza de San Carlos y de la de Zapara”.

Tan eficaces se consideraban las nuevas fortificaciones que el célebre Coronel Feliciano Montenegro y Colón, tan valeroso como entendido en la materia, consideraba que hacían inexpugnable a Maracaibo. Y siendo Gobernador de esta ciudad en 1820 al

preguntársele su opinión acerca de ello y ofrece) sele el Batallón Valencey con 800 plazas y la columna de Cazadores, rechazo este ofrecimiento, exponiendo que respondía de la seguridad de la ciudad sin necesidad de auxilios exteriores, aunque las del enemigo se cuadruplicaran”.

Fácil es imaginar que después de haber superado tan formidable posición, las fuerzas navales patriotas debían considerarse invencibles, y que buscaran con entusiasmo la batalla.

Muy diferente tenía que ser, por el contrario, el estado de ánimo de Laborde y de sus subordinados, y así se explica — nos atrevemos a añadir— que para el combate se prepararan a la defensiva, aunque sus fuerzas no eran inferiores a las republicanas.

Todas estas peripecias están narradas en el libro del Contralmirante Eljuri-Yúnez en forma precisa y amena, con abundante apoyo documental y buena crítica.

Otros dos recuerdos de heroísmo valorizan también la obra: el de la admirable dama maracaibera Ana María Campos y el de los hermanos Pedro y Lucas Caldera, también zulianos.

Ana María Campos había pronosticado el fracaso de Morales con una extraña frase que se hizo popular: “Morales, si no capitula, monda”. En venganza, el cruel guerrillero realista “la hizo montar a horcajadas en un jumento, desnuda de la cintura para arriba, y hacer que un mulato le diese latigazos públicamente por las calles de la urbe marabina”.

Los hermanos Pedro y Lucas Caldera eran ambos tripulantes de la nave republicana “Confianza”, y por haber recibido permiso para visitar a su familia el día antes de la batalla, llegaron a orillas del lago cuando ya su barco se alejaba. Se arrojaron entonces al agua para alcanzarlo a nado, pero como al cabo de una hora de esfuerzos Lucas se sintiera desfallecer, le gritó a su hermano: “Sigue tú solo, Pedro, porque yo no puedo más. Sigue tú, y pelea por los dos”. Lucas desapareció allí mismo entre las aguas, pero Pedro cumplió su último voto y combatió por los dos.

Mucho debe de haber disfrutado el Contralmirante Eljuri-Yúnez al escribir este libro; y muy insensibles tendríamos que ser para que, al leerlo, no disfrutáramos tanto como él, o más.

AUGUSTO MIJARES

I. Acontecimientos político-estratégicos después de Carabobo

Después de la batalla librada en el Campo de Carabobo, entre el ejército republicano —comandado por el Libertador Simón Bolívar— y el ejército realista —al mando del General Miguel de la Torre— que dejó un millar de prisioneros, una parte de este último vencido en la acción se desbandó por el camino de El Pao, hacia los llanos; otra se dispersó por los campos y pueblos aledaños, desordenadamente, y el resto —reorganizado y conducido por los oficiales de la Plana Mayor— se dirigió, en forma ordenada, hacia Puerto Cabello. Marchaba a su cabeza el mismo General de la Torre y su segundo, el General Morales, quienes protegidos dentro de los cuadros del batallón Primero del Valencey, por la heroica retirada del mismo, y algunos restos de otros batallones, lograron guarecerse dentro de las murallas de la plaza, donde quedaron resguardados por las bien artilladas fortificaciones que la rodeaban por mar y tierra.

Los refugiados en la plaza, barcos y fortines sumaban alrededor de un mil hombres, entre oficiales y tropas, todos con sus armas, pero sin el equipo, por cuanto lo habían abandonado en el trayecto. Entre ellos se encontraban doscientos jinetes, resto de la flamante caballería realista.

Entre las medidas que activamente ordenó en Valencia el Libertador, estuvo la de rodear la plaza para forzar a de la Torre a capitular. Por el lado del mar el puerto gozaba de muy buena protección, pues había en la espaciosa bahía suficiente cantidad de buques artillados; fue designada posteriormente, en el 1822, una escuadra al mando del Capitán de Navío Sebastián Boguier, para mantener el bloqueo marítimo de la plaza; por el lado de tierra los fortines y las murallas constituían una barrera infranqueable que cerraba el paso a los republicanos.

En La Guaira el Coronel realista Pereira, quien no pudo ganar los barcos enviados en su auxilio por de la Torre, solicitó la protección de la escuadra francesa, surta en dicho puerto, comandada por el Contralmirante Jurien¹, y en vista de que le fue negada tuvo que capitular, y se vio obligado a entregar al gobierno republicano la división que comandaba, la cual se sometió de buen grado, con excepción de doscientos hombres que prefirieron seguir fieles a la bandera española y fueron embarcados para el exterior.

El Libertador ordenó, además, otras medidas militares: destinó al Coronel Rangel con una división para el cerco de Puerto Cabello; al Coronel de Las Heras, hacia Occidente, con dos batallones y un escuadrón de caballería, en persecución del Jefe realista Tello; al General Mariño, hacia Oriente, con otra división, y encargó al General Salom la reorganización del Estado Mayor y la formación de otros cuerpos destinados a diferentes lugares del país; finalmente, ya en la capital, dividió provisionalmente a Venezuela en tres grandes zonas o circuitos militares. Primera Zona o Circuito, comprendida por las Provincias de Caracas, Valencia, Barquisimeto y Apure, mandada por el General José Antonio Páez; Segunda Zona o Circuito, integrada por las Provincias de Barcelona, Cumaná, Margarita y Guayana, mandada por el General José Francisco Bermúdez; y Tercera Zona

1 Algunos historiadores le denominan Julieu o Julien, pero su verdadero nombre es Pedro Roque Jurien de la Gravière (1772-1849).

o Circuito, formada por las Provincias de Maracaibo, Coro y Trujillo, al mando del General Santiago Mariño.

La batalla de Carabobo no había aniquilado definitivamente a las armas españolas. El historiador Baralt, al referirse a este arreglo militar, dice que la medida ordenada por Bolívar, demostraba claramente que para ese año, no obstante el triunfo obtenido, no se habían cerrado todavía las puertas del templo de Jano. Y esto es muy cierto, pues en casi todo el territorio nacional quedaban aún en buen pie tropas realistas organizadas y veteranas, y también guerrillas acéfalas y desordenadas que hacían mucho daño a las poblaciones indefensas. Un gran número de soldados tenía aún el gobierno español en el territorio que todavía estaba sometido a su jurisdicción, después de Carabobo.

El 1 de agosto de 1821 salió el Libertador hacia Valencia, con intenciones de llegar a Trujillo, y pasar a Maracaibo a destacar tropas suficientes sobre Cartagena y de allí seguir al Istmo de Panamá, cosa que no pudo cumplir, porque el Congreso General, reunido en Cúcuta, lo eligió Presidente de Colombia, por lo que tuvo que trasladarse a dicha ciudad (capital provisional) a prestar el juramento de ley y encargarse de la Presidencia.

Encerrados en Puerto Cabello, donde —según Baralt— los realistas lograron reunir alrededor de 4.200 hombres, se reunió una Junta de Guerra, de la cual surgieron las siguientes ideas operativas: auxiliar a Coro y Cumaná, operar nuevamente en los llanos, y distraer la atención de los republicanos amagando a Valencia y sus alrededores.

En la Provincia de Coro, las operaciones militares fueron dispuestas y rematadas por los Generales Rafael Urdaneta y Justo Briceño y los Coroneles Escalona, Reyes Vargas, Reyes González, León Pérez y Juan Gómez, quienes combatieron contra las fuerzas mandadas por los realistas Coroneles Manuel Carrera, Pedro Luis Inchauspe y Juan Pello. Se libraron varias acciones parciales, hasta que, informado el General de la Torre de esta situación conflictiva, embarcó en la corbeta “Bailón”, fragata “Ligera” y otras unidades, 1.200 infantes de marina bien equipados y salió en su auxilio

por vía marítima; desembarcó en Los Taques, puerto de la costa occidental de la Península de Paraguaná y se trasladó por el Istmo de Médanos hacia Coro y La Vela, donde batió a las fuerzas allí acantonadas, cuyo defensor, el Coronel Juan Gómez, tuvo que capitular el 9 de enero de 1822. Pocos días más tarde, las fuerzas republicanas, comandadas por los Coroneles Reyes González, Montes de Oca y Torrellas, sufrían en Baragua el 16 de enero de 1822, una derrota por las fuerzas realistas, comandadas por el Coronel Lorenzo Morillo, a quien de la Torre había encargado las operaciones contra Carora y El Tocuyo.

En Oriente los realistas fueron más desafortunados, pues perdieron el dominio de la región. La plaza fuerte de Cumaná, donde su Comandante el Coronel José Caturla rechazó con honor y dignidad dos intimaciones de rendición, capituló el 16 de octubre de 1821 ante el enérgico y tenaz asedio a que la sometió el General José Francisco Bermúdez.

Para operar en los llanos de la Torre ordenó a los Coroneles venezolanos Alejo Mirabal y Antonio Ramos la organización de guerrillas. Mirabal era uno de los más valientes y distinguidos lanceros al servicio de la funesta bandera de José Tomás Boves; también fue de los más activos defensores y paladines de la monarquía.

El General Páez tuvo conocimiento en su cuartel general de Valencia del plan de los realistas que, de haberse realizado con éxito, habría envuelto a todo el llano y el centro en una guerra tan sangrienta y cruel como en los tiempos idos de Boves y Morales: es decir, en los horrores de la guerra a muerte; por esto se movilizó hacia el Sur, para desbaratarlo antes que se pusiera en práctica.

El desarrollo de los acontecimientos favoreció sus designios, pues ambos jefes guerrilleros, después de las acciones de Guardatinajas y Calabozo, perdieron la vida. Ramos fue hecho preso, juzgado y sentenciado a muerte. Mirabal pereció en un desventurado lance no muy bien aclarado, cuando era conducido, preso, hacia Valencia.

En febrero de 1822 fueron nombrados los generales José Antonio Páez, José F. Bermúdez y Lino de Clemente, Comandantes

Generales de los Departamentos de Venezuela, Orinoco y Zulia, respectivamente.

El Congreso creó, además del cargo de Comandante, el de Intendente General para cada uno de los Departamentos; fue designado para el de Venezuela el General Carlos Soublette quien a la vez, tenía el cargo de Director Supremo de la Guerra en el Distrito Norte.

Como bien puede verse, el nombramiento de Soublette por sobre la autoridad de Páez engendraba una fricción político-militar, entre ambos, pues no habría de agradecerle a Páez, ya General en Jefe, semejante sumisión a un Jefe, General de División —meritorio, es cierto—, que no era el llamado a supeditarlos en materias en las que Páez era el de más jerarquía, acreditado y responsable. Semejante nombramiento era la manzana de la discordia entre Jefes militares que se habían ganado, hombro a hombro, la gloria de Carabobo. Estas fricciones se prestaron a malentendidos, falta de cooperación e incumplimiento de órdenes, y motivaron la renuncia de ambos a sus cargos, las cuales no fueron aceptadas.

Recuperada la Provincia de Coro por el gobierno realista, de la Torre regresó a Puerto Cabello, donde su segundo, Morales, desarrollaba una tendenciosa campaña de intrigas en su contra. Se sabe que antes de la batalla de Carabobo hubo fricciones y desavenencias entre ambos jefes, pues se asevera que este último no era partidario de librar la batalla en dicho lugar; más aún, hay quienes afirman que el resentimiento de Francisco Tomás Morales era debido al nombramiento para el mando supremo recaído en De La Torre, mando aspirado por él, acaso con merecidos títulos, desde la Campaña de Oriente, cuando los realistas a sus órdenes conquistaron las Provincias de Barcelona, Cumaná, Margarita y Guayana. Lo cierto es que había diferencias entre ellos y se atribuían mutuamente la responsabilidad de la derrota de las armas del rey en la célebre batalla que, como ligeramente juzgó el historiador español Torrente, “con ella expiró el dominio del rey en estas regiones”.

Ambos generales realistas, como Pilatos, se lavaban las manos y se increpaban recíprocamente, pero sinceraron su conducta en la campaña que culminó en la inmortal llanura, aun cuando estaban disgustados.

Así las cosas, y para aliviar esta situación, de la Torre le confió a Morales la conducción de las operaciones en la Provincia de Coro; Morales se dirigió a Chichiriviche en el bergantín “Hércules” y desde aquí siguió por tierra a San Miguel de El Tocuyo, hoy Tocuyo de la Costa, donde llegó a tomar el mando el 1 de marzo de 1822. Contaba con las siguientes tropas: el Coronel Tello, en la ciudad de Coro, con el batallón de Leales Corianos de 600 hombres y una compañía del armas con 200; en Casicure, el Comandante Torres, con el batallón de aquel nombre de 500 plazas y 200 de caballería; en la Sierra, el Teniente Coronel Lorenzo Morillo, con 400 hombres de infantería y de caballería, y en costa arriba y Tocuyo el Coronel Manuel Lorenzo, con el Barinas y Hostalrich, con 750 plazas. En diversos puntos de la provincia, con 500 o 600 hombres partidarios o guerrillas guardianes de la frontera². En total, Morales disponía de 3.400 hombres aguerridos, valientes y fogueados, gran parte de ellos veteranos de muchas campañas.

Fueron, pues, las continuas fricciones entre de la Torre y Morales, la causa por la cual este último se encontraría en la Provincia de Coro, la tierra que Bolívar, por sus vastos arenales y sequedad de su suelo, llamó “la Libia de América del Sur”; de igual modo denominó “el pasto de Venezuela” a la ciudad de Carache; a Boconó “el jardín de Venezuela”, y a Barquisimeto “la ciudad de los crepúsculos”. El Libertador, al par que poseía un corazón de hierro, abrigaba en su alma sensibilidad de poeta.

2 *Ángel Laborde Navarro, Capitán de Navío*. Opúsculo histórico acerca de los principales sucesos de la reciente guerra hecha en las Provincias de Venezuela, etc. Manuscritos 1828. Museo Naval. Ministerio de Marina, Madrid, España. Copia mecanográfica existente en la biblioteca del autor y la Academia Nacional de la Historia, pág. 125.

En su literatura era amigo de los tropos, las imágenes bellas y las excelentes comparaciones metafóricas de exquisito gusto.

La recuperación de la Provincia de Coro, ocupada nuevamente por los realistas, fue objeto de preferente atención y actividad del General Soublette, quien tomó las medidas del caso para invadirla, reconquistarla y ocuparla.

Morales se dirigió hacia la ciudad de Coro e hizo su entrada allí con el batallón Barinas y el Hostalrich, entre el 5 y el 6 de marzo de 1822. Aquí supo que el Coronel republicano De Las Fieras, quien se encontraba en Maracaibo, había avanzado hasta Casigua con 1.200 hombres de infantería, 100 de caballería y dos piezas de artillería, debido a lo cual salió de Coro a enfrentarlo el día 20 de marzo con los batallones Barinas y Leales Corianos, con fuerza de 1.200 hombres y dos piezas de artillería, a los cuales se agregaron en Seque, a donde llegó cinco días después, Morillo y Torres con 900 hombres de infantería y 300 caballos, con lo cual su división se componía de 2.100 infantes, 300 de caballería y 50 artilleros. La persecución a De Las Heras fue lenta y permitió que los republicanos se retiraran a Maracaibo, después de haber repasado la estrecha angostura del lago.

Los republicanos atrajeron hacia Maracaibo al grueso de Morales. Esto permitía a Páez operar con más libertad en el sitio de Puerto Cabello y a Soublette operar contra Coro, al cual invadió con 2.000 infantes y 200 hombres de caballería ligera³ al mando del Coronel Judas Tadeo Piñango quien inició su operación desde Barquisimeto el 1 de abril y avanzando por el Oriente desde Yaritagua vía las malsanas montañas de Moroturo, ya el 11 ocupaba una parte de sus fuerzas a Cumarebo. El 15 reunía su división en Cumarebo

3 La división, denominada Venezuela, estaba formada por los batallones Bravos de Apure, Boyacá, Cazadores del Orinoco y Occidente.

y desde aquí destacó hacia La Vela al Coronel Carlos Núñez y él continuó hacia Coro. Las fuerzas del Coronel Núñez derrotaron al realista Tello en Chipare, cerca de Guaibacoa, el 17 de abril. Este valiente español había sido destacado por Morales, desde los Puertos de Altagracia para hacerle frente a las fuerzas de Piñango, quien tan audazmente invadía la Provincia y se acercaba a la capital. Tello se retiró a la Sierra donde reunió 400 hombres, entre dispersos y guerrilleros, con los cuales cubrió todos los accesos a ella. Piñango ocupó a Coro el mismo 17 de abril, pero víctimas sus fuerzas de una fuerte epidemia que le ocasionaba muchas bajas y de los continuos acosos de los guerrilleros de la serranía y receloso de ser atacado por Morales, de cuya próxima llegada ya se hablaba, resolvió retirarse días más tarde por Pedregal hacia Carora, dejó en Coro más de 200 hombres, entre muertos y enfermos, y condujo 300 en hamacas.

Morales recibió en los Puertos de Altagracia el 20 de abril la noticia de la derrota de Tello en Chipare y de la ocupación de Coro, y por temor de verse acorralado por las fuerzas de De Las Heras y de Piñango, dispuso su retirada, y para cubrir la misma, ordenó efectuar un ataque de diversión contra Maracaibo, para lo cual destinó al Teniente Coronel Lorenzo Morillo, con 600 hombres para operar por Perijá, y al Capitán Juan Ballesteros, con 216 hombres para atacar por barlovento de Maracaibo, operación que se efectuó el 24 de abril. Ballesteros fue vencido en el combate de Juana de Ávila y Lorenzo Morillo, al saberlo, se rindió, y mientras esto sucedía en Maracaibo, Morales se dirigió a Zazárida, con intenciones de embarcarse para Puerto Cabello y dejar a Tello a cargo de las fuerzas; pero al tener aquí noticias de la retirada de Piñango, en condiciones tan penosas, cambió de opinión, y le ordenó a Tello, quien perseguía hacia Pedregal a Piñango, reunirse con él en Urumaco. Reforzado con los hombres de Tello, Morales emprendió de nuevo la marcha hacia los Puertos de Altagracia, con las intenciones de reatacar a Maracaibo

y tomarla, decisión inadecuada e inoportuna. El Capitán Laborde sostiene que podría haberse emprendido otras operaciones de más provecho y más urgentes como eran las de buscar a Piñango en Carora, derrotarlo sin nesgo alguno, internarse hasta Barquisimeto, hacerse de innumerables recursos de hombres y víveres y levantar, por este medio, el sitio de la plaza de Puerto Cabello”⁴, y atribuye a la animosidad de Morales contra de la Torre su decisión de dirigirse hacia Maracaibo. Por su parte, Tello ocupó a Coro, en cumplimiento de órdenes de Morales, y se ocupó de levantar nuevos cuerpos para enviárselos a los Puertos de Altagracia.

Rehechas las fuerzas de Piñango, Soublette inició con ellas su segunda operación ofensiva contra la Provincia de Coro y salió de Carora el 18 de mayo y el 23 del mismo mes derrotó en El Pedregal a una columna realista comandada por el Coronel Simón Sicilia, quien se organizaba allí con el objeto de atacarlo en su cuartel general. Dejó aquí a Torrellas con una columna de voluntarios para hacer frente a Tello y se dirigió por Urumaco y Zazárida a Dabajuro, en busca de Morales, quien al tener noticias de estas inesperadas novedades levantó su campo de los Puertos de Altagracia, y el 3 de junio se dirigió a Dabajuro, donde ambos contendores acamparon el día 6 del mismo mes. El 7 de junio se libró un violento combate entre ambos contrincantes: los republicanos contra casi el doble de los realistas, con la consiguiente derrota de los primeros, los cuales se retiraron por Urumaco y Pedregal hasta Carora, con la mayor parte de sus efectivos, pues Morales no les hizo una enérgica persecución. Aquí se dedicó Soublette a reorganizarlas y el 10 de julio abrió nuevamente operaciones contra Coro, en combinación con la división del Zulia, la cual, al mando del Coronel alemán Julio de Reimboldt, se le unió en

4 *Ángel Laborde Navarro, Capitán de Navío*. Opúsculo histórico acerca de los principales sucesos de la reciente guerra hecha en las Provincias de Venezuela, etc. Manuscritos 1828, Musco Naval. Ministerio de Marina. Madrid, España. Copia mecanográfica existente en la biblioteca del autor y en la Academia Nacional de la Historia, pág. 135.

Juritiva el 17 de julio. El 18 del mismo mes, ambas divisiones, formadas en conjunto por 2.000 hombres, continuaron su marcha hacia Coro, hacia donde se retiraba Morales.

CARTA No. 0



El 22 de julio de 1822 Morales se embarcó en La Vela para Puerto Cabello en los buques que, al mando de Laborde, le había enviado de la Torre, y destacó por tierra al Batallón Barinas, el cual, por falta de espacio, no pudo embarcarse. El 23 de julio Soublette ocupó a Coro y La Vela.

Informado Soublette de que Morales y sus fuerzas se dirigieron hacia Puerto Cabello, y por temor de que todos los efectivos realistas pusieran en peligro la Provincia de Carabobo, avanzó hacia Valencia y dejó en Coro una fuerte guarnición.

Pero Morales no se había desbandado. La verdadera causa de su retirada hacia Puerto Cabello no era concentrarse allí para abrir operaciones por el centro, como aparecía a primera vista, sino que había sido nombrado Capitán General de Venezuela, en sustitución de la Torre, quien pasaría a ocupar igual cargo en Puerto Rico y había sido llamado por este último para que tomara posesión de su alto cargo.

Volvieron a reunirse nuevamente los dos únicos jefes que antes de Carabobo, si hubieran colaborado armoniosamente y mancomunado los esfuerzos, habrían puesto en apuros al Ejército Libertador.

Así como lo hizo el General Pablo Morillo, cuando vio en sus postrimerías al enfermo puesto a su cuidado, también el General de la Torre quiso que los funerales de la monarquía los presidiese otro y tan fúnebre designio le tocó ahora al General Francisco Tomás Morales, quien antes de ver claramente la tremenda responsabilidad que le traspasaba su Jefe, solo contempló el soñado logro de sus íntimas ambiciones, aceptó el triste destino y se hizo cargo de la Capitanía General de Venezuela, donde actuaría posteriormente sin un meditado plan, haciendo uso en sus operaciones del principio de la sorpresa y movilidad, hasta caer derrotado en Maracaibo.

Morales, de valentía, audacia y habilidad sin límites, supuso que los jefes republicanos creerían que él incursionaría contra el centro, y para hacer creíble dicha suposición, mediante una estrategia felina, fingió amenazar la cordillera destacando tropas sobre la línea de Las Trincheras, Las Cumbres, Vigirima. Informados Páez y Soubllette del despliegue preliminar de Morales, cayeron en la trampa, mordieron el anzuelo.

Morales amenazó. Ellos concentraron sus tropas de infantería y caballería en el espacioso valle de Naguanagua, y las dispusieron en batalla desde Barbilla hasta el Morro de Valencia para provocarlo y desafiarlo. Las tropas realistas amagaban bajar a la llanura y los republicanos tocaban zafarrancho de combate y se disponían

a rechazarlas. Y en este plan se mantuvieron varios días, sin que bajaran a la llanura.

Pero, ¿cómo iba a descender de las montañas si andaba lejos?

Con la colocación en las alturas de banderas, y guerrillas que disparaban los fusiles de cuando en cuando, y con fogatas durante la noche, las tropas de Morales contuvieron y entretuvieron a las de Páez y Soublette, mientras lo más selecto de ellas se dirigían a Maracaibo, donde crearían una nueva y peligrosa situación estratégica que ocasionaría preocupaciones y cuidados.

En efecto, Morales dispuso el 23 de agosto de 1822 el retiro de las tropas del frente terrestre y su embarque, con intenciones de operar con ellas hacia el Este de Puerto Cabello, donde se reuniría con el Capitán Laborde, quien patrullaba en La Guaira con la fragata “Ligera” y el bergantín “Hércules” y combinar entre ambos las operaciones que debían emprenderse; pero siempre hacia el barlovento de Puerto Cabello; más a raíz de la captura de la goleta republicana “La cóndor”, en el puerto de Ocumare, se encontraron a bordo de ella documentos que indicaban un traslado de fuerzas republicanas de Maracaibo hacia el centro y dejaron sumamente desguarnecida a Maracaibo, motivo por el cual Morales tomó la decisión de dirigirse sorpresivamente hacia dicha ciudad.

El 25 de agosto de 1822, ya a bordo de catorce naves 1.200 hombres de infantería, artillería, caballería y jinetes, se dirigió Morales hacia el Golfo de Venezuela. Era tropa veterana y escogida, con diestros y valientes oficiales, entre los cuales se encontraban el tenaz y arrojado Sebastián de la Calzada, el dinámico y activo Narciso López, criollo vencido en Las Queseras del Medio por los lanceros de Rondón, y artilleros y técnicos sacados de la fortaleza de Puerto Cabello, así como caballos y jinetes, restos de la antigua y orgullosa caballería realista.

Morales trató de desembarcar en Los Taques, pero la guarnición republicana le hizo alguna resistencia, y entonces se dirigió al Puerto de Cojoro, situado en la bahía de Calabozo, en la costa Oriental de La Guajira, donde desembarcó y se dirigió al Sur,

hacia Maracaibo, y con el fin de interceptar los auxilios que por vía marítima enviarían Páez y Soubllette en socorro de la Provincia, dejó los buques patrullando el Golfo de Venezuela.

La plaza marabina estaba al mando del General Lino de Clemente, quien al saber que Morales había sobrepasado las guarniciones y guerrillas destacadas en la llanura de Garabulla, le salió al encuentro al frente de las tropas de la guarnición y gente colecticia. Lo esperó en Salina Rica, donde se libró un encarnizado y tenaz combate, y aunque las fuerzas republicanas fueron derrotadas, el General de Clemente logró retirarse rápidamente con algunos infantes a Moporo, puertecito situado en la costa sureste del Lago de Maracaibo.

Noticioso de tales novedades el Coronel Natividad Villasmil, Comandante de la Fortificación de la Barra, capituló sin combatir. En esta forma inició Morales su gobierno, con lo que demostró nuevamente su actividad cuando operaba con sus tropas, por su propia iniciativa y con completa libertad de acción. Era de esa clase de hombres que no le agradaba tener más jefe que él mismo, y que le gustaba campear por sus fueros.

En el capítulo IV volveremos a explicar esto con más detalles.

Para el 9 de septiembre de 1822, Morales era dueño de la Provincia de Maracaibo, con su Cuartel General en Maracaibo, el puerto más estratégico e importante de Venezuela, porque por su situación geográfica y contando con el dominio del mar, desde dicha posición se puede maniobrar en líneas interiores hacia el Este contra Coro; hacia el SE contra Trujillo, Mérida y Pamplona; hacia el Oeste contra Santa Marta y Río Hacha; y hacia el Norte, el mar abierto; sitios muy distantes entre sí y sin posibilidad de prestarse oportuno auxilio mutuamente. Esto lo percibió muy bien Morales y se valió de cuanto pudo para conquistar en una corta y enérgica campaña tan importante posición.

Cuando Páez y Soubllette, que operaban en el centro, conocieron el resonante éxito alcanzado por su antiguo y persistente enemigo, se angustiaron por la suerte de la República de Colombia 4, acabada de afirmar en el Congreso de Cúcuta, por la gloria del

Libertador y paila Independencia de Venezuela, en vías de consolidación con la victoria de Carabobo; porque, en verdad, con Morales al frente de la posición de Maracaibo, la independencia de Venezuela estaba amenazada.

II. Sucinta descripción del teatro de operaciones

El impropiaamente llamado Lago de Maracaibo⁵, denominación con la que se le designa oficialmente en la actualidad, es la más al Sur de un grupo de tres bahías, situadas en el Occidente de Venezuela en la dirección general Norte-Sur, llamadas Golfo de Venezuela⁶, Bahía El Tablazo y Lago de Maracaibo. (Ver Carta No. 1).

El Golfo de Venezuela, situado más al Norte, es la más grande y espaciosa de las tres; tiene aproximadamente la forma de un zapato irregular, con su eje más largo (101 millas o 183 kilómetros) orientado en la dirección ENE-OSE y apoya su planta en la costa del Estado Falcón; su contrafuerte en la costa Occidental de la península de Paraguaná; y su punta, de más o menos 80 kilómetros cie alto se apoya en la costa del Estado Zulia y Oriental de la Península de la Guajira, donde forma la Bahía de Calabozo. Su parte trasera se prolonga hacia el Este y forma un pequeño golfo llamado Golfete de Coro, cuyas aguas no son navegables por su escasa profundidad.

5 Conocido también con los nombres de Lago de Coquivacoa (por los indígenas), Lago de San Bartolomé, como lo llamaron inicialmente los españoles, y Laguna de Maracaibo, como estos últimos lo denominaron posteriormente.

6 Conocida también con el nombre de Golfo de Coquivacoa (por los indígenas), Golfo de Maracaibo o Saco de Maracaibo.

Su boca —comprendida entre Punta Espada en la península de la Guajira y Punta Macolla, un poco más al Norte de Los Taques, en la península de Paraguaná—, es de una anchura de cerca de 53 millas (98 kilómetros); tiene una superficie de casi 15.864 kilómetros cuadrados (3.400 millas cuadradas). La parte Suroccidental de este golfo se encuentra limitada por una cadena de islotes bajos y arenosos, algunos de ellos cubiertos parcialmente de mangle, que forman un arco orientado en la dirección NO-SE, de los cuales, de Este a Oeste, los principales son: Mangle, Barboza, Zapara, San Carlos y Bajo Seco⁷; Pájaros y Toas, al Sur de San Carlos, y Pescaderos, al Sur de Zapara, y por los canales o estrechos existentes entre ellos, las aguas del Golfo de Venezuela se comunican con las de la bahía que le sigue más al Sur, llamada Bahía El Tablazo.

Esta es una bahía muy pequeña, que tiene 20 millas en su mayor anchura de E a O, y 13 millas en su mayor altura de N a S, con una superficie aproximada de 160 millas cuadradas (600 kilómetros cuadrados). La navegación en la bahía El Tablazo se hacía a través de dos canales naturales que .se explicarán posteriormente. A los lados de estos canales la profundidad es muy baja y el fondo arenoso. En la costa Occidental de la bahía El Tablazo, frente al extremo Occidental del islote de Toas, se encuentra la población de El Moján, y diez millas más al Sur la de Palmarejo de Mara.

La bahía El Tablazo (ver Carta No. 1-A) se comunica hacia el Sur con el Lago de Maracaibo, a través de un estrecho o garganta que comienza de Norte a Sur en el paralelo 10° 48' N que

7 El islote de Bajo Seco se formó posteriormente al año 1669. Estaba situado un poco al O y al N del estrecho existente entre los islotes San Carlos y Zapara. Desapareció debido a las fuertes corrientes a fines del siglo XIX. Por dicha causa y el dragado del nuevo canal de entrada se formó en su lugar —un poco corrido al E de su antigua posición— otro islote conocido con el nombre de San Bernardo, de forma diferente al de Bajo Seco.

pasa por Punta Palma del Norte, en la costa Oriental y por la población de Palmarejo de Mara en la costa Occidental, y aquí tiene una anchura de 5 millas náuticas (9,26 kilómetros). El eje de este estrecho o garganta corre 7 millas (12,96 kilómetros) en la dirección SE hasta llegar a la altura del paralelo que pasa por punta Capitán Chico (10° 42,5 N) donde tiene una anchura de 3,3 millas náuticas⁸.

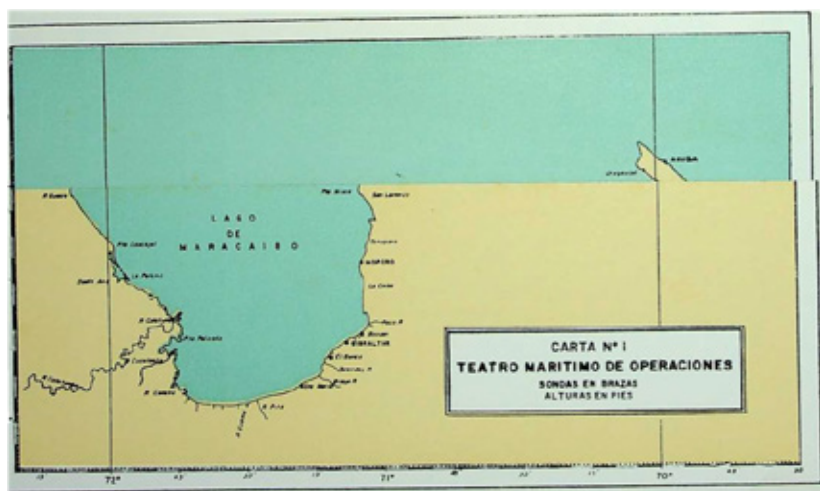
Fue en esta parte del estrecho donde se libró la batalla. Desde este sitio corre 15,3 millas en la dirección Sur, hasta el paralelo que pasa por Punta Palma del Sur (10° 26, 3' N) en la costa Occidental, y la ciénaga El Chacaíto en la costa Oriental, y su anchura va aumentando progresivamente hasta alcanzar 10 millas en este último sitio, en el que desemboca al Lago de Maracaibo, la más al Sur de las tres bahías.

El Lago de Maracaibo tiene la forma de un aguacate, en el que la parte Suroccidental aparece algo achatada. Su largo es de 86 millas (159,3 kilómetros), de Norte a Sur, entre los paralelos 10° 28' N y 09 02' N y su máxima anchura es de 66 millas (122,2 kilómetros), de E a O, entre los meridianos 71° 01' 5 W y 72° 07' 5 W.

La ciudad y puerto de Maracaibo, la más importante de todas las poblaciones que se encuentran en las riberas de las tres bahías, está ubicada en la costa Occidental del estrecho, al Norte de la ensenada del mismo nombre, y 2 millas al Sur de Punta Capitán Chico; tres millas al SE de dicha ciudad está el islote de Providencia. La ciudad de Maracaibo tuvo su origen étnico en la fundación que, sobre una aldea de los aborígenes Aruacos pobladores de la periferia del lago, hicieron los exploradores alemanes de la expedición descubridora y colonizadora dirigida en Tierra Firme por el adelantado de la célebre compañía comercial de los Welseres de Augsburgo.

8 Una milla náutica tiene 1,852 kilómetros.

CARTA No. 1



Reproducido del Boletín No. 127 de la Academia Nacional de la Historia.

Esto aconteció en septiembre de 1529. Fue el llamado Micer Ambrosio D'Alfínger, quien hizo la primera fundación, casi en el mismo sitio donde, en el 1823, se encontraba la urbe lacustre. Posteriormente a la fundación del explorador tudesco, el extremeño Alonso Pacheco, en el 1569, hizo la segunda fundación con el nombre de Ciudad Rodrigo de Maracaibo, pero un poco más al Norte, posiblemente en donde ahora llaman El Milagro; ya desaparecida por los continuos ataques de los indios caribes (dominadores de la costa de Zapara y Quisiro), el extremeño Pedro Maldonado, en el 1574⁹ efectuó la tercera fundación con el nombre de Nueva Zamora de Maracaibo, hacia el Oeste de la ciudad actual, en el sitio denominado Sabanas o Sabanetas; dicha fundación tuvo el mismo fin que las anteriores. La última fundación aconteció en el 1574, y abandonada esta, los pobladores regresaron lentamente a la primera población fundada por los alemanes, que desde esa fecha prosperó y ensanchó; progresó tanto que llamó

9 Llamado también El Viejo; fue uno de los fundadores de Trujillo.

la atención hasta despertar la codicia de los piratas franceses e ingleses, quienes para el año 1600 pululaban por el mar Caribe.

El Lago de Maracaibo es el receptáculo común de todas las aguas fluviales y pluviales de la vasta hoya o cuenca hidrográfica de su mismo nombre, y su centro geométrico se encuentra en la desembocadura del río Catatumbo. En el cielo de este paraje se produce el fenómeno del relámpago del Catatumbo, cuyo resplandor sirve de guía a los navegantes del lago.

Este gran caudal de agua corre hacia el mar con un pequeño declive que hace insensible el deslizamiento de las naves por causa de la gravedad y que se anula cuando ocurre la pleamar, o los vientos introducen agua salada en el interior de El Tablazo.

El desagüe del lago en el mar se verifica por tres bocas: la Oriental la Occidental y la Central.

La Oriental es un caño llamado “Paijana”, situado entre el lote de San Carlos y Tierra Firme, y su caudal de agua permitía la navegación por esquifes cuyo calado no fuera superior a cinco pies.

La Central, entre los islotes San Carlos y Zapara, era mucho más ancha y profunda que las anteriores, de curso caprichoso y tan peligroso, voluble y movedizo, que para navegaría había que utilizar pilotos y prácticos. Tenía una profundidad de 15 pies en pleamar, pero fue aumentada a 21 pies, posteriormente.

El canal natural antiguo de entrada pasaba por el Este del islote Bajo Seco, entre los islotes de San Carlos y Zapara. Posteriormente se cambió por otro canal (Carta No. 2), cuya entrada quedaba a una milla y media al Oeste de Bajo Seco; de aquí el eje corría una milla en dirección SE hasta casi tocar el islote de San Carlos y luego viraba al ESE, siguiendo en esta orientación a lo largo de dicho islote y muy cerca de la costa con un recorrido de dos millas y ancho promedio de 400 metros. Este canal terminaba al Norte del castillo de San Carlos. Aquí se ensanchaba bruscamente y viraba al SE para atravesar El Tablazo; pasaba por el Este del

islote Pescadero con un recorrido de tres millas y torcía luego hacia el Sur, en cuya dirección recorría 8 millas para terminar tres millas al Norte de Punta Palma del Norte. El borde Occidental del fondo es más o menos regular, no así el Oriental, que tenía dos angosturas: una frente al bajo Cascajal y otra frente al bajo Atravesado. Su ancho variaba desde una y media milla al Este de Pescaderos hasta 400 metros en las angosturas ya citadas¹⁰.

La navegación por el Tablazo era muy peligrosa y difícil e igualmente lo era en el Golfo de Venezuela, por lo que requería y aún requiere los servicios de pilotos o prácticos tanto para cruzar la Barra de Maracaibo como la de El Tablazo, formada por este largo y tortuoso canal natural ya descrito de alrededor de 10 millas de longitud, que corre entre bancos de arena de poca profundidad y en donde es frecuente que encallen aún hasta los mismos prácticos de la zona.

El Tablazo tiene dos canales naturales: uno que empleaban los buques que viajaban del Castillo para Maracaibo y viceversa —ya descrito anteriormente—, y otro que utilizaban las naves que viajaban de Maracaibo para El Moján, Sinamaica y demás lugares de la costa Occidental o viceversa. Este último terminaba en El Moján y en la boca del caño de Paijana, pero se ramificaba al Sur del islote Toas, para desembocar en el otro canal de El Tablazo, cerca de los castillos, entre los islotes de San Carlos y Pescaderos. Pero la navegación de este último hasta Maracaibo, duplica la distancia del otro canal. Sin embargo de ser así, algunas veces los prácticos se aventuraban a este rodeo, cuando sus condiciones eran preferibles a las de El Tablazo.

10 En la actualidad, Instituto de Canalizaciones mantiene dragado un canal artificial recto, con una profundidad permanente de 45 pies.

CARTA N.º 2



Reproducido por el Boletín N.º 127 de la Academia Nacional de la Historia.

El canal de entrada y salida a El Tablazo, años atrás era anchuroso y recto y pasaba casi afeitando el islote de Zapara, por lo cual en la extremidad Occidental de esta isla los españoles construyeron una fortaleza con el objeto de defender la entrada del lago. Este canal pasaba por entre esta punta y el islote Bajo Seco y fue por esta boca por donde entró en el lago el descubridor y conquistador Rodrigo de Bastidas en el año 1500, y los piratas Morgan, Grammont, Olonés y otros.

La fortaleza de San Carlos (ver Carta N.º 2), situada en el extremo Oriental del islote San Carlos, está en el vértice Sur del triángulo formado con el castillo de Zapara, que ocupa el

vértice Nororiental, y el fortín de Bajo Seco que ocupaba el vértice Noroccidental. Tres millas al NO de San Carlos se encontraba la batería de San Fernando, desde cuyas almenas se podía foguear con rifles cualquier barco que navegase en el canal de La Barra, y, además, esta misma nave se encontraba dominada por el fuego de los bastiones de Bajo Seco; de modo que era muy difícil para una nave atravesar el canal sin la autorización de los jefes militares de la defensa.

El canal que existía para el 1823 ¹¹ tenía su boca de entrada aproximadamente una y media milla al NO de la batería San Fernando y corría inicialmente hacia el SE, y al llegar a la costa se dirigía hacia el ESE muy cerca y a lo largo de la costa de San Carlos, pasando primero entre los islotes de Bajo Seco y San Carlos y luego al Sur del islote de Zapara, en donde estaba ubicada la tranquila y plácida ensenada de Zapara, de 30 pies ¹² de fondo en la pleamar y 20 en la bajamar.

Allí hacían las operaciones de trasbordo las naves que para navegar El Tablazo, de profundidad muy inferior, tenían que alijarse, recurso que se hacía necesario para no encallar. Desde aquí viraba al SE y luego al Sur y terminaba tres millas al Norte de Punta Palma del Norte, donde había una eminencia fortificada que servía de atalaya, llamada La Vigía: desde aquí se podía divisar, a simple vista, las maniobras de cualquier nave que se dispusiera a salir de Maracaibo para el Norte, o de Zapara para el Sur, y con el auxilio de un catalejo se podía apreciar los movimientos de las que estuvieran dentro de un radio de diez millas.

Por esto las naves que se fondeaban en Zapara estaban dentro del radio visual de este vigía.

Finalmente, desde un puesto de observación en este lugar se está en capacidad de conocer cuanto haga una escuadra fondeada en la ensenada de Zapara y sus proximidades, y por medio de señales

11 Actualmente ha sufrido muchas modificaciones en forma de profundidad.

12 Un metro tiene 3,28 pies.

pueden entenderse con observadores situados en Maracaibo o en los Puertos de Altagracia. Además, como La Vigía se encuentra a nueve millas al NE de Maracaibo, se podía establecer una comunicación constante entre este lugar y la plaza.

Por estas circunstancias, el campo de acción comprendido entre Maracaibo, los Puertos de Altagracia, El Moján, el Castillo y Zapara, esta de tal manera situado, que los observadores pueden muy bien darse cuenta plena de la situación y posición de las fuerzas enemigas.

Entre las costas de Altagracia y la de Maracaibo hay seis millas de distancia y la profundidad de las aguas es superior a los 30 pies; el viento reinante en esta zona es del NE casi todo el año, algunas veces sufre cambios de corta duración; cambia o afloja al caer la tarde y muchas veces sopla fuertemente del Sur. Estos cambios son conocidos por los navegantes del lago y de El Tablazo quienes saben anunciarlos hasta con 24 horas de anticipación. Se registra el caso de un pronóstico hecho por el patrón de un esquife, el cual aseguró que a las doce horas subsiguientes sobrevendría un temporal con fuertes vientos del Este, y así se verificó. Se fundaba para predecir el cambio con tanta precisión, en la simple observación de unas nubes irisadas que se habían elevado hacia el poniente.

El viento reinante en la parte Norte del estrecho favorece la navegación de aquella a esta costa, tanto que los navegantes tenían itinerario fijo para su travesía diaria de ida y vuelta, la cual efectuaban con la misma precisión de un barco de propulsión mecánica; los marinos y los que frecuentemente navegan esta zona, conocen admirablemente estos cambios del lago y su meteorología. El lago es un hermoso libro abierto constantemente ante las miradas de los navegantes, y una elocuente revelación para los prácticos.

En la narración que hace un conocido escritor venezolano de un episodio de la vida vernácula del Zulía, leemos lo siguiente: “Si este hermoso lago es manso como un recental y terso como la superficie de un espejo enmarcado en una orla de esmeraldas y zafiro, a veces se torna borrascoso y bravío, como el mar antillano, pues este pintoresco lago todo azul y todo dulcedumbre,

en donde viven ondinas de riente poesía, cuando sus ondas se encabritan y encrespan, es pavoroso”.

“Los marinos lo conocen y por eso lo temen. Hermoso lago de zafiro tan bonancible y sereno, se encoraja de pronto y se sacude briosamente para lanzar a lo lejos la suave carga que sobre sus ondas gravita; y a pesar de estas veleidades, los marinos lo aman, aunque le teman, y lo navegan como si fuera una novia caprichosa y casquivana, adorable con todos sus defectos, porque si tiene corcovos de potranca indómita, también tiene dulcedumbres de las gatas en celo”.

III. Repercusión de la conquista y ocupación de Maracaibo

Como resultado de la batalla de Boyacá librada en agosto del 1819 y la de Carabobo, librada en junio de 1821, la parte central del Virreinato de la Nueva Granada y la parte Sur de Venezuela habían sido despejadas de tropas realistas y solamente en la parte Sur de la Nueva Granada y Norte de ambas quedaban tropas bien organizadas y mandadas por valientes y esforzados jefes y caudillos del realismo. Para rendir las del Norte, un cuerpo sitiaba a Cumaná, otro a Puerto Cabello, un tercero a Cartagena, y un cuarto se formaba para auxiliar a Panamá. Con el objeto de destruir las fuerzas del Sur de Nueva Granada y liberar definitivamente estas regiones del dominio español, el Libertador había iniciado la Campaña del Sur, y desde enero de 1822 se encontraba en Popayán, camino a Quito, cuya incorporación a la nueva república dominaba su pensamiento.

Concentró sus tropas en aquel territorio y abrió operaciones sobre las agrestes y escarpadas montañas de Pasto, cuya defensa estaba a cargo del General español Basilio García. El 7 de abril de 1822 el triunfo patriota coronó la magnífica batalla de Bombona, y dos meses más tarde, Bolívar ocupó la inaccesible Pasto, población esencialmente realista, y que constituía un formidable baluarte de la monarquía en esta región.

Mientras el Libertador alcanzaba tan glorioso triunfo en el Sur de Nueva Granada, el General Antonio José de Sucre también se

cubría de glorias contra las fuerzas que comandaba en la Capitanía de Quito el General Aymerich. Sucre, de acuerdo con órdenes e instrucciones del Libertador, conquistó y ocupó en pocos días las provincias de Loja, Cuenca y Alausí, y persiguió a los realistas hasta Riobamba; allí libraron un sangriento y muy brillante combate, donde logró la victoria el invicto paladín venezolano.

A los pocos días, Sucre condujo sus tropas hacia el Norte y las llevó por un camino de águilas a las alturas del volcán de Pichincha en donde se efectuó la batalla de este nombre y quedó vencido el ejército realista comandado por el Mariscal Presidente de Quito, quien capituló y cayó prisionero. Terminó en esta forma el dominio secular de la monarquía española en el antiguo reino de Atahualpa, y el ejército triunfador entró el 25 de mayo de 1822, en la ciudad fundada por el conquistador hispano Belalcázar.

La Presidencia de Quito quedó incorporada a la República de Colombia; se cumplió así la promesa hecha por Bolívar al Soberano Congreso Nacional, antes de iniciar la campaña. La victoria había sido, pues, leal y favorable a Bolívar y Sucre; pero para el ejército venezolano, que tenía la responsabilidad de la pacificación del Occidente de Venezuela, los eventos de la guerra en las postrimerías de 1821 y 1822, le habían sido adversos.

La captura frente a Curazao de la corbeta de guerra realista “María Francisca” efectuada por las fuerzas del Comodoro Dandis el 16 de diciembre de 1822, vino a mitigar en parte tantos infortunios. Esta magnífica nave al mando del Teniente de Navío D Vicente Caamaño, tripulada por 250 hombres, se dirigía a Puerto Cabello procedente de Cuba con acopio de dinero y otros auxilios para reforzar al gobierno realista. Escoltaba además al bergantín anglo-americano “Francis” a bordo del cual venían varios soldados de la tropa del Coronel Lorenzo Morillo vencida en Perijá, quienes con violación de los términos de la capitulación volvían a continuar la guerra en el país, sin haber sido canjeados.

Las noticias de los éxitos alcanzados por el ejército realista en la Provincia de Maracaibo, llegaron velozmente a la capital nacional, no como un torrente atronador que se desborda ni como

un río crecido que arrastra cuanto encuentra, sino como un estruendoso aletear de buitres famélicos y bravíos, que amenazaban destruir todo cuanto encontraran al alcance de sus picos y garras. Alarmanes y aterradoras unas, exageradas otras; todas resonaban como clarinadas apocalípticas, como anuncio siniestro de cercanos peligros, como una tempestad que se avecina.

El Vicepresidente encargado de la Presidencia, General Francisco de Paula Santander, tuvo conocimiento oficial de tales noticias, por postas que velozmente fueron al Cuartel General, en las que se le hacían llamados angustiosos para que defendiera la capital. Las noticias que llegaban acerca de las operaciones de Morales, el acérrimo combatiente realista que durante diez años de luchas había tenido en jaque a los ejércitos republicanos de Venezuela, eran alarmantes. Los temores llegaron hasta la más alta gama de la persuasión cuando se supo que Morales se fogueaba ya con las tropas que en Cuenta vivaqueaban bajo las órdenes del General Rafael Urdaneta, y que amenazaba las provincias de Socorro y Pamplona cuyo sometimiento le abriría las puertas de la capital.

De aquí el angustioso llamado que Santander hizo al Libertador, a quien exponía la situación del Norte de la República en forma desesperada y con marcado empeño. Por otra parte, el pueblo se asustó en intensidad proporcional a los antecedentes del general realista, pues era nadie menos que el formidable ejecutor de la guerra a muerte y que según nuestros historiadores rivalizaba a Boves en su insania y el odio que sentía por los venezolanos y granadinos aunque no fuesen simpatizantes con la causa republicana.

Mójales se complacía en contemplar los despojos sanguinolentos de los mártires, los tizones de las poblaciones incendiadas y los restos macabros de sus fechorías; peor que Boves, quien, según sus mismos dichos, mataba, incendiaba y violaba, pero pasaba de largo sin detenerse a oír los gritos pavorosos de sus víctimas. ¡Tal era el hombre que amenazaba a la Nueva Granada, y ya estaba a las puertas de la provincia de Socorro! No era para menos el temor de la gente.

Así, pues, si las noticias transmitidas, mondas y lirondas, eran lo bastante para sembrar zozobras y temores en los ánimos, ¡cuánto no los atemorizaban las que las lenguas parlanchinas exageraban y pintaban con trágicos brochazos! Además, de ser así, las poblaciones descansaban tranquilamente en la creencia de que la guerra había terminado ya, y en que el vecino territorio venezolano gozaba de plena paz y de las ventajas de un orden de cosas implantado por los defensores de la república; y ahora resultaba que Morales venía hacia las poblaciones de Socorro y Pamplona, ¡camino de Bogotá!; que había conquistado rápidamente la Provincia de Maracaibo, organizado y equipado en pie de guerra un ejército numeroso y aguerrido, y mantenía en el Lago y en la Barra fuerzas navales suficientes para rechazar la escuadra grancolombiana; había invadido la Provincia de Coro, sojuzgado las de Trujillo y Mérida y se disponía a reconquistar las de Santa Marta y Cartagena.

Las informaciones, aunque transmitidas con eufemismos estratégicos, eran alarmantes y medrosas.

El Libertador se encontraba en Guayaquil, sumamente ocupado en los preparativos de la campaña del Perú, los cuales tenían el doble carácter de políticos y militares, pues imponían la rigurosa empresa de llevar la guerra a ese país, ocupado por las armas españolas, cuyas actitudes y posiciones la hacían poco menos que inexpugnable; guerra de liberación azarosa y difícil, pues se trataba, además, de combatir la oposición de una apreciable parte del pueblo peruano, favorable a la defensa de los intereses del enemigo común.

Ocupado, pues, Bolívar en tan titánica empresa, le dedicaba todas sus energías, toda su atención, y exponía, a la vez, el prestigio de sus empresas de guerra, va rematadas tan felizmente. Y esto lo embarga a completamente, cuando recibió las noticias de la reacción realista en Venezuela, jefaturada por Morales, noticias que, a la vez, le llegaron oficialmente de la Vicepresidencia y de sus amigos particulares, que se apresuraron en comunicárselas. Entre estos se contaba el Coronel Briceño Méndez, Ministro de Guerra, y el Doctor Pedro Gual, alto funcionario de la República.

Unas y otras le referían con detalles precisos las operaciones militares de los realistas y republicanos, aquellas con el objeto de reconquistar el poder en Venezuela y estas a la defensa del mismo. Las noticias producían la impresión que engendra en el ánimo la de una jauría que se suelta de sus ataduras y amenaza a las personas, o la de un león que se escapa de la jaula y se dispone a lanzarse sobre su presa.

Se preparaba Bolívar para dirigir sus operaciones hacia el Perú y auxiliar a los patriotas peruanos, quienes se encontraban divididos pollas furias de la anarquía, las rencillas lugareñas y el desorden social y político, cuando recibió la noticia de los triunfos de Morales, su antiguo y tenaz contendor, alarmantemente transmitidas por el Vicepresidente. Dos días después fue cuando recibió las que le comunicaban sus leales y activos amigos antes mencionados, Briceño y Gual, quienes, aunque las confirmaban en todo, no se manifestaban tan alarmados y pesimistas frente al avance de los realistas, pues le expresaban que ellos y otros amigos en la capital, el General Urdaneta en Cúcuta y Pamplona, el General Montilla en la costa, los Coroneles Manrique y Carrillo en Trujillo, Cruz Paredes y Rangel en Mérida, habían tomado enérgicas providencias para detener la reacción realista y conjurar el peligro que amenazaba a sus respectivos mandos militares.

El Libertador balanceó con su genial talento político y sus dotes de estrategia la situación surgida en el Norte de la República, las informaciones de una u otra fuente y la calidad y capacidad de los jefes que tenían el mando y la responsabilidad de esas regiones; y concluyendo que en el Norte ocurrían novedades de consideración, no tanto por el valor de la causa política que trataban de revivir los realistas, sino por la calidad varonil, el renombre militar y el prestigio del jefe español, a quien conceptuaba como un dinámico general, pues bien lo conocía desde hacía muchos años, resolvió acudir en auxilio del Norte y ponerse él mismo, en persona, al frente de los defensores de la República.

El dilema que se presentó a Bolívar era terrible. El Norte del país, por tener un amplio y dilatado frente marítimo, podía

recibir por mar ayuda de las naves españolas que navegaban desde Panamá, Cuba y Puerto Rico hasta las bocas del Orinoco, añadido a esto la debilidad de las plazas secundarias, faltas de guarnición (solamente los apostaderos de Cartagena y Santa Marta tenían naves y municiones); los pueblos atemorizados por el pavoroso espectro de la guerra a muerte con el que los amenazaba Morales; en fin, las súplicas del Vicepresidente que le urgían a acudir en ayuda de la República; todo esto lo llamaba al Norte.

Pero la estabilidad, el prestigio y las glorias de Colombia, su máxima creación política, en cuyo porvenir tenía él cifradas sus esperanzas de Libertador; la liberación del Perú, empresa en cuya ejecución ya estaba comprometido su nombre y el de Colombia, la suerte de sus hermanos del Sur, a quienes prometió ayudar en la obra va comenzada y entorpecida por la anarquía local y las rencillas de caudillos egoístas y apasionados, fallos de espíritu patriótico; en fin, la convicción de que de la suerte del Perú dependía en gran parte la estabilidad de Colombia, lo llamaban hacia el multicentenario imperio de los incas. En verdad que el dilema era terrible.

Estudiando ambas situaciones, y apreciándolas desde su atalaya pesquisidora de hombre abnegado y patriota convencido, Bolívar vaciló muchas veces, cuando percibía alguna razón en pro de una u otra forma de acción. Verdaderamente era angustiosa para su gran corazón de Libertador semejante situación.

En el Perú todo era recelo, desconfianza, recíprocas injurias, anarquía y estragos sociales y políticos ocasionados por la guerra civil que era provocada, alimentada y sostenida por los amigos del desventurado presidente Riva-Agüero, quien para eliminar estorbos a sus planes proditorios, había disuelto el Soberano Congreso de la naciente República, reunido a la sazón en Lima. Esta decisión

de Riva-Agüero dio origen al cisma político, y entonces hubo dos Presidentes y dos Congresos.

En aquella confusión, los verdaderos patriotas solo veían una luz en medio de la obscura tiniebla de la anarquía; solo tenían una esperanza en el tempestuoso y revuelto mar de las discusiones, disensiones, ambiciones y banderías: Bolívar, faro luminoso y esperanzador de la Independencia y Libertad del Perú, y por ello lo habían llamado en su auxilio.

Con relación a este estado de cosas, Bolívar le escribió a Santander: “La cuestión del Perú, es como decía De Pradt hablando de los negros de Haití, tan intrincada y horrible que, por dondequiera que se la considere, no presenta más que horrores y desgracias y ninguna esperanza, sea a manos de los españoles o en manos de los peruanos”¹³.

¡Dilema terrible y angustioso! Santander lo llamaba con urgencia hacia el Norte; los peruanos lo llamaban a que fuese a socorrerlos del naufragio de la revolución. ¿Cuál sería su decisión? ¿A quién atendería con prelación? ¿Hacia qué dirección se dirigiría?

Tal era la indecisión provocada en el Libertador por las tremendas noticias de la reacción realista jefaturada por Morales en la Provincia de Maracaibo.

Ese fue, pues, el eco con el que resonó allá, a lo lejos, sobre las cumbres del Ecuador y el Perú la noticia de la ocupación de Maracaibo por las fuerzas realistas, ahora organizadas y puestas en pie de guerra por Morales, astuto, sagaz y enérgico paladín de la monarquía en Venezuela.

La decisión del Libertador se inclinó hacia el Norte, no tanto por la llamada de Santander, sino porque Bolívar era semejante a esas grandes moles graníticas que en las altas cumbres de los Andes se mantienen en equilibrio inestable y que al desprenderse de las alturas buscan la línea de mayor pendiente. Su condición de

13 Carta de Bolívar a Santander, fechada en Ibarra el 23 de diciembre del 1822, N.º 614. Simón Bolívar. *Obras completas*, Tomo I, pág. 709, Editorial Lex. La Habana, Cuba, 1947.

guerrero audaz y valeroso y de estrategia perspicaz, lo inclinaban hacia el lugar de mayor peligro.

El mayor peligro de entonces estaba en el Norte de Colombia, en donde el aguerrido General que militaba en América bajo la bandera española, encendía de nuevo el devastador fuego de la guerra, y con su prestigio conmovía y soliviantaba los pueblos del Zulia, Coro, Trujillo, Mérida, Cúcuta, Valle de Upar y Santa Marta, y alentaba nuevamente en los grupos realistas las esperanzas de una reacción militar a favor de la monarquía.

Morales, su viejo contendor, aquel con quien muchas veces había medido su espada, de paladines de dos causas que no podían coexistir en los países continentales de América; Morales, decimos, había arrojado el guante de caballero combatiente de las viejas lides de los defensores de aquellas situaciones antagónicas, y Bolívar lo recogía con la gallardía de un cruzado que se enrostra con las adversidades y contratiempos de su empresa; y decidió definitivamente regresar al Norte; esa era la línea de mayor pendiente; esa era la zona donde se erguía amenazador el peligro máximo y para allá salió.

Pero, aunque prefería los asuntos del Norte, se le presentó frente a frente otro problema: ¿A quién encargaría para que lo sustituyera en la dirección de las operaciones preliminares de la campaña sobre las tierras del Perú? Tenía que dejar en su lugar a otro jefe, capaz y hábil, semejante a él, y ese hombre era el General Antonio José de Sucre, a quien confió la dirección de la guerra en el Sur de Colombia y las tierras peruanas.

Era como si quedase allí su mismo espíritu batallador, su alma de patriota abnegado, su talento de estrategia, su *alter ego*. Su “otro yo”; fue quien se cubrió de glorias en Yaguachi, Riobamba y Pichincha; el hombre que negocio uno de los primeros tratados internacionales que se firmaron en el Nuevo Mundo; el hombre valiente, magnánimo, talentoso, abnegado, noble y sin paralelo

como leal y como bueno en los fastos de la humanidad de quien había escrito: “es libertador; activo, amable y único en fin”¹⁴.

El mismo Libertador, tan parco y moderado en el lenguaje cuando se refería a sí mismo, al contar ciertos episodios de su vida de guerrero, y referirse, en una de sus cartas, a las terribles circunstancias que lo rodearon en esta situación, se expresa así:

“Nunca había vacilado tanto para tomar una resolución o decidirme por un partido; mas al fin, después de un largo combate interior, venció el amor a la patria, y me puse en marcha para Bogotá con el General Valdez”.

Era esta la perfección humana del juicio, sobre el cual, solo los arcanos designios de la Provincia son superiores. La perfección del razonamiento, tan sencillo en esta conclusión: preferir a la Patria, antes que a todo lo demás. Eso fue su meta siempre. El amor a la Patria: Pensamiento que refulgió en su poderosa mente y vivificó su corazón, desde su juventud hasta el momento de expirar en la quinta “San Pedro Alejandrino”.

Era, a la vez, la perfección del juicio y la florescencia más íntima de su alma generosa y grande: la abnegación. Sentimientos supremos entre los que conmovieron sus pensamientos, su alma, su genio, su voluntad y su brazo. Este impulso espiritual fue siempre en su existencia y en sus decisiones el vencedor de todas las emergencias de su vida. Todo para los demás, nada para sí. “Quisiera tener una fortuna para dar a cada uno de los colombianos, pero no tengo más que un corazón para amarlos y una espada para defenderlos”¹⁵.

Pero hay más aún; cuando se disponía a salir de Guayaquil, rumbo al Norte, surgió en la espaciosa y pintoresca ría de Guayaquil una corbeta de guerra peruana, en la cual venían a

14 Carta de Bolívar a Santander, fechada en Cuenca el 23 de setiembre del 1822 N.º 600. *Obras completas de Simón Bolívar*. Tomo II, pág. 686. Editorial Lex. La Habana, Cuba, 1947.

15 Carta de Bolívar al Doctor Revenga.

bordo el Coronel Francisco Mendoza y el Marqués de Villa Fuerte, altos comisionados del Presidente de la República del Perú, don José de la Riva-Agüero, quienes traían por misión solicitar al Libertador-Presidente de Colombia que se trasladara al Perú para que dirigiera la guerra; no la civil, que estaba minando las esperanzas independentistas de ese hermoso país, sino la guerra contra los ejércitos españoles que lo dominaban.

Entre otras razones perentorias y urgentes para trasladarse a cumplir con el objeto indicado, le expresaron los comisionados: Sin vuestra presencia, señor Libertador-Presidente, vencedor en Boyacá y Carabobo, serán inútiles e insuficientes cuantos esfuerzos hicieran los patriotas peruanos para vencer a los ejércitos españoles en el territorio del Perú”.

Además de todo ello, entregaron a Bolívar cartas escritas por Riva-Agüero, Santa Cruz, Gamarra, Salazar, Portocarrero, Herrera y algunos otros personajes influyentes en el ejército y política del Perú, muy expresivas y corteses, en las que le rogaban que se trasladase a su patria para dirigir en Jefe la guerra y efectuar la revolución.

El Libertador respondió sencilla y admirablemente, como todos los elocuentes y brillantes chispazos que emergían de su talento: “Deseo vivamente ir al Perú con el único objeto de combatir contra los ejércitos españoles que lo oprimen; mas, no pudiendo ausentarme del territorio colombiano sin el previo permiso del Congreso, yo les prometo que, obtenido como sea este permiso, volaré a Lima o al lugar del Perú donde me llamen las circunstancias, o los sucesos de la política y de la guerra”.

Al responder así, el Libertador aceptaba implícitamente la invitación formulada por las autoridades peruanas. La prudente respuesta que dio para no ir inmediatamente, le permitiría, además, ganar tiempo para atender antes a la cuestión planteada por la reacción realista en el Norte de Colombia. Fue una respuesta hábil y oportuna que le permitió, a la vez, encubrir sin hipocresía y sin mentir, la delicada situación que tenía que afrontar en el Norte, la que de haber sido conocida por los comisionados, habría hecho

fracasar la misión, porque la suspicacia de estos últimos hubiera captado la posibilidad de que la reacción realista, al extenderse hacia el Sur de Colombia, pusiera en peligro la existencia misma de la entidad y dado al ejército una ocupación dilatoria.

Como puede verse, la reacción victoriosa de los realistas al mando de Morales, con el alto cargo de Capitán General de Venezuela, lo acreditaba ante la opinión pública como autoridad suficiente para proclamar en Venezuela el restablecimiento del régimen realista batido en Carabobo.

El Libertador en carta a Santander le decía: "...Morales nos dará mucho que hacer, porque yo no veo el conjunto que se necesita para una operación tan difícil como la de destruir en el golfo a un enemigo audaz y activo, aunque bruto y cobarde; porque hablando con verdad, si Morales no comete alguna falta muy grande, él prolonga (sic) la lucha por mucho tiempo, y como vuelvan a cometer los nuestros otra imprudencia como la de Clemente y Sarda, espérellos Ud. en Bogotá"¹⁶.

Afortunadamente, Morales cometió una falta muy grande: no defendió suficientemente la entrada de la Barra de Maracaibo y permitió que la escuadra de Padilla la forzara, atravesara El Tablazo, bloqueara a Maracaibo, se enseñoreara de sus aguas y destruyera posteriormente a la escuadra realista, en la memorable batalla naval objeto del presente trabajo.

Tales fueron las repercusiones políticas y militares que tuvo en Colombia y en la campaña del Sur la atrevida operación del General Morales y sus jefes y amigos políticos.

Finalmente, después de cuatro días de permanencia en Guayaquil los representantes peruanos regresaron a su patria; y tan pronto como la nave se perdió en lontananza, Bolívar se dirigió a las montañas que culminan en el bosque de volcanes que rodean a Pasto.

16 Carta del Libertador a Santander, fechada en Guayaquil el 12 de marzo del 1823. N.º 624. Simón Bolívar, *Obras completas*. Tomo I, pág. 727. Editorial Lex. La Habana, Cuba, 1947.

Al llegar al pueblo de Saboneta, recibió la correspondencia enviada por el Ministerio de Guerra en la que le daba cuenta de la gallarda actitud del General Mariano Montilla, Jefe del Departamento del Norte (Cartagena y Zona Militar de esa región); de la actividad y lealtad del Contralmirante José Prudencio Padilla (Jefe del Apostadero de Cartagena); del Coronel presbítero José Félix Blanco y de otros oficiales amigos y subalternos suyos; del triunfo alcanzado por el bizarro y brillante General Rafael Urdaneta, quien había rechazado hacia las costas del lago al audaz invasor de la jurisdicción militar; de los triunfos alcanzados en Mérida, Trujillo y Coro por los Coroneles Manrique, Carrillo, Paredes, Reyes González, Torrellas, Gómez y otros defensores de la República.

La situación estaba, pues, dominada; la tempestad, amainada: el alud detenido; en fin, ya no era necesario proseguir el viaje. El león español que se había salido de su madriguera, estaba vapuleado por sus mismos cachorros, por sus mismos hijos engendrados en los jarales de la virgen América.

Morales regresó a Maracaibo y se puso al abrigo de los cañones que defendían las murallas de la urbe, de las fortalezas lacustres de la Barra y El Tablazo, entre los cuales alardeaba de ser inmune contra cualquiera agresión republicana.

De tan formidables defensas lo habrían de sacar poco después los marinos educados en la escuela de la libertad, honor y deber, cuyos maestros fueron los navegantes que cultivaron la tradición legendaria de Lepanto, acción naval de inmortal importancia en la historia de la civilización Occidental, pues allí las naves españolas la salvaron de la conquista islámica.

En ese reducto se librarían las últimas batallas de la República y se refrendaría el Derecho Americano por cuya virtud son libres las naciones de la América Hispana, porque las naves que se alistaron para destruir la escuadra española en las tranquilas aguas del hermoso y pintoresco Lago, campo de zafiro líquido tendido bajo el ciclo policromo que ilumina el relámpago del Catatumbo,

fueron hechas por el conjuro de los dioses épicos para proezas inmarcesibles.

Cómo ocurrió esta batalla, una de las más gloriosas que engalanan las páginas de la historia naval suramericana, es el tema principal de los capítulos subsiguientes. En el capítulo VI trataremos acerca de la escuadra española, comandada por Ángel Laborde, un experto y acreditado oficial de la marina, que con el grado de Capitán de Navío desempeñaba el alto cargo de Segundo Jefe de la Escuadra que custodiaba los intereses marítimos de la Corona Española en las aguas Septentrionales del Continente.

A esta escuadra pertenecía la flota que organizó el activo General Morales para su defensa y la de la Capitanía, cuya suerte le había confiado el monarca. Dicha escuadra fue aniquilada por las naves introducidas valientemente en el Lago, comandadas por el Contralmirante José Padilla y un puñado de atrevidos comandantes, entre los cuales se encontraba el invicto y patriota Renato Beluche, el valeroso Walter D. Chitty, Felipe Baptista, Tomás Vega, Pedro Lucas Urribarri, Manuel Valbuena y otros bravos marinos de Maracaibo y de la costa samaria.

El historiador Américo Briceño V., en su novela histórica intitulada “La Reina de Barinas”, dice lo siguiente:

“Sabedores los generales Soublette y Páez de que el General Morales se había apoderado de toda la periferia del Lago de Coquivacoa, donde tenía naves abastecidas de elementos de guerra y defendidas por tropas veteranas de mar y tierra, el Comandante en Jefe dispuso que el General Páez regresara a Valencia para que dirigiese el asedio de la plaza de Puerto Cabello en combinación con las naves comandadas por el Capitán de Navío Renato Beluche y que se encerrase a Morales dentro de un círculo de hierro y fuego formado por los siguientes Jefes del ejército republicano: el General Montilla cerraba la línea de la Guajira, Lino de Clemente la del Táchira; Reyes por Carora y Carrillo en la de Coro lo estrechaban por el flanco Oriental; Manrique por la costa de Trujillo, Sardá por los lados de Perijá y e Catatumbo, Urdaneta en combinación con

los Paredes por el Sur, y por el Golfo de Maracaibo, la escuadrilla de Joly y Chitty”.

Así, encerrado, tendría Morales que capitular o rendirse a discreción, pues no tenía salida por parte alguna, ni siquiera para los llanos de Barinas, paraje en donde se habría podido convertir en formidable amenaza para la paz nacional y aun para la vida misma de la República.

Es oportuno señalar aquí con detalles propios y ciertos, quién era este temible jefe realista. Su hoja de servicio data de los años 1810 y 1811, cuando comenzó la guerra de independencia, en cuyos más encarnizados combates luchó con singular denuedo.

Según lo aseveran los críticos militares tanto criollos como peninsulares, fue uno de los primeros entre los más destacados que defendieron la causa realista en Venezuela. Otros asignan esta categoría al General Tomás José Boves, asturiano de recia contextura física y excelente capacidad de conducción, cuya hoja de servicio abarca únicamente tres años.

La opinión más justa y acertada es la de que ambos fueron excelentes jefes, que se hombrean en las alturas del valor y del heroísmo de las viejas lides españolas. Son iguales, y así lo deja ver la celebrada copla llanera, que se cantaba durante la guerra, y aún se canta algunas veces en los velorios, corrios y juergas llaneras del Apure, del Alto Llano y de Barinas.

“Entre Boves y Morales
la diferencia no es más
que el uno es Tomás José
y el otro, José Tomás”.

Eran semejantes tanto en el valor como en la crueldad y fiereza, en el arrojo, temeridad y constancia en las batallas. El uno tuvo una rápida e intensa carrera militar: apenas en un trienio de combates sin tregua y sin descanso se levantó muy arriba su prestigio y su celebridad; el otro guerreó aproximadamente cuatro veces

más tiempo. Entre los héroes de nuestra independencia, igualó en duración de servicios a Bolívar, Sucre y Páez.

Boves y Morales eran igualmente sanguinarios. Boves, como los tártaros, mataba, arrasaba, incendiaba y pasaba de largo al galope de su caballo, sin detenerse a contemplar sus víctimas, las hogueras y los despojos de sus desafueros. Morales no. Se detenía ante los muertos, a presenciar la agonía de sus víctimas, a extasiarse, como Nerón, mirando las llamaradas del incendio y solazarse oyendo el áspero crepitar de las llamas que consumían a hombres, animales, hogares y riquezas materiales. Era un sádico abominable.

Boves era un escita, hijo de un demonio y una bruja ayuntados en la selva tártara bajo la luna menguante de un aquelarre tétrico. Morales era un romano legionario escapado de las hordas devastadoras de Domicio Enobarbo o del misántropo Diocleciano. Boyes era semejante a Tamerlán, y Morales a Vitelio, aquel a quien se le atribuye la célebre frase que a través de los siglos se ha convertido en máxima de todos los déspotas: “los cadáveres de los enemigos, huelen siempre bien; y mejor si esos cadáveres son de nuestros compatriotas”.

Morales capituló ante el gobierno republicano tras de haber sido destruida la escuadra realista en la batalla naval del 24 de julio y el mismo gobierno facilitó los recursos para que él y los suyos que quisieran seguirlo, se trasladaran al exterior.

Morales se dirigió a La Habana, en donde fue designado con el alto cargo de Capitán General de la Isla de Cuba, y así, los jefes realistas derrotados en Carabobo, el uno, en La Habana, y el otro en Puerto Rico, pusieron de manifiesto públicamente sus viejas desavenencias (originadas por la rivalidad de camaradas y por el común deseo de monopolizar el mando supremo de Venezuela), con denuestos, cargos y fuertes inculpaciones, llegando hasta acusarse de cobardía; cargos injustos, pues ninguno de ellos reveló jamás ningún temor en las batallas; antes por el contrario, los jefes republicanos reconocieron en ambos las virtudes de los militares más denodados.

Morales, Calzada y Rodil, vencidos respectivamente en Maracaibo, Puerto Cabello y El Callao, fueron embarcados a expensas de la República, para sus respectivos países, sin que se les hubiera cobrado los delitos y crímenes con los que sacrificaron a los republicanos.

Un episodio revela mejor que todo, la nobleza de los sentimientos republicanos: cuando el General venezolano Bartolomé Salom venció al Brigadier español José Ramón Rodil en El Callao (Perú), último baluarte de la resistencia española en dicho país, preguntó al Libertador qué castigo se le impondría a Rodil, y el Libertador respondió: “el heroísmo no merece castigo, y al vencedor le asienta muy bien la generosidad. Concibo que Ud. tenga razón para estar furioso contra Rodil; pero ¡cuánto lo alabaríamos nosotros si fuera patriota!”¹⁷.

17 *Historia constitucional de Venezuela*, Tomo I, pág. 496, 5ta. Edición, por José Gil Fortoul. Ediciones Sales, Caracas, Venezuela, 1946.

IV. Conquista y ocupación de Maracaibo por los realistas. Operaciones de los republicanos para su reconquista

Para la conecta y precisa comprensión de la campaña que terminó en la memorable batalla naval del 24 de julio de 1823 —cuyos preliminares ocurrieron durante los días 20, 21, 22 y 23 de dicho mes—, echemos un vistazo atrás en la narración, apreciación y descripción de los acontecimientos que sucedieron desde casi un año antes.

Cuando el General Soublette supo la atrevida maniobra militar del General, Morales sobre el Occidente, que culminó con la conquista y ocupación de la Provincia de Maracaibo —la cual era de capital importancia para dirigir y consolidar la reacción realista—, ordenó que saliese del puerto de La Guaira una expedición naval, comandada por el Capitán de Navío Renato Beluche, en la cual iría un batallón de infantería que desembarcaría en Paraguaná, y otro batallón de infantería que iría a Maracaibo para auxiliar al Gobernador y Jefe Militar de la Provincia, General Lino de Clemente.

Dictó, además, prevenciones tendientes a fortalecer la defensa del Sur del Lago en la Provincia de Trujillo, para donde destacó dos batallones más de infantería, operación muy valiosa que confió a la reconocida pericia y valor del General José A. Páez,

a quien encomendó atacar a Morales, por agua, para lo cual debía embarcar sus efectivos en Moporo.

La expedición naval marchó rápidamente, y por eso el contingente que acudió en defensa de Maracaibo, llegó más temprano al teatro de operaciones, aunque sin cumplir su cometido; pero no así el auxilio que llevó Páez quien, cuando alcanzó a Trujillo, se encontró en Carache con de Clemente que venía derrotado.

Beluche, por su parte, surgió frente a la barra y despachó un bote con un oficial en solicitud de prácticos, para entrar al canal y luego al lago, en donde creía se encontraba el General Lino de Clemente; pero el oficial no regresó, por lo que Beluche, supuso ocupado el Castillo, y decidió regresar a Río Hacha, ya que por el golfo cruzaban algunas naves españolas de las que defendían a Puerto Cabello, que habían visto cruzar a las de Beluche, a las que perseguían con ahínco.

Las dos tentativas hechas por Soublette para defender a Maracaibo, habían fracasado sin combatir. Veamos ahora como se apodero Morales de la plaza y de los Castillos de Maracaibo.

Al frente de su expedición transportada en 14 naves, Morales desembarcó en el puerto guajiro de Cojoro y seguidamente avanzó hacia el Sur, atravesó el paso del río Socuy, donde estaba el Coronel Faría, quien, después de foguearse con la vanguardia, se retiró y abandonó las barcazas que servían para cruzar el anchuroso caño.

El gobernador había confiado la defensa de ese frente al General Carlos Luis Castelli, valeroso italiano, uno de los supervivientes de la expedición de Los Cayos del 1816, a quien ordenó defender el Paso del Mono, única vía que podía aprovechar el enemigo después de vencer la resistencia del Paso del Socuy.

Castelli supo que Morales había pasado el río y se dirigió a defender el lugar llamado Hato de Zuleta, a donde llegó por la noche, y se trabó seguidamente en combate con el Coronel García (el bravo y arrogante defensor del realismo en Carabobo al frente del Primer Batallón del Regimiento Valencey). Se batieron bravamente a pesar de la oscuridad y de las pantanosas condiciones de la

región, que a la vez, estaba cubierta de maleza. Murió el Coronel García, pero la acción fue ganada por los realistas¹⁸.

Noticioso el general de Clemente de la derrota de Castelli, organizó rápidamente las tropas que pudo y marchó hacia el Norte, con el objeto de oponerse al avance de Morales. En Salina Rica le presentó batalla y aun cuando este pudo burlar a los patriotas al tomar el camino hacia la capital por su flanco derecho, prefirió medirse con las armas de de Clemente, y se trabó en bravo y obstinado combate, que culminó con el triunfo realista. Esto ocurrió el 6 de septiembre de 1822, y el 7 entró Morales a Maracaibo en donde gobernó despóticamente, con autoridad absoluta hasta el día de la capitulación efectuada el 3 de agosto de 1823.

De Clemente y el resto de los supervivientes del sangriento combate, se embarcaron en el puertecito de Aguiar y se dirigieron al puerto de Moporo, en la costa de Trujillo. El Coronel Villasmil, al tener noticias de esta derrota, aceptó la capitulación que le ofreció el enemigo y entregó sin combatir las fortalezas de San Carlos, Zapara, San Fernando y Bajo Seco. Fue esta la razón por la que el Capitán Beluche, cuando llegó a la boca de la Barra, pidiendo prácticos, perdió al oficial.

Cuando el General Mariano Montilla, Jefe de la Zona Militar de Cartagena supo estos desastres, temió que estos triunfos enva-lentonaran al Jefe realista y este marchase sobre Río Hacha, por lo cual se dirigió rápidamente hacia esa región con el objeto de defenderla y a su vez organizar fuerzas para acudir en socorro del gobernador Lino de Clemente, a quien suponía a la defensiva en algún sitio de la Provincia.

Estaba ocupado en estas funciones cuando le llegó la noticia de las fallidas operaciones de Beluche, a la vez que recibió instrucciones del Ministro de Guerra ordenándole entorpecer de

18 El historiador Ángel Grisante, en su obra inédita *Los empecinados españoles de Venezuela*, sostiene que el Coronel Tomás García murió en España en febrero de 1837.

cualquier modo las operaciones de Morales sobre Cúcuta, Valle de Upar y Río Hacha.

Ignorante el gobierno central de la ocupación de la Barra, le ordenaba también mandar la escuadrilla a su orden hacia Maracaibo con el mismo objetivo y perseguir a Morales si avanzaba hacia la cordillera. Pero informado ya el Vicepresidente de la ocupación de los castillos y La Barra, ordenó a Montilla que organizase un ejército para atacar por mar y tierra a los realistas hasta retomar a Maracaibo y desbaratar su concentración en dicha provincia.

Para cumplir estas órdenes, Montilla organizó una división compuesta por 1.000 hombres de infantería y 300 de caballería que confió al Coronel José Sardá, a quien dio instrucciones de avanzar y ocupar la línea del río Socuy. Debía esperarlo allí, sin comprometerse en combate, a menos que ostensiblemente tuviera ventaja, pero con la orden de avanzar hacia Maracaibo, si el General Morales había salido para la costa Sur.

El General Morales, que tenía la virtud militar del dinamismo y la actividad, cuando su instinto de estrategia le hacía descubrir fallas en el enemigo, avanzó velozmente hacia el río Socuy. Sardá ya había llegado a Sinamaica cuando aquel tomó posiciones en el río con 1.800 infantes y 200 jinetes, y ante la pasividad de Sardá, cruzó el río y ocupó la llanura de Garabulla y por falta de informaciones o exceso de confianza y viéndose atacado en su misma línea, se vio forzado a aceptar el combate y a desobedecer las órdenes de su jefe.

Combatieron durante cuatro horas, ardorosa y tercamente, por ambos bandos, y el resultado fue favorable a los realistas, quienes perdieron un valioso oficial, el gallardo Coronel León Iturbe, venezolano, de filiación realista por abolengo, pues descendía de una familia peninsular de ilustre alcurnia, y era acérrimo partidario de la monarquía. Este combate tuvo el mismo resultado que el de Hato de Zuleta, acción en la que combatió el valiente y denodado Coronel Tomás García, conductor del Primero del Regimiento Valencey en Carabobo.

El Coronel Sardá se internó por las llanuras de la Guajira y se dirigió hacia Río Hacha donde dio cuenta de su derrota.

Había resultado infructuoso el tercer intento de liquidar a las tropas españolas y reconquistar la provincia de Maracaibo.

Correspondía ahora al General Rafael Urdaneta, si no cumplir este objetivo, al menos defender la zona de su mando de la invasión y contener la ofensiva de Morales. Con este propósito, avanzó sus tropas hacia Boca de la Grita, con el intento de dominar la vía fluvial de los ríos Catatumbo y Zulla, pero las tropas a quienes iba a contener, le salieron al encuentro en las vecindades de aquella población. Se entablaron varios combates parciales entre las vanguardias, cuyos resultados no fueron decisivos en esta campaña. Sin embargo de ser así, debido a los éxitos obtenidos por las fuerzas de Mérida y Trujillo —que dejaron maltrecha la retaguardia de los realistas en su aventurado avance sobre Cúcuta— las tropas de Morales tuvieron que retroceder ordenadamente.

Urdaneta se mantuvo a la expectativa para ver cuáles eran las intenciones de Morales, y bajó hasta Encontrados, donde supo que este había retrocedido a su base. Por su parte, en Trujillo, las fuerzas de los Coroneles Cruz Carrillo, Cruz Paredes y Manrique, que operaban sobre Gibraltar, destrozaron la División del general realista Sebastián de la Calzada, quien también tuvo que retroceder hacia su base de operaciones.

El cuarto intento de reconquistar a Maracaibo no había fracasado del todo; había detenido la ofensiva realista, cuyas tropas fueron circunscritas a actuar en un radio ahora muy limitado. Como en asuntos militares rige la regla de los enamorados (la cual dice que quien no avanza retrocede y pierde), se puede decir que los esfuerzos de Urdaneta, los Paredes, Carrillo y Manrique, y los guerrilleros trujillanos y merideños, salvaron al Virreinato de la Nueva Granada de volver a caer en poder de sus antiguos dominadores.

Pero Morales, de una voluntad de lucha a toda prueba, no se daba por vencido ni se amilanaba por tropiezos locales; y cuando el éxito no lo acompañaba en una dirección lo buscaba por la

otra. Ahora quiso sacar provecho del alzamiento armado que acaudilló en Río Hacha el Coronel Labarcés, realista peninsular, quien organizó una división y llamó en su auxilio a Morales, para reconquistar la provincia y amenazar el centro de Nueva Granada por los ríos César, Cauca y Magdalena, regiones de fácil acceso y por donde podrían ocupar la capital.

Morales destacó en apoyo de los realistas de Valle de Upar una división que, al mando del Coronel Narciso López, entró por la serranía de Perijá para caer en El Valle, y otra más que, al mando del Coronel Eugenio Mendoza, entró por la Guajira para caer sobre Río Hacha.

Al tener el General Montilla noticias de esta nueva situación, tan osada como gravemente amenazada su jurisdicción, diezmado como estaba su ejército por la derrota sufrida en Garabulla, temió un desastre, pero sin desanimarse por estas graves adversidades reorganizó prontamente dos divisiones: una a su mando y comandada la otra por el Coronel Carmona, las cuales avanzaron contra los invasores.

Carmona marchó contra la división de Mendoza a la cual batió en El Valle. Montilla avanzó contra la división de López a la que batió en Voladorcito. Poco después, Río Hacha se vio amenazada por una sublevación realista; pero ya de regreso el General Montilla, destacó contra los sublevados al Batallón Tiradores¹⁹, casi todo integrado con mestizos de Maracaibo, el cual salió por mar, desembarcó en la Sabanilla y atacó y derrotó a los sublevados, quedando así despejada esta costa y dejando libertad de acción al General Montilla para ocuparse de las operaciones marítimas que proyectaba sobre Maracaibo.

Con este propósito, Montilla reunió un Consejo de Oficiales, entre los cuales formaron parte los Capitanes de la Armada, Renato Beluche, Nicolás Joly y Walter Chitty, prácticos del golfo, de la barra y de El Tablazo; y los Coroneles Carmona y presbítero José

19 Célebre unidad táctica que contribuyó admirablemente a la sublevación de la Provincia en 1821.

Félix Blanco, el último de los cuales ostentaba va las presillas de coronel de infantería, ganadas en muchos combates que por la gallarda lid le conquistaron reputación de valiente y abnegado.

En este consejo les comunicó su idea de forzar la barra para apoderarse de Maracaibo mediante un atrevido golpe, de mano, porque batir a Morales por medios normales era muy, difícil, pues este jefe era muy audaz, dinámico y emprendedor; conocía muy bien el terreno, y siempre había sido un tenaz y ardoroso defensor del realismo.

Discutida la idea, y habiendo pesado las circunstancias favorables y desfavorables. Montilla les prometió que simultáneamente con la ejecución del plan él haría un ataque terrestre contra Morales, para distraerlo y obligarlo a descuidar la defensa de La Barra, y sus canales de acceso, que constituían las llaves estratégicas que abrían las puertas del lago.

La idea de forzar La Barra ya había sido discutida por los marinos marabinos, quienes conceptuaban la operación riesgosa pero factible, puesto que la historia muestra que esto había sido realizado en vana, oportunidades por los piratas, sin ser tan prácticos como ellos mismos Beluche y Joly aseguraban que los piratas habían utilizado prácticos tomados en las islas de Sotavento, a quienes traían embarcados por la fuerza.

A Montilla lo sedujo el proyecto y acabó de decidirse cuando, algunos indios y mestizos guajiros de Río Hacha se aseguraron que podían pilotear los barcos en La Barra y en El Tablazo, pues eran buenos conocedores de esos parajes, que habían navegado desde niños. Con la disposición de tan excelentes ayudantes, Montilla, Beluche, Chitty y Joly resolvieron formalizar la operación definitivamente y ejecutarla.

Montilla le comunicó el proyecto a Padilla, Comandante del Tercer Departamento de Marina, intercambiaron ideas acerca del plan, que fue de mucho agrado del impulsivo y audaz marino neogranadino, a cuyo cargo estaba el Apostadero de Cartagena y a quien se le reconocía como experto y valiente. Y cuando se convino definitivamente la ejecución del plan, Padilla y Montilla dieron

las órdenes secretas y disimuladamente para la concentración de naves, así como su equipamiento de aparejos, armas, municiones y víveres suficientes para realizarla con éxito.

A su vez para hacer más difícil la situación de Morales y cortar los suministros, el General Mariano Montilla, Comandante General del Departamento del Magdalena, debidamente autorizado por el Ejecutivo, dictó en su Cuartel General de Soledad, el 15 de enero de 1823 el decreto mediante el cual declaraba bloqueada la costa del Golfo de Venezuela comprendida entre el cabo Chichivacoa en la Península de la Guajira y el cabo San Román, al Norte de la Península de Paraguaná. En esta forma entorpecía a Morales la línea de abastecimiento que desde Curazao y otras islas del Caribe, aprovisionaba a sus fuerzas, y por este medio se contribuía al debilitamiento de las mismas. Habiendo cambiado el carácter de la guerra de terrestre a marítima, la conquista del dominio del mar era condición necesaria para asegurar el triunfo final. El método del bloqueo para obtenerlo era el primer paso. Posteriormente al aumentar la Armada republicana sus naves, las cuales quedaron constituidas con seis corbetas, siete bergantines, seis goletas y cuarenta y cinco flecheras y cañoneras se aplicaría conjuntamente con el bloqueo el de la batalla decisiva, mediante la cual se liquidaría al régimen realista.

Los primeros buques que llegaron a la concentración fueron el bergantín “Independiente” de la Armada de la República, comandado por el Capitán de Navío Renato Beluche, y el bergantín “Gran Bolívar”, perteneciente al Capitán Nicolás Joly, quien al mismo tiempo era su comandante.

Estas naves se hicieron a la mar adelante para cruzar el golfo con el propósito de impedir la navegación de los buques realistas y evitar que el plan fuera sospechado por estos.

Padilla comandaba a la sazón la corbeta “Constitución”, y en virtud de que tanto él como Montilla habían puesto su plan en conocimiento del Ministerio de Guerra y Marina que lo había aprobado, levo anclas con esta nave y otras que ya habían reunido en Río Hacha y se dirigió a Los Taques, donde asumió

la dirección de las operaciones en su carácter de Comandante General de la Escuadra de Operaciones, y a fines de marzo destinó al Comandante Beluche cerca del Intendente de Venezuela en solicitud de buques menores y otros auxilios con que proseguir las operaciones y forzar la Barra de Maracaibo.

Se había acordado, además, previamente, entre Padilla y Montilla que el primero avisaría al segundo cuando fuese a acometer la empresa, a fin de que la actuación de las diferentes fuerzas se hiciera en forma coordinada.

Por su parte los generales Soublette y Gómez acordaron distraer la atención de Morales por el lado del Magdalena y del Valle de Upar con los batallones Carabobo y Tiradores.

Beluche recaló a Borburata el 8 de abril en el bergantín “Independiente” y el 10 pasó a Caracas para solicitar de Soublette los auxilios necesarios, los cuales eran difíciles de prestar porque se mantenía el bloqueo de Puerto Cabello y no se tenían muchos barcos. No obstante esto, Beluche consiguió moderados auxilios, consistentes en las goletas “Leona”, armada con un cañón de 18 y tripulada con 6 marineros, y la “Antonia Manuela”, con un cañón de 8 y 8 marineros, más 70 soldados del batallón Tiradores y 4.000 pesos.

El 1 de mayo, a las 14:30, recaló en Isla Larga, frente a la ensenada Enete, en las vecindades de Puerto Cabello, con las goletas anteriores, más la “Juana”, “Favorita” y la barca “Heroína”, y cuando se aprestaba a levar anclas para dirigirse a Los Taques fue avistada aproximándose al puerto la escuadra de Laborde. Momentos después se entabló un combate entre las fuerzas de Beluche y Danells²⁰ por un lado, contra las de Laborde por el otro, siendo derrotadas las primeras por lo que Beluche se dirigió a Los Taques, donde dio parte a Padilla de la presencia de Laborde y de su éxito inicial.

20 El Comodoro Dandis comandaba las fuerzas navales republicanas que bloqueaban a Puerto Cabello.

En la creencia de que Laborde saldría de inmediato para Maracaibo, suposición lógica y natural, pues la escuadra española venía en auxilio de Morales, se reunió una Junta de Guerra ²¹, el 3 de mayo, a bordo de la Corbeta “Constitución” donde se trató la situación imperante con miras a ver la posibilidad de forzar la barra. Discutida la materia el capitán Beluche opinó que a su parecer debía actuarse en tal forma y ocupar la laguna de Maracaibo, lo que fue apoyado por todos los presentes.

Se decidió, pues, forzar La Barra y penetrar en el lago para impedir que el capitán Laborde (que comandaba fuerzas superiores, las que por su calado no podían intentar esa acción) pudiera, rendir a las republicanas, se uniese con Morales y obstruyera la maniobra planeada. Esta decisión fue muy cuerda y acertada.



GENERAL MANUEL MANRIQUE

Comandante General e Intendente del Zulia.

Comandó el Ejército que cerraba el paso de los realistas en la costa oriental del lago.
Cortesía del Centro Audio-Visual del Ministerio de Educación.

De modo, pues, que el 7 de mayo Padilla dio aquella atrevida orden que lo acreditaba como un Jefe valiente y audaz, de gran iniciativa y de resoluciones extremas y arriesgadas que en ciertos

21 Véase el Acta de esta Junta, al final (apéndice II).

momentos son cruciales en la vida de los hombres dedicados a la carrera de las armas.

En obediencia a sus órdenes las naves de la escuadra republicana, compuesta por cinco bergantines, siete goletas de guerra y una respetable división sutil²² plegaron las gavias a las 14:30 horas del 8 de mayo, se precipitaron como un torrente dentro del canal, y se abrieron paso por entre las baterías de los castillos y fortines; y ¡pasaron!; se perdió solamente el casco y la arboladura de la nave “Gran Bolívar”, que encalló en los bajos de Zapara; durante varios días los marinos pasaron a bordo de otros barcos colombianos, la artillería, las vituallas y los aparejos.

En el capítulo Vil explicaremos con más detalles esta difícil acción.

Durante el 8 al 14 de mayo, las naves de la escuadra republicana penetraron en el Lago sin ser atacadas por las españolas que Morales y Echevarría tenían en la bahía, en los castillos y en las ensenadas que se extienden entre San Carlos y las bocas del Socuy.

Posteriormente, el 16 de junio de 1823, se ratificó la organización del mando para la operación conjunta contra Maracaibo. El General Mariano Montilla sería el Comandante en Jefe de todas las fuerzas terrestres y navales que operarían contra Maracaibo, bajo cuyas órdenes actuarían el General Manuel Manrique y el Contralmirante José P. Padilla, quienes podían proceder en sus respectivos mandos en forma independiente pero prestándose mutua colaboración para garantizar y facilitar el éxito de la operación, hasta que entraran en contacto con Montilla. Se fijó como el objetivo más importante de la campaña la conquista del dominio del mar en el lago, para lo cual se determinó como objetivo estratégico el ataque y destrucción de la escuadra que el enemigo mantuviera dentro del mismo.

Los objetivos estuvieron acertadamente seleccionados, puesto que la destrucción de la escuadra enemiga privaría a los realistas

22 División sutil: equivalente a lo que en nuestros tiempos se llama fuerzas ligeras.

de la movilidad y de los elementos logísticos requeridos para su sostenimiento, a la vez que proporcionaría a los republicanos estos mismos medios con los cuales podían actuar con más facilidad y eficacia en la consecución del éxito de la operación. Privados los realistas del dominio del mar sobrevendría su debilitamiento físico y moral con lo cual se conseguiría su segura y pronta rendición.



GENERAL MARIANO MONTILLA

Comandante General del Departamento del Magdalena y Comandante en Jefe del Ejército de Operaciones contra el Zulia.

Comandó con éxito las operaciones del Ejército y la Marina, que culminaron con el inmortal triunfo de Maracaibo.

Cortesía del Centro Audio-Visual del Ministerio de Educación.

Esta organización del mando fue la más adecuada para evitar las numerosas fricciones entre Padilla y Manrique, ambos jefes de grandes méritos y capacidades pero que no se entendían muy bien.

Aunque embotellados, los buques de Padilla incursionaron en el lago e interrumpieron la navegación de las piraguas que conducían provisiones al mercado de Maracaibo.

Puede decirse que entonces empezó a agonizar el gobierno realista presidido por Morales en la Provincia de Maracaibo, pues quedaban cortadas todas las vías usuales por donde podía recibir abastecimiento. Estaba bloqueado por una escuadra que tenía embotellada.

El General Gómez, con la división a su mando, al saber lo ocurrido, se dirigió a la Guajira y avanzó hasta el río Socuy. Al tener Morales noticias de este movimiento, organizó tropas suficientes y se encaminó hacia dicho río, dejando la plaza al cuidado del Coronel Jaime Moreno con una guarnición que por su calidad más que por su número podía defenderla en caso de que fuera atacada por Padilla. La maniobra de distraer la atención de Morales hacia el Norte mientras Padilla maniobraba dentro del Lago, les resultó bien, pues la debilidad de la defensa de la plaza, dio ocasión a que el Coronel Manuel Manrique, al frente de dos compañías cayese sobre Maracaibo por dicho lado, mientras un destacamento la atacaba por el lado Sur (lado de La Arriaga), se apoderara de dicha plaza, capturara, cuanto había de valor y utilidad para los realistas: armas, municiones, víveres, dinero, vestuario, etc., y dismantelara las baterías de la muralla que defendían el lado ribereño llamado El Milagro.

Cuando regresó Morales de su excursión, supo que Laborde se había movido de Puerto Cabello hacia el Golfo con intenciones de penetrar en el lago para venir en su ayuda. Luego le llegó la noticia de su arribada forzosa a Los Taques y su solicitud de prácticos para entrar a La Barra. Como Laborde lo citó en el Castillo para conferenciar, aleccionado por la sorpresa de los republicanos, no atendió a esta llamada, y envió en su lugar al Coronel Narciso López.

Los sucesos que acaecieron en la región desde ese día se explicarán en el capítulo siguiente.

SINTESIS DE LAS BATALLAS, SITIOS, Y COMBATES DE MAR Y TIERRA, LIBRADOS EN TERRITORIO DE VENEZUELA
DESDE LA BATALLA DE CARABOBO HASTA EL SITIO DE PUERTO CABELLO (24 JUN. 1821 AL 8 NOV. 1823),
RELACIONADOS CON LA REACCION REALISTA JEFATURADA POR EL GENERAL FRANCISCO TOMAS MORALES

Fechas	Clases de Acción	Lugar	Jefe Republicano	Resultado	Jefe Realista
1 8 2 1					
24 Jun	Co	Sabaneta	Cap Manuel Bonalde	P	Cnel Pedro Luis Inchauspe
3 Jul	Co	San Luis	Capitán José María Villavicencio	P	Cnel Pedro Luis Inchauspe
11 Jul	Co	Cumarebo	Cnel Juan Escalona	G	Cnel Juan Tello
8 Ago	Co	Cumarebo	Cnel Juan Escalona	G	Cnel Juan Tello
20 Ago	Co	Puerto Cabello	Cnel Judas Tadeo Piñango	G	Gral Miguel de La Torre
27 Ago	Co	Calabozo		G	Cnel José Alejo Mirabal
28 Ago	Co	Guardatinajas		G	Cnel José Alejo Mirabal
18 Set	Co	Coro	Cnel León Pérez	G	Cnel M. de Carrera y Colina
23 Set	Co	Santa Ana	Cmdte Francisco José Gil	P	Cnel M. de Carrera y Colina
26 Set	Co	San Francisco		P	Cnel M. de Carrera y Colina
1 Oct	Co	Baragua	Cnel Reyes Vargas	G	Cnel Lorenzo Morillo
6 Oct	Co	Coro	Cnel Justo Briceño	G	Cnel M. de Carrera y Colina
6 Oct	Co	San Juan	Cnel Justo Briceño	G	Cnel M. de Carrera y Colina
4-14 Oct	Si	Cumaná	Gral José Francisco Bermúdez	G	Cnel José Caturula
6-08 Nov	Si	Coro	Cnel Juan Gómez	P	Cnel M. de Carrera y Colina
10 Nov	Co	Coro	Cnel Juan Gómez	G	Cnel M. de Carrera y Colina
19 Nov	Co	El Trapiche	Cnel Juan Gómez	G	Cnel M. de Carrera y Colina
29 Dic	Co	La Vela	Cnel Juan Gómez	G	Cnel M. de Carrera y Colina

<i>Fechas</i>	<i>Clases de Acción</i>	<i>Lugar</i>	<i>Jefe Republicano</i>	<i>Resultado</i>	<i>Jefe Realista</i>
<i>1 8 2 2</i>					
9 Ene	Co	La Vela	Cnel Juan Gómez	G	Cnel M. de Carrera y Colina
16 Ene	Co	Baragua	Cnel Reyes Vargas	P	Cnel Lorenzo Morillo
14 Abr	Co	La Vigía	Gral José Antonio Páez	G	Gral Miguel de La Torre
* 14 Abr	Co Nv	Borburata		I	
17 Abr	Co	Chipare	Cnel Carlos Núñez	G	Cnel Juan Tello
24 Abr	Co	Juana de Avila	Cnel José Rafael de las Heras	G	Cap Juan Ballesteros
24 Abr	Co	Perijá	Gral Lino de Clemente	G	Cnel Lorenzo Morillo
23 May	Co	El Pedregal	Gral Carlos Soubllette	G	Cnel Simón Sicilia
* 1 Jun	Co Nv	Puerto Cabello	Cap Nav Renato Beluche	I	Cap Nav Angel Laborde
7 Jun	Co	Dabajuro	Gral Carlos Soubllette	G	Gral Francisco T. Morales
10 Ago	Co	Agua Caliente	Gral José Antonio Páez	G	Cnel Simón Sicilia
11 Ago	Co	Sabana de la Guardia	Gral José Antonio Páez	G	Gral Francisco T. Morales
12 Ago	Co	Naguanagua	Gral José Antonio Páez	G	Gral Francisco T. Morales
17 Ago	Co	Mirador de Solano	Gral José Antonio Páez	G	Cnel Tomás García
2 Set	Co	Sinamaica	Cnel Francisco Ma. Fariás	P	Gral Francisco T. Morales
4 Set	Co	Zuleta	Cnel Carlos L. Castelli	P	Gral Francisco T. Morales (a)
6 Set	Co	Salina Rica	Cnel Carlos L. Castelli	P	Gral Francisco T. Morales (b)
9 Set	Co	Castillo de Sn. Carlos	Cnel Natividad Villasmil	P	Gral Francisco T. Morales
4 Oct	Co	Bobare	Cnel Carlos Núñez	G	Cnel Manuel León
13 Nov	Co	Garabuya	Cnel José Sardá	P	Gral Francisco T. Morales

<i>Fechas</i>	<i>Clases de Acción</i>	<i>Lugar</i>	<i>Jefe Republicano</i>	<i>Resultado</i>	<i>Jefe Realista</i>
1 8 2 3					
9 Ene	Co	Bailladores	Gral Juan Antonio Paredes	G	Tropas de Morales
* 23 Ene	Co	Cerro Mariño	Gral Juan Antonio Paredes	G	Tropas de Morales
* 3 Feb	Co	La Ceiba	Cnel Cruz Carrillo		Gral Francisco T. Morales
* 15 Feb	Co	Vegas del Caus	Cnel Manuel Manrique		Fuerzas de Morales
* 1 Mar	Co	El Valle	Cnel Juan Carmona	G	Cnel Eugenio Mendoza
24 Mar	Co	Voladorcito	Gral Mariano Montilla (g)	G	Cnel Narciso López
17 Abr	Co	Gibraltar	Gral Manuel Manrique	G	Gral Francisco T. Morales
24 Abr	Co	Mirador de Solano	Gral José Antonio Páez	G	
1 May	Co	Coro	Cnel Reyes González	G	Cnel Antonio Gómez
1 May	Co	El Palito	Gral José Antonio Páez	G	
1 May	Co	El Tanque	Cnel Reyes González	G	Cnel Antonio Gómez
1 May	Co	Borburata	CF Juan D. Danells	P	CN Angel Laborde
8 May	Co Nv	Barra de Maracaibo	Gral José Padilla	G	Cnel José A. Arizábalo
20 May	Co Nv	Punta de Palmas	Gral José Padilla (h)	G	†TF Francisco Sales de Echevarría
25 May	Co Nv	Lago de Maracaibo	Gral José Padilla	G	Cap Tomás Lisardo (i)
6 Jun	Co	Cumarebo	Cnel Reyes González	G	Cnel Manuel Lorenzo
16 Jun	Co	Maracaibo	Gral Manuel Manrique	G	Cnel Jaime Moreno
* 23 Jul	Co Nv	Punta de Palmas	Gral José P. Padilla	I	CN Angel Laborde
24 Jul	Ba Nv	Lago de Maracaibo	Gral José P. Padilla	G	CN Angel Laborde
8 Nov	Si	Puerto Cabello	Gral José Antonio Páez	G	Gral Sebastián de la Calzada

OBSERVACIONES:

- (1) Los presentes cuadros son parte del Cuadro de batallas, sitios y combates, librados en territorio de Venezuela durante la Guerra de Independencia, laborioso trabajo hecho por el General Manuel Landaeta Lósaes, y fue tomado del libro “Bolívar, Conductor de Tropas”, por el General de Brigada Eleazar López Contreras²³, quien, a su vez, lo tomó del álbum que el Ejército de Venezuela ofrendo al Ejército del Perú en el Centenario de la batalla de Ayacucho. Se han hecho algunas modificaciones.
- (2) Co: significa combate terrestre; Si: significa sitio. Co Nv: significa combate naval. Ba Nv: significa batalla naval.
- (3) G: significa ganado. P: significa perdido. I: significa indeciso. El resultado de la acción está referido a los independientes.
- (4) La cruz indica la muerte del jefe combatiente.
 - (a) Algunos señalan que el jefe realista en esta acción fue el Coronel Tomás García.
 - (b) Algunos señalan que el jefe republicano en este combate fue el General Lino de Clemente.
 - (c) Algunos señalan que el jefe republicano en este combate fue el Coronel Cruz Paredes.
 - (*) Estos combates no aparecen en el cuadro del General Manuel Landaeta Rosales.
- (g) El nombre del jefe republicano no aparece en el cuadro original.
- (h) Según el CN Laborde este combate se efectuó el 19 de mayo de 1823.
- (i) En el cuadro original aparece como jefe realista el TF Francisco Sales de Echevarría, pero de la exposición del CN Laborde se deduce que era el Capitán Tomás Lisardo Echevarría había muerto como consecuencia de la acción del 20 de mayo.

23 Editorial Elite. Lit. y Tip. Vargas, Caracas, 1930.

V. Operaciones de la escuadra española que trajo el capitán de navío Ángel Laborde y Navarro

El Capitán de Navío Ángel Laborde²⁴ ocupaba en el 1823 el elevado cargo de Segundo Jefe de la Escuadra de los mares de la América Septentrional. Era un marino instruido, experto, inteligente y valiente; nativo de Cádiz, descendía de una honorable familia oriunda de Jaca, antigua metrópoli aragonesa, la cual había dado a la Marina, a la Política y al Ejército muchos personajes de valer, que conquistaron distinciones tanto en Francia como en España.

La base de operaciones de esa flota estaba en La Habana; había secciones de ella en Santiago y Aguadilla (esta última en la costa Occidental de la Isla de Puerto Rico). Cuando el almirantazgo destacó una sección de esa flota hacia los mares de Tierra Firme, con el objeto de apoyar al Gobierno a cuyo frente se encontraba Morales, se pusieron a su orden varias unidades, entre las cuales figuraban la fragata “Constitución”, la corbeta “Ceres”, y los bergantines “Esperanza”, “General Riego” y “San Carlos”.

Laborde zarpó de La Habana el 3 de abril de 1823; escoltó un convoy hasta la desembocadura del canal Bahama y al avistar y reconocer una nave, supo por ella que había sido declarada la guerra entre Francia y España. Se dirigió a Aguadilla donde recaló

24 Fue Jefe de Escuadra de la Real Armada Española, Caballero de Carlos III y de San Hermenegildo; Almirante de Mérito, se distinguió siempre en las guerras de independencia de América y en el 1832 nombrado Ministro de Marina. Nacido en el 1772, falleció a los 62 en el 1834.

el 19 del mismo mes; se reforzó con algunas naves y conferenció con de la Torre, quien había prometido auxiliar a Morales con naves, armas, tropas y dinero.

En efecto, tal era la misión de Laborde, quien traía a su cargo 57.849 pesos en monedas de oro, y seis reales, por todo lo cual se comprende que el General de la Torre cumplía su promesa, pues aparte de que era persona de excelentes condiciones, honrado y caballero, ya tenía noticias de los éxitos de Morales en Venezuela y debía corresponder a este esfuerzo con el cumplimiento de su palabra. Este era, pues, el objetivo de la empresa militar del Comandante Laborde.

A la sazón, había en los realistas españoles y cubanos residentes en Cuba y Puerto Rico la esperanza de una reacción en Venezuela, comprobada por el hecho de que el alto comercio de Cuba suscribió y cubrió más del 50% de aquella suma de dinero en efectivo, y suministró gratuitamente gran acopio de abastecimiento y equipo a las naves.

Zarpó Laborde de Aguadilla el 27 de abril y se dirigió al Sur para reconocer a Punta Lacre, la más austral de la isla de Bonaire, porque se le había informado que los republicanos fondeaban frecuentemente en ella, y habiendo resultado infructuosa la búsqueda por esos parajes, enrumbó hacia las costas de Coro, y luego, costearo hacia el Este, se dirigió a Puerto Cabello para destruir cualquier barco colombiano que cruzase en auxilio de las naves que bloqueaban a dicho puerto.

Ya casi a la vista del puerto se encontró con una escuadra grancolombiana que cerraba la entrada a dicha plaza fuerte. Se entabló seguidamente el 1 de mayo el combate de aquellos poderosos barcos contra tres grancolombianos²⁵; de dicho combate resultó que Laborde capturó la corbeta “Carabobo” con su Comandante Capitán Danells y la “María Francisca”, a las cuales condujo a Puerto Cabello, en donde recaló el 4 de mayo de 1823. Para empezar no estaba mal. Había vencido y capturado dos de las mejores naves de la flota grancolombiana del Caribe.

De Puerto Cabello destacó el 5 de mayo hacia Maracaibo a la goleta “Especuladora”, en la que dirigió a Morales una larga y minuciosa información acerca de su crucero y el triunfo con el que acababa de iniciar sus operaciones en estos mares; dispuso lo conducente para armar y reparar las naves apresadas y las suyas, que habían quedado averiadas por causa del combate y prestó auxilio económico y logístico a la plaza, casi exhausta, motivado por el bloqueo.

La carta informativa para Morales fue confiada al Teniente Coronel Mata, quien se embarcó en la ya citada goleta, la cual debía tocar en Curazao, recoger la correspondencia oficial y particular de los comerciantes de Maracaibo, y la carga de víveres y vituallas para proveer las naves que Morales tenía en el Lago.

Esta nave vio obstruido su viaje, pues al zarpar del puerto el día 5 de mayo en la tarde fue perseguida por un bergantín y una goleta grancolombianos; pero la “Especuladora” era muy velera, tenía buen viento y un experto navegante como capitán, quien al cerrar la noche pudo zafarse de sus perseguidores y costearo entró al Golfo de Venezuela, burlando así la persecución que le hicieron sus enemigos en la creencia de que se dirigía a Curazao, su escala fija.

25 Ver la llamada No. 4.



CAPITÁN DE NAVÍO ÁNGEL LABORDE NAVARRO

Segundo Jefe de las Fuerzas Navales españolas de la América Septentrional
Quien como Comandante de la escuadra realista defendió pundonorosamente
el prestigio y orgullo de la España monárquica en la memorable
Batalla Naval del Lago de Maracaibo.

Fotografía del Archivo-Museo don Álvaro de Bazán, El Viso del Marqués
(Ciudad Real), obtenida por gentileza del Contralmirante Manuel A. Vega,
agregado Naval de Venezuela en España, a través del Excmo. Sr. Almirante
don Julio Guillén, Director del Museo Naval de Madrid.

Se metió, pues, en el Golfo de Venezuela y navegó hacia la boca de la Barra, con la esperanza de refugiarse bajo la protección de los cañones de la fortaleza; pero al acercarse al sitio donde se toma el práctico, divisó en ese lugar a nueve buques grancolombianos, uno de los cuales desplegó sus velas para darle caza. La “Especuladora” era sagaz como una zorra, veloz como un ciervo y astuta como una serpiente, y ante estas circunstancias huyó hacia Los Taques, pero una fuerte corriente la arrastró y la hizo recalar en la isla de Aruba.

La nave grancolombiana abandonó la caza y regresó a su base. De Aruba se dirigió “La Especuladora” a Curazao en donde recaló el día 15 de mayo. Había demorado diez días en esta aventura de la cual pudo salir ilesa, debido a la pericia de su capitán y a las buenas condiciones veleras de su arboladura.

Fueron estas las razones por las cuales el General Morales no tuvo noticias oficiales de la llegada de Laborde, sino hasta el

día 12; ello le causó extremo disgusto; se creyó burlado y ofendido, y dio lugar a que naciera un hondo resentimiento contra el Capitán de Navío Laborde, sentimiento que al correr del tiempo se transformó en enemistad, tan inoportuna y perjudicial para la causa realista, cuanto favorable para la republicana, pues según reza el adagio: “Reino dividido, contra sí es”.

La información de la recalada de Laborde a Puerto Cabello había llegado extraoficialmente (o como decía el mismo Morales “extrajudicialmente”) a conocimiento de Morales, a través de las tripulaciones del pailebote “Rayo” y del bergantín-goleta “Esperanza”, las cuales tuvieron la fortuna de penetrar en la Barra el día 8 de mayo, pocos momentos antes que a dicho sitio llegara la flota grancolombiana.

La información oficial de aquel hecho, le llegó posteriormente por vía terrestre, pues las naves realistas se comunicaban con Maracaibo a través del Puerto de Cojoro, en la costa Oriental de la península de La Guajira. Por esa misma vía recibió Morales los auxilios de víveres y dinero que le envió Laborde (apenas 25.000 pesos), los que llegaron muy oportunamente, pues las naves colombianas ya introducidas en el Lago por la proeza del Contralmirante Padilla y sus aguerridos subalternos (a la cual está dedicado el Capítulo VII), tenían bloqueada la plaza de Maracaibo, y no le llegaban de la costa Sur los recursos diarios que esa rica zona agrícola y ganadera le suministraba al mercado de Maracaibo.

No obstante la descripción que se hace en el capítulo II, es razonable aclarar a quienes no conozcan la geografía de La Barra y los lugares adyacentes y sus castillos defensores, que cuando la flota grancolombiana penetró en el interior del Lago, las fortalezas que defendían la Barra estaban en poder de los realistas, por lo cual se comprende fácilmente que la flota grancolombiana quedó embotellada en el mismo.

Laborde, quien se encontraba fondeado en Puerto Cabello desde el 4 de mayo, solicitó de Morales que le proporcionase los prácticos necesarios para dirigirse a Maracaibo y reunirse con él. Morales le respondió que el señor don Juan Antonio Yarzagaray,

comerciante vecino de Aruba, tenía órdenes e instrucciones suyas para proporcionarle prácticos del Golfo, de la Barra y de El Tablazo.

Como se ve, Morales era irónico y sarcástico, aun en circunstancias apremiantes. Ofrecer a Laborde prácticos de El Tablazo era una fina burla, puesto que ya la escuadra de Padilla lo había ocupado.

Pero la parte trágica fuera de la cómica de esta emergencia, fue que el señor Yarzagaray no le dio práctico alguno. Cuenta el mismo Laborde, al referirse a su campaña marítima sobre Maracaibo, que habiendo zarpado de Puerto Cabello el día 1 de julio con la fragata “Constitución”, corbeta “Ceros” y la goleta “Especuladora”, se dirigió a Aruba para recibir a los prácticos. Se acercó a tierra la goleta y después de haber pernoctado en el puerto la noche del 4, regresó a La Macolla, donde dando bandazos en plena mar, la esperaba Laborde, quien recibió la desalentadora noticia de que el señor Yarzagaray se encontraba en Maracaibo y los comisionados españoles en dicha isla no los proporcionaron.

En la noche del 4 al 5 de julio sopló un fuerte viento, cuya tremenda agresión aguantaron las naves al paio para contrarrestar los efectos de la poderosa corriente y permanecer en el meridiano de Punta Macolla. La fragata “Constitución” perdió el mastelero de velacho y la corbeta “Ceres” perdió la obra exterior de proa y tuvo otras averías de consideración.

El día 5 de julio tuvieron que seguir sin prácticos y buscar refugio en el puerto de Los Taques y desde aquí despachó Laborde la goleta para los castillos de la Barra, con correspondencia para el General Morales, confiada al Teniente Coronel José Garcerán, quien era a la sazón edecán de aquél; en ella le comunicaba la angustiosa condición en que se encontraba motivado por el fuerte viento que había deteriorado las naves, sin poder navegar como estaban, pues necesitaban de reparación; además, le expresaba

sus inquietudes, respecto al peligro de perderlas, ya que tenía noticias de que un escuadrón francés estaba barloventeando desde La Guajira hasta Aruba y Paraguaná, en su busca, y, por último, le solicitaba lo ayudase a solucionar esta peligrosa situación.

“La Especuladora” regresó a Los Taques el 12 de julio y al día siguiente Laborde se dirigió a la Barra con dos goletas mercantes, dejó en Los Taques a las dos unidades averiadas, expuestas al nesgo de ser apresadas por las naves francesas.

Recaló al castillo de San Carlos el 14 de julio en la mañana, y no encontró a Morales, como había sido convenido, sino al Coronel Narciso López, a quien Morales había enviado con una carta explicativa en la cual le daba excusas por su ausencia y le informaba que López tenía instrucciones para tratar con él y resolver lo que conviniera en ese momento²⁶.

La conferencia entre Laborde y López fue larga y acalorada, pues el primero rehusó obedecer las órdenes y disposiciones dictadas por Morales, quien lo conminaba a librar de inmediato una batalla naval, mientras López insistía en que se sometiera, en aras de la causa común.

Al final convinieron en que López regresara a Maracaibo a informar a Morales acerca de la resolución de Laborde, quien estaba decidido a imponer su autoridad en lo referente a asuntos navales y así dejar libertad a Morales para resolver cuanto juzgase conveniente en relación a las operaciones de tierra, y a la vez, solicitarle su colaboración por este lado, para el más rápido y efectivo logro de la empresa en la que estaban empeñadas las armas de España.

López regresó a Maracaibo por la misma vía que lo trajo al Castillo, pero a la inversa; es decir, navegó en canoa hasta El Moján por el canalizo transversal de El Tablazo, que pasa por entre los islotes de Toas y Pescaderos y desemboca en el castillo de San Carlos, y desde El Moján cabalgó por la costa hasta Maracaibo. No había más camino, pues la escuadra de Padilla tenía el canal de El Tablazo bajo el fuego de sus cañones y de los fusiles de su

26 Boletín No. 127 de la Academia Nacional de la Historia. Documento No. 17, pág. 298.

infantería de marina, que dominaban ese paso difícil, desde Punta Palma del Norte.

El Coronel López regresó nuevamente al castillo el 18 de julio con la última y decisiva resolución del General Morales: “Librar una batalla naval en el lago, pues el número y calidad de los barcos que componían la flota española que tenía a su disposición desde los castillos hasta el puerto interior, era superior a la flota colombiana, la cual se hallaba embotellada y no tenía cómo escapar”. El mismo Coronel López transmitió de viva voz y por escrito al Capitán Laborde la frase favorita del General Morales muy en boga en esos días: “El Lago de Maracaibo será el panteón de la flota colombiana”²⁷.

Muy bella, romántica y expresiva esta frase. Ya hemos dicho que Morales, no obstante su irascible despotismo y su índole sanguinaria tenía estro poético y gustaba de las frases pintorescas. Esta era de suyo atinada por lo gráfica, porque ¿cuál podría ser la mejor tumba de una flota sino el fondo de un lago, semejante a un gran cáliz de zafiro, rodeado de una corona de esmeraldas c iluminado con la refulgencia del relámpago del Catatumbo?

Mientras fue y vino López, y mientras fue y regresó el alférez que llevó una proposición hecha por Laborde a Padilla para que se rindiera antes de combatir, el mismo Laborde tuvo cuidado de examinar detalladamente las naves fondeadas en la ensenada de Zapara y en la pequeña bahía del Castillo de San Carlos, las cuales consistían en un bergantín, once goletas y ocho piraguas armadas y equipadas; decidió que con semejantes unidades no era posible aventurarse en una acción contra la flota grancolombiana fondeada en la ensenada de Carrizal, desde Punta Palma al Sur, pues si acaso lograra forzar este último paso, quedarían mal paradas y no podría entrar seguidamente en acción total y decisiva contra Padilla.

27 Una versión parecida de esta frase está escrita por el mismo Morales en la carta que escribió a don Manuel Junguito y Barquerizo. (Boletín No. 127, ya citado. Documento N.º 18, pág. 298).

En cuanto regresó el Coronel López, Laborde le expresó que: “en todo caso antes de aventurar una acción contra la flota colombiana, voy a dar cumplimiento a las instrucciones del almirantazgo y a las órdenes de Su Majestad de probar con los colombianos todos los medios de lenidad y transacción antes de apelar a la fuerza de las armas”.

En cumplimiento de estos deseos envió al Alférez de Fragata Pablo Llénez, en un pailebot, como parlamentario ante el Jefe de la escuadra grancolombiana con una intimación para que se rindiera²⁸.

Al tomar a su mando las naves españolas surtas en San Carlos y Zapara, Laborde izó su insignia en la goleta “Especuladora”, la cual estaba armada con un cañón, 20 infantes de marina y tenía una reducida tripulación. Para el día 20 de julio, esta nave se encontraba fondeada en la bahía del Castillo de San Carlos de la Barra.

El Alférez Pablo Llénez regresó a bordo de la “Especuladora” el día 18 y trajo consigo la contestación de Padilla²⁹. Al consignar el pliego en manos de Laborde le manifestó que había recibido un trato caballeroso por parte de Padilla y los oficiales de la Plana Mayor, que más bien parecía a bordo del bergantín “Independiente”, en cuya mesana flameaba orgullosamente la insignia del jefe republicano, un visitante amigo y camarada que un oficial parlamentario, a quien, por lo general se le venda los ojos y se le recluye en lugares donde no oiga ni se dé cuenta de los detalles, y que él, antes por el contrario, fue conducido por los oficiales a todas las dependencias de la nave, se le mostró la artillería, el equipo y cuantos detalles quiso conocer.

28 Véase la carta que llevaba el emisario, inserta con el N.º 23, pág. 305. Boletín No. 127. Academia Nacional de la Historia.

29 Véase la contestación de Padilla, inserta con el N.º 24, pág. 305. Boletín N.º 127, Academia Nacional de la Historia.

¡Qué contraste tan admirable entre esta conducta de Padilla y la de Morales, acostumbrado siempre a vejar y hasta torturar a los parlamentarios! y aun sucedió el caso de haber fusilado a un oficial republicano que llegó a su cuartel general con la bandera blanca de parlamento.

En la narración cronológica de los sucesos hemos llegado al 20 de julio, para cuya fecha Morales se encontraba en Maracaibo, Laborde en la ensenada de San Carlos y Padilla en los Puertos de Altagracia. La escuadra española estaba dividida en tres grupos: uno en Zapara, uno en El Moján y el otro en Maracaibo. La escuadra grancolombiana estaba fondeada entre Punta Palmas del Norte y los Puertos de Altagracia.

En el capítulo siguiente se estudiará la composición de las fuerzas navales que actuaron en la batalla.

VI. Fuerzas navales en presencia

LA ESCUADRA REPUBLICANA

A continuación haremos un estudio sucinto acerca de la composición de la escuadra republicana que se había embotellado, y cuyas unidades reforzadas por otras naves sutiles, libraron la épica batalla del 24 de julio de 1823.

Los datos recogidos de distintas fuentes de información no revelan criterio uniforme respecto a su composición, por lo cual existen varias versiones que difieren entre sí.

La primera versión, sostenida por algunos historiadores, asegura que la escuadra republicana se componía de 10 bergantines y corbetas, 12 goletas y 10 esquifes menores, a los cuales se sumaron a última hora 10 piraguas de las del tráfico lacustre y algunos botes. Las naves de guerra tendrían 85 cañones y 1.300 infantes de marina y 300 hombres de tripulación, a los cuales se agregaron a última hora cierta cantidad de milicianos y navegantes, entusiasmados por el espíritu bélico que reinaba entre ellos y por el espectáculo que en esos días ofrecían las unidades, a bordo de las cuales los militares, los marinos y los tripulantes se pavoneaban con sus vistosos uniformes y alegraban la escuadra con dianas, tocatas, cantos patrióticos, clarinadas y otras demostraciones de encontrarse todos animados de gran fe en el triunfo, tan viva que contagió a los pobladores de las vecindades.

La segunda versión sostiene que se componía de 3 bergantines, 2 corbetas, 12 goletas y 3 faluchos, a los cuales se agregaron 10 piraguas y muchos botes del tráfico ribereño entre los hatos y el puerto; las naves de guerra tendrían 80 cañones, 1.500 infantes de marina, más 300 milicianos que se agregaron posteriormente.

La tercera versión asegura que dicha escuadra la integraban 4 naves grandes, 12 goletas y muchos esquifes agregados espontáneamente poco antes de la batalla, y que estaba armada con 90 cañones.

El historiador Baralt sostiene que: “La escuadra colombiana con 83 piezas, casi todas de a 18, tenía 872 hombres de dotación en 3 bergantines, 7 goletas y una fuerza sutil respetable; esta con 13 piezas de diferentes calibres y 327 hombres de dotación”³⁰.

El Capitán de Navío Laborde en su exposición publicada en La Habana en el mes de octubre de 1823, informa oficialmente que la escuadra republicana estaba integrada por 3 bergantines, 7 goletas, 3 flecheras, 3 lanchas, 3 bongos grandes, varios botes, y faluchos del tráfico costero del Lago que se agregaron espontáneamente y que fueron equipados y armados con rifles y municiones de la escuadra. Dice que estaban armados con 26 cañones y 70 carricañones, o sea 96 bocas de fuego; 1.073 infantes de marina, y 624 hombres de tripulación³¹. Estimaba en 200 el número de milicianos y campesinos agregados a última hora, más los tripulantes de los esquifes.

En el citado informe sostenía que los buques republicanos estaban “bien dotados de gente”, aseveración que hace honor al enemigo, y que no dice para dar excusas o mitigar la derrota, al elogiar la calidad de los republicanos, sino porque es justo

30 *Obras completas*, de Rafael María Baralt, Historia, tomo II. Ediciones de la Universidad del Zulia, pág. 342. Imprenta Clarasó de Barcelona, España, 1960.

31 El número de hombres de tripulación lo estimó suponiendo que las naves estuviesen dotadas del personal que requerían, de acuerdo con las ordenanzas realistas de la época.

reconocerlo. Buena gente de mar y tierra tenía también la escuadra realista, porque durante 14 años de batallar en estos climas tórridos, tierras ásperas y una naturaleza hostil, los tercios peninsulares demostraron ante el mundo, que eran los mismos de Covadonga, Las Navas y Lepanto.

Laborde, al reconocer el alto valor de la gente de la escuadra republicana, no hace otra cosa que autoelogiar la suya, puesto que toda ella descendía de los soldados y marineros peninsulares que conquistaron el nuevo continente y agrandaron el imperio español, hasta el extremo de que sobre sus posesiones no se ponía el sol.

Formaban parte de la dotación de las naves embotelladas las tripulaciones y la artillería de la corbeta “Constitución” y el bergantín “Gran Bolívar”, la primera de las cuales fue enviada con solo 50 hombres a Cartagena, pues su calado no le permitía entrar en la Barra ni menos aún en El Tablazo, y el segundo fue varado, desmantelado e incendiado en Zapara.

Laborde exagera al sostener que Padilla incorporó a su escuadra algo más de un millar de tropas de transporte³². Si bien es cierto que el General Manrique embarcó algunas tropas, su número fue de 703 y no 1.000, con lo cual el número de 2.200 hombres con el que Laborde estimó los efectivos republicanos combatientes en la acción, queda reducido a 1.902; este dato lo creemos suficiente para que el lector se dé cuenta de lo que era la escuadra comandada por el Almirante José Padilla, el glorioso 24 de julio de 1823.

Finalizamos colocando un cuadro sinóptico de la composición y efectivos de esta escuadra, extractado de la obra editada en La Habana a fines del año mencionado, formado según datos oficiales del diario de a bordo del Capitán de Navío Laborde, y el cual está sujeto a correcciones, pues aunque la fuente de información es

32 El Almirante Padilla, en carta al General Manuel Manrique, de fecha 28 de agosto del 1823, sostiene que no hay duda de que Manrique embarcó algunas tropas en los buques para las acciones del 23 y 24, pero el número de estas ascendió a 703 hombres y no a 1.000”. *Nuestros próceres navales*, por Francisco Alejandro Vargas, Imprenta Nacional, Caracas, 1964, pág. 79.

profesional y honorable y muy digna de crédito, hay historiadores que posiblemente la encuentren deficiente.

ESTADO QUE MANIFIESTA LA ESCUADRILLA PRINCIPAL Y FUERZA SUTIL REPUBLICANA EN EL LAGO DE MARACAIBO, EN LOS DIAS 22, 23 Y 24 DE JULIO DE 1823

Clase y Nombres de los Buques	(**) Carri- cañones	(*) Calibre	Cañones	(*) Calibre	Dotación
ESCUADRILLA PRINCIPAL					
Bergantín Independiente	18	18	1	18	136
Bergantín Marte	18	18	1	18	136
Bergantín Confianza	6	18	1	18	100
Goleta Leona	6	18	1	18	90
Goleta Espartana	8	18	1	24	90
Goleta Independencia	6	18	1	18	90
Goleta Emprendedora	6	18	1	18	80
Goleta Antonia Manuela	2	9	1	12	60
Goleta Manuela Chitty			1	8	50
Goleta Peacock			1	8	40
FUERZA SUTIL					
Flechera Barinesa			2	16	60
Flechera Guieres			1	12	
Flechera Cariaqueña			2	12	36
Lancha Tormenosa			2	12	36
Lancha Voladora			1	8	25
Lancha Emprendedora			1	8	25
Tres bongos armados			1	8	25
Varios botes armados y equipados			3	4	60
TOTAL	70		26		1.199

(*) CALIBRE. En esta época el calibre estaba representado por el peso de la bala. Modernamente se denomina calibre, al diámetro interno del cañón medido de lleno a lleno. Se expresa en pulgadas o milímetros.

(**) Es lo mismo que carronada: cañón naval antiguo, corto y montado sobre corredera, de alcance más pequeño que los cañones, pero de efecto más destructivo.

RESUMEN DEL PODER DEL FUEGO

<i>Nº y clase de piezas</i>	<i>Discriminación</i>	<i>Peso de una andanada en libras</i>
26 cañones	1 de 24 libras	24
	6 de 18 libras	108
	2 de 16 libras	32
	6 de 12 libras	72
	3 de 9 libras	27
	5 de 8 libras	40
	3 de 4 libras	12
70 carricañones	68 de 18 libras	1.224
	2 de 9 libras	18
96 piezas		_____ 1.557 _____

Había un total de 10 buques en la escuadrilla principal republicana y una escuadrilla sutil de 12 naves entre flecheras, lanchas, bongos y botes.

El Comandante de la escuadrilla sutil el día de la batalla era el Capitán de Fragata Walter Chitty, marino muy práctico de la meteorología y navegación del Lago, a quien se debe magnífica intervención en las maniobras de los días 20 al 24 de julio de 1823.

MARACAIBO

Tropa	Marinería
78	36
79	41
61	46
76	58
45	49
47	40
44	32
49	24
66	25
48	25
10	46
54	25
54	15
28	20
20	5
52	48
48	27
12	8
12	7
10	6
12	7
12	8
12	7
12	7
12	9
14	9
11	5
12	8
14	4
15	6
11	7
975	670

LA ESCUADRA REALISTA

Es creencia muy generalizada entre algunos escritores nacionales, y así aparece en ciertos textos, que el Capitán de Navío Laborde trajo al Lago la escuadra, que se batió contra la que comandaba el Contralmirante Padilla, en la operación que culminó con la batalla naval del 24 de julio cuando esta última destruyó a la primera.

Esta creencia no es del todo veraz, y merece rectificación con el fin de aclarar los conceptos y hacemos esto en beneficio de la verdad, y para que se dé a cada bando y sus jefes, la parte que en justicia les corresponde.

Ya hemos dicho que según los documentos publicados por Laborde, este jefe trajo a las aguas venezolanas 5 naves desde los apostaderos de Cuba y Puerto Rico, las cuales fueron la fragata “Constitución”, corbeta “Ceres”, goleta “Especuladora”, bergantines “General Riego”, y “San Carlos”, de las cuales dos: la “Constitución” y “Ceres”, quedaron en Los Taques porque su calado (más de 4,5 mts.) no les permitía el paso por el canal de la Barra, cuya profundidad máxima en la hora de la pleamar era de 4,2 mts., y, además, las averías sufridas por ambas naves en aguas de la isla de Aruba la noche del 4 al 5 de julio, no lo habría permitido tampoco.

Haremos notar, además, que si en la escuadra republicana había unidad de mando —condición que fortalece la moral—, en la española no. Parte de la escuadra era de Morales y parte de Laborde, y el comandante era Laborde: hasta pocos momentos antes de romperse los fuegos de esta última sobre la nuestra, ambos jefes discutían acerca del partido que debían tomar, asemejando la fábula de los conejos que en el momento de verse perseguidos por una jauría, discutían acerca de si los perros eran podencos, lebreles, sabuesos o perdigueros.

Ya se ha dicho que Morales prometió a Laborde suministrarle prácticos para la navegación del golfo y entrada a la barra y que con el fin de recogerlos, permaneció en la mar expuesto a graves contingencias y que Morales no cumplió con Laborde, pues ni

siquiera el ciudadano español que según se le prometió le daría los prácticos, se encontraba en Aruba (Arua la denominaba Laborde en sus escritos).

Dos de aquellas naves, el “Riego” y el “San Carlos”, ya habían sido enviadas a Maracaibo, y en la tercera, la “Especuladora”, navegó Laborde desde Los Taques hasta el Castillo de San Carlos. De modo, pues, que Laborde solamente tenía 3 de las 5 naves. Las demás eran de la escuadrilla formada por Morales, y cuyos comandantes, pilotos y tripulantes obedecían sus órdenes solamente, de tal manera que si Morales hubiese tenido la osadía de negar a Laborde el uso de los barcos de su mando, no se hubiera librado en ese día la heroica jornada.

Por la narración de los sucesos, sabemos que las naves de Morales estaban divididas en tres grupos, fondeados en Zapara, El Moján y Maracaibo. Laborde inspeccionó las unidades de los dos primeros grupos y las encontró en buenas condiciones de navegación, ataque y defensa, e hizo cargos a Morales por su inactividad, pues no había intentado destruir la escuadra intrusa.

Estas acusaciones produjeron los efectos que ellos mismos lamentaron después y contribuyeron a favorecer el éxito de nuestra escuadra. Morales tenía realmente razones para sentirse agraviado y andar a regañadientes con Laborde; pero este también sentíase desautorizado por las ínfulas de Morales, cuya autoridad en la Capitanía era superior a la de Laborde quien tenía autorización para obrar discrecionalmente en los asuntos navales.

Hubo, pues malentendidos, celos, resentimientos y disputas inapropiadas e inoportunas que originaron serias fricciones entre ambos jefes, y por ello se libró la batalla en el Lago de Maracaibo ese día, con las desastrosas consecuencias que todos conocemos.

Esto no menoscaba los grandes méritos de nuestras fuerzas navales, cuyo aguerrido valor y heroicas actitudes nadie ha osado negar y cuya actuación fue elogiada por el mismo Laborde. Seguiremos adelante en la narración de los sucesos y en la descripción de la escuadra española surta aquel día en las aguas del lago.

El Capitán de Navío Laborde, en su exposición dirigida al Capitán General de la Isla de Cuba, publicada en Nueva York en el 1823, da la composición de las fuerzas a su mando³³ según el cuadro que se muestra.

En los totales de tropa y marinería están comprendidos los jefes, oficiales, comandantes de buques, pilotos y prácticos, y ascienden ambos totales a 1.645 hombres.

Había un total de 15 buques en la escuadrilla principal realista y una escuadrilla sutil compuesta de 17 naves, entre flecheras, faluchos, guairos y piraguas.

El Almirante Padilla en carta al General Manuel Manrique, Comandante General e Intendente del Zulia, dice: “convenga en que la tropa de infantería del Ejército es poco útil a bordo. El general Morales tenía en sus buques cuando el combate del 24, 1.200 a 1.300 hombres de los cuerpos más valientes y de toda su confianza, incluso sobre 200 oficiales, muchos de ellos comprometidos, con el objeto, sin duda, de que fuesen más obstinados en la defensa³⁴. De acuerdo con este dato, la tropa de infantería embarcada por Morales a bordo de la escuadra que comandaba Laborde, ascendía a 1.200 o 1.300 hombres y no a 975, con lo cual el número de efectivos humanos de Laborde sería de 1.970 hombres y no de 1.645, como él sostuvo.

33 Contestación del Capitán de Navío don Ángel Laborde Segundo Jefe de las Fuerzas Navales de la América Septentrional, a las inculpaciones que indirectamente le hace el Mariscal de Campo don Francisco Tomás Morales, excapitán General de las Provincias de Venezuela, en su Parte del 31 de agosto del presente año, dirigido por el Excelentísimo Señor Capitán General de la Isla de Cuba. New York, George Long, impresor 1823. Reproducido en el Boletín de la Academia Nacional de Historia, Tomo XXXII, julio-septiembre del 1949. N.º 127, Caracas, Venezuela, págs. 296 y 297.

34 Carta fechada en Maracaibo el 28 de agosto del 1823-13o. *Nuestros próceres navales*, por Francisco Alejandro Vargas. Imprenta Nacional. Caracas. 1964, pág. 78.

RESUMEN DEL PODER DE FUEGO

<i>NP y clase de piezas</i>	<i>Discriminación</i>	<i>Peso de una andanada en libras</i>
(*) 49 cañones	6 de 16 libras	96
	2 de 12 libras	24
	1 de 10 libras	10
	11 de 8 libras	88
	2 de 6 libras	12
	27 de 4 libras	108
(**) 14 carroñadas	4 de 24 libras	96
	2 de 16 libras	32
	4 de 8 libras	32
	4 de 6 libras	24
4 obuses	4 de 18 libras	72
67 piezas		594

* Cañón: Arma de fuego que dispara a mayor alcance que la carroñada y con gran poder relativo de penetración.

* Carroñada: Cañón de corto alcance pero de gran efecto destructor.

Del análisis del cuadro siguiente se desprende que la escuadra y fuerza sutil republicana superaba a la realista en número de bocas de fuego (Vs más, aproximadamente) y en peso por andanada (un poco menos de 2/z más, aproximadamente); la escuadra y fuerza sutil realista superaba a la republicana en número de buques (10 naves más) y en efectivos humanos.

El Capitán de Navío Laborde, con el objeto de justificarse, en la Nota N°. 2 de la exposición ya citada³⁵ expresa que: “El número de buques no puede ser un dato seguro de comparación, si esta no se establece entre embarcaciones de la misma especie y porte. Repetidos lances de mar bien notorios tienen

35 Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Tomo XXXII, julio-septiembre 1949. No. 127, pág. 302.

demostrada la ventaja de un solo Navío de 74 cañones combatiendo contra cuatro fragatas de 42 cañones, a pesar de tripular el primero con solo 635 hombres, desde el comandante hasta el último marinero, y que las segundas reúnen 168 cañones y que sus dotaciones ascienden a 1.364 combatientes. Este caso aparece como una paradoja a primera vista: pasa a evidencia si se reflexiona las ventajas de altura de borda o dominación de baterías, la reunión de fuegos y su efecto exterminador, obrando en un solo punto con toda precisión, uniformidad y eficacia”.

CUADRO COMPARATIVO FINAL				
Fuerzas	N.º de buques	N.º de bocas de fuego	Efectivos humanos	Peso de una andanada en libras
Republicanas	22	96	1.902	1.557
Realistas	32	67	1.970	594

Creemos que este no fue el caso de los tres bergantines republicanos que tuvieron superioridad y triunfaron sobre sus similares realistas, no solo por su poder de fuego, sino también por el esfuerzo, el valor, la pericia y la mejor explotación de los factores tácticos durante la batalla.

El comandante de la escuadra realista, aunque por razones muy diferentes a como lo hizo Brueys con la escuadra francesa a su mando en la célebre batalla de Aboukir, esperó a la republicana con sus buques fondeados y arrejerados, sacrificando así el principio de la movilidad y dejando por completo la iniciativa en manos de los republicanos. Hecha abstracción de las causas por las cuales los españoles combatieron en tan pésima posición, y de la rivalidad de los jefes, es necesario convenir en que el triunfo de la flota republicana en esa acción naval se debió tanto a su superioridad combativa como a la unidad de mando, al ardoroso espíritu de lucha, a la voluntad de triunfar, a que la causa que

defendían Laborde y Morales estaba desprestigiada y agonizante en estas regiones del continente americano.

Es evidente también que la buena explotación de los factores tácticos favoreció el éxito de los republicanos, quienes atacaron desde la posición de barlovento, por lo que el viento arrojaba sobre los realistas las bocanadas de humo y el agua proveniente de los piques cortos de sus buques, permitiendo, además, a éstos desarrollar una buena velocidad táctica.

La acción fue reñida y obstinada y los combatientes valerosos y esforzados. El triunfo fue de nuestras fuerzas que desplegaron un gran entusiasmo bélico y defendían una causa justa. Los combatientes de ambos bandos fueron igualmente peritos y valerosos. Factor táctico favorable a los republicanos fue el viento reinante en ese momento, que les permitió desarrollar la iniciativa táctica y aprovechar las ventajas ya citadas de esta posición; el humo de los cañones envolvió completamente a las naves españolas fondeadas y acoderadas en la orilla Occidental del lago. El Almirante Padilla aprovechó esta ventaja.

Padilla, Beluche, Joly, Chitty y demás oficiales se mostraron tan valientes, activos y esforzados como los realistas. Padilla en el ataque y Laborde en la defensa se mostraron a la altura de sus deberes de jefes responsables. ¿Por qué combatieron tan desventajosamente Laborde y Morales en esa zona? La posición entre el islote de Capitán Chico, bordeado de bancos de arena peligrosos, y El Milagro de poco fondo, era muy comprometida y riesgosa. Han podido evadir la batalla y dirigirse al Sur, manteniéndose a la defensiva estratégica, en espera de condiciones más favorables; con razón Laborde dijo posteriormente que esa posición era un suicidio.

Los republicanos ganaron la batalla. Posiblemente los realistas estaban hastidados y cansados de luchar por una causa política agonizante, y el general realista que asistió y presidió sus funerales carecía de fuerzas para gritar, como aquel célebre oficial, que viéndose solo en un campo de batalla rodeado de cadáveres, exclamó: “¡Arriba los muertos!”.

“El Lago de Maracaibo será el panteón de las naves colombianas”, le había dicho el General Morales a su amigo y ayudante de Estado Mayor, Coronel Narciso López, para que se lo transmitiera a Laborde, pero este lago se convirtió en sepultura, no de las naves republicanas, sino de la escuadra realista el día 24 de julio de 1823, y aquí en este anchuroso y azulado lago, descubierto en el año 1499 por los españoles al mando del explorador Alonso de Ojeda, fue sepultado el glorioso cadáver de una escuadra española, muerta en lid gallarda y épica como finalizan los caballeros hidalgos del mar: ¡a cañonazos!

VII. Incursiones piratas en el lago. Forzamiento de la barra por la escuadra republicana

El Capitán de Navío Laborde, en su exposición ya citada³⁶, dice lo siguiente: “Han transcurrido doscientos cincuenta años desde el establecimiento formal de los españoles en Maracaibo; han tenido lugar guerras con potencias marítimas, con filibusteros y ha habido conmociones de colonias inmediatas sin que nadie haya intentado forzar la barra de Maracaibo”.

A fines del siglo pasado y principios del presente la importancia comercial de aquel punto no podía ocultarse a una nación poderosa y señora de estos mares y muy escrupulosa en avizorar cuanto puede convenir a sus intereses de comercio”.

“Tampoco podía ignorar que una vez amparado en él y conservando el imperio de los mares ninguna fuerza era bastante para arrojarla de aquel punto, y que bajo sus auspicios las fértiles orillas de su gran Laguna debían producirle ventajas agrícolas de incalculable beneficio, y venir a ser por medio de un contrabando que era inevitable el desembocadero de todas las riquezas que producía el reino de Santa Fe”.

“Esto no lo ignoraban los ingleses, no carecían de fuerzas marítimas ni tenían inconvenientes en construirlas con este objeto; tampoco les faltaban Almirantes y Capitanes que tuviesen la

36 Boletín No. 127 de la Academia Nacional de la Historia, ya citado, pág. 285. Se han introducido cambios en la ortografía y redacción, para hacerla más inteligible, sin alterar su fondo.

audacia y conocimientos necesarios para forzar los formidables pasos del Sund y los Dardanelos, sin embargo jamás intentaron forzar la barra de Maracaibo”.

“Terrible debía ser la reputación que tenía este paso, cuando la codicia y el deseo de dar mayor salida a sus mercancías no fueron agentes bastante poderosos para animarlos a la empresa, sin embargo la hemos visto forzar por un jefe y unas fuerzas que ciertamente no pueden compararse con las que lo respetaron”.

“Este fenómeno militar no puede explicarse más que de dos modos: o no era verdad que aquel punto era tan difícil como se suponía, o habían variado esencialmente algunas de las circunstancias o atributos que contribuían a hacerlo formidable. Lo primero no parece racional porque no lo es que tantos hombres se equivocaran y formasen un juicio errado”...

El sistema defensivo de la barra de Maracaibo gozaba del crédito de ser inexpugnable y aunque equivocadamente sostuvo Labórele que en doscientos cincuenta años nadie intento forzarla, es cierto que hubo piratas que sí lo hicieron, algunos antes que se fortificara y otros después, como veremos seguidamente.

En el año 1642 penetró al interior del lago el pirata inglés William Jackson, con once barcos, mil hombres y 80 cañones. Saqueo e incendió viviendas en Maracaibo y otras poblaciones, y regreso a la mar llevándose como presa cuatro buques españoles que estaban fondeados en la bahía y como botín 10.800 pesos fuertes en monedas de oro y plata que estaban depositados en la tesorería de la gobernación; 4 cañones de las murallas de la ciudad y las campanas de los templos. En febrero del año subsiguiente, penetró el pirata holandés Henry Gerardo, quien también pilló impunemente, pues todavía no se había fortificado la entrada.

Tales acontecimientos, obligaron al Rey de España a ordenar al Virrey de Nueva Granada, al gobernador de Maracaibo y al de Mérida, la construcción de una fortaleza en el sitio apropiado para impedir la entrada de los piratas al interior de la bahía. La fortaleza fue construida durante los años 1644-45 en la punta

Occidental de Zapara, porque, como ya se dijo, el canal pasaba afeitando dicha isla.

Veinte años después, en el 1665, forzó la barra el pirata francés Daniel Nau (a) Olonés, con lo cual se abre el compás de una serie de actos similares que culmina con la más admirable de todas: la del Contralmirante José Padilla y sus valientes subalternos, Beluche, Chitty, Baptista, Vega, Urribarri, Valbuena y otros aguerridos oficiales al servicio de la República, el día 8 de mayo de 1823.

El pirata francés Olonés entró en el lago, saqueó y cometió actos de bandolerismo en Maracaibo y Gibraltar y se llevó un millón de Pesetas en monedas de oro y plata y salió nuevamente al mar, no obstante los fuegos de la fortaleza de Zapara.

En el año 1667 lo hizo el pirata Miguel El Vasco, quien cometió otros tantos actos de pillaje en Maracaibo y poblaciones ribereñas y regresó de la misma manera. En el año 1669 llevó a cabo la misma acción el pirata inglés Henry Morgan de la fortaleza de Zapara. En Maracaibo y localidades ribereñas saqueó, atropelló y cometió muchas atrocidades y sumió en la ruina tanto las poblaciones como las haciendas de la costa del Sur del lago.



Vista de la Escuadra de la Gran Colombia cuando forzaba el inexpugnable paso de la Barra de Maracaibo y Castillo de San Carlos.
Fotocopia de un dibujo existente en el Museo Bolivariano de Caracas.



CONTRALMIRANTE JOSÉ PRUDENCIO PADILLA

Comandante de la Escuadra de Operaciones sobre el Zulia en mayo de 1823

Experto y audaz marino, quien del 7 al 14 de mayo de 1823 forzó intrépidamente La Barra de Maracaibo, pasando a fuego vivo el inexpugnable sistema defensivo de la entrada a dicha Barra.

Se afirma que el Libertador Simón Bolívar, después de su grandioso triunfo de Maracaibo, lo llamó “Gran Almirante de Colombia y valiente Nelson colombiano”.

Dibujo hecho por Teófilo González Noriega, 1972, copiado de uno de Celohn, 1888, que aparece en el libro Historia del Zulia, Tomo II, por Juan Besson, pág. 142. Editorial Hermanos Beloso Rossell, Maracaibo, Venezuela, 1945.

Una escuadra española lo esperaba en la ensenada de Zapara, ubicada al sur del islote del mismo nombre; Morgan atacó e incendió las dos primeras naves españolas valiéndose de una admirable estrategia que ha sido cantada y ensalzada por la valentía con que los marinos británicos ejecutaron la acción, por algunos poetas criollos, entre ellos el insigne zuliano Udón Pérez; Morgan salió libre al mar y cuando regresó a su patria el gobierno británico lo recompensó con honores materiales y títulos de nobleza, entre otros el de Lord, con el derecho de llamarse Sir, y sentarse al lado de los reyes con la cabeza cubierta, distinción reservada por la Corona Británica a los grandes servidores de la monarquía;

Morgan murió de viejo en ejercicio perpetuo de la gobernación de Jamaica.

En el año 1678 también penetró al lago el pirata francés Francisco Esteban Grammont, quien comandaba una escuadra que formaba parte de la que el Almirante Conde de Estress trajo a las Antillas por orden de Luis XIV, para apoderarse de las islas holandesas de Curazao, Aruba y Bonaire. Esta escuadra zozobró en las islas Las Aves y los buques que Grammont pudo salvar fueron los que condujo al interior del lago. En sus fechorías llegó hasta la ciudad de Trujillo, ubicada tierra adentro, en un pequeño valle rodeado de montañas, que dista aproximadamente 100 kilómetros de la orilla del lago. Dicha próspera y rica ciudad, que atrajo la codicia del pirata, fue saqueada e incendiada; debió su salvación del total perecimiento, a la providencial intervención de un copioso y prolongado aguacero, que apagó las llamas de las casas incendiadas.

Tales fueron los principales casos en los que la barra fue forzada. Vamos a relatar la proeza realizada por el marino ríohachense que comandaba la escuadra republicana el día de la batalla que sirve de tema al presente trabajo. Esta relación la hemos extractado del Diario de Operaciones de la Escuadra de Operaciones sobre el Zulia.

A las 18:45 del 7 de mayo la escuadra republicana fondeó al frente del Castillo San Carlos; todos los buques arreglaron sus pesos para proporcionar sus calados, en forma de poder entrar por la barra, y se dieron las instrucciones del orden en el que debía formarse la línea para aquella riesgosa y difícil operación y demás que fueran convenientes.

Al amanecer del 8 de mayo se ordenó practicar un sondeo en la barra, y a las 14:30 horas se hicieron a la mar todos los buques, se formaron en línea de combate y tomaron rumbo para entrar por ella a forzar el paso del Castillo; a las 16:15 horas, después de algunas breves varadas de unos buques, todos estaban bajo los fuegos de aquella fortaleza, que empezó a disparar nutridamente, con gran viveza y energía; no obstante esto la operación continuó

impávida y serenamente, sin contestar ni siquiera con un tiro de fusil; a las 16:45, bajo la acción de los fuegos del Castillo se vararon el bergantín “Independiente” y el “Gran Bolívar”; el primero desencalló muy pronto, pero el segundo, cuando ya iba desencallando, fue abordado por el bergantín rama y volvió a encallar, no siendo ya posible sacarlo, aunque sí al “Fama”, que tenía poco calado.

El Castillo disparó 328 tiros, pero solo la “Espartana” recibió un impacto, y una vez varado el “Gran Bolívar”, fue posible acertar mejor los tiros, de modo que en poco tiempo su casco estuvo perforado por 15 balas, por cuyos agujeros hizo mucha agua y se inutilizó, por lo que fue necesario incendiarlo; pero antes se salvó toda la tripulación, parte de su armamento y algunos aparejos y provisiones. La “Espartana” tocó fondo por breves instantes dentro de la bahía, fuera de los fuegos del Castillo.

El día 9 de mayo los bergantines “Independiente” y “Marte” se alijaron para pasar “El Tablazo”, que es menos profundo que la Barra, levaron a las 13:30 y a las 16:30 fondeaban en trece pies de agua, frente a Punta Palma, y divisaron al otro lado de El Tablazo un bergantín-goleta, un bergantín redondo, 7 goletas y 2 grandes flecheras realistas, las cuales al día siguiente quitaron las balizas de El Tablazo. A las 14:30 horas del mismo día, con viento y marea favorable, ordenó Padilla a las otras unidades zarpar con rumbo a El Tablazo en línea en fila y zafarrancho de combate; el “Independiente” se varó muchas veces, por lo que fue necesario sacarle la artillería, víveres y lastre hasta dejarlo casi a plan de barrido, expuesto con ello a que escorara sobre estribor y en circunstancias críticas; fue necesario apuntalarlo a media noche.

Durante todo el día 10 de mayo se trabajó con ahínco y tesón hasta las 08:30 horas del 12 cuando pudo continuar hacia Punta Palma; a las 09:15 volvió a vararse junto con el “Marte”; permaneció así durante un cuarto de hora, pero como el viento calmó y los prácticos no sabían a ciencia cierta por dónde tenían que navegar, por falta de balizas, se ordenó fondear y practicar un sondeo y balizamiento por prácticos y oficiales; no se halló más que 11

y medio pies de agua, en vista de lo cual fue necesario volver a alijar los bergantines “Independiente” y “Marte”, para tratar de pasarlos por tan poca agua. El “Marte” logró zafarse y salir al otro lado de los bajos al amanecer del 13, pero el “Independiente” continuó varado todo el día, sin lograr salir al otro lado de El Tablazo hasta las 18:30 horas.

Varias goletas se vararon también en este último paso, pero al zafar el “Independiente”, ya ellas navegaban en suficiente agua. Indecible fue el trabajo hecho durante toda la noche, para volver a embarcar armamento, víveres, lastre, agua, etc., el cual se efectuó hasta el amanecer del 14, y ya a las 09:30 del 14 de mayo estuvo listo, y en unión de los demás enrumbó a Punta Palma del Norte.

A las 14:45 advirtieron que por el boquete de Punta Palma, salían varios buques enemigos, y se dieron las órdenes de atacarlos, y a las 16:30 se observó que la escuadrilla realista estaba compuesta de 6 buques mayores y 5 canoas y se dirigían a Maracaibo; la flechera mayor hizo solo un disparo con bala sin mayores consecuencias.

Al anoecer, se encontraba ya la flotilla española en Maracaibo y los republicanos se dirigieron a palo seco y fondearon frente a Maracaibo, a las 18:45. El 16 de mayo el bergantín “Fama” tuvo que ser desmantelado y hundido porque entorpecía las operaciones y ocupaba unos cuantos marineros. Al amanecer del 18 zarparon para Punta Palma, donde operarían en el futuro, teniendo como base los Puertos de Altagracia.

El 19 de mayo por la mañana se observó que algunas unidades de las fuerzas sutiles españolas fondeaban frente al islote Capitán Chico y a las 14:00 se contaban ya 19 embarcaciones, por lo que a las 16:15 se dirigió Padilla hacia ellas para atacarlas. Rehuyeron el combate y se dirigieron a Maracaibo, por cuyo hecho, el de un chubasco y el de acercarse la noche, ordenó el regreso de la escuadra a su fondeadero de Punta Palma.

Continuaremos con las acciones de esta fuerza en el Capítulo X.

Como se ha observado, los piratas forzaron la barra batiéndose únicamente contra la fortaleza de Zapara, cuyo fuego dominaba

su entrada, pues todo el canal se encontraba a tiro de cañón de sus almenas y las torres que defendían sus bastiones. Padilla lo hizo a la vista de los fortines de San Fernando y Bajo Seco, de la fortaleza de San Carlos y de la de Zapara. Las defensas de entrada al lago habían sido grandemente aumentadas. Mas debemos hacer una justa observación: que si bien cedieron ante la acometida de los marinos republicanos, fueron muchos los intentos de forzarla que fueron rechazados. Es necesario convenir en que ellas eran eficaces y valiosas.

Estas defensas deben reestructurarse porque son la garantía de la inviolabilidad del lago, y aseguran a Maracaibo su valiosa condición de ser una de las plazas más formidables de Venezuela.

Por esto fue por lo que el General Morales cuando se vio investido con la más alta magistratura colonial de Venezuela, en aquella época, lo primero que hizo fue ocupar a Maracaibo, pues una vez adueñado de dicha plaza, podía con solo estirar sus brazos de titán batallador, apoderarse de Santa Marta, de Cúcuta, del Valle de Upar, de la Cordillera y, en último término, si disponía de fuerzas suficientes, reconquistar todo el territorio de la Capitanía General.

VIII. Consideraciones acerca del forzamiento de la barra de Maracaibo por la escuadra republicana

La gloria inmarcesible de los valientes e impertérritos marinos que forzaron la barra perdurará en los fastos de la Armada Nacional. Hazaña admirable con la que se inicia una serie de acciones bélicas tuvo valor resplandece con los colores del iris de Colombia, que en la radiante visión del genio máximo de la América fulguró en la augusta cima del Chimborazo.

Este Tabor del heroísmo colombo-venezolano es timbre de gloria de la raza hispanoamericana y a la vez acción heroica de la legendaria armada española, cuya raíz se vincula en la acción de Lepanto, en donde las naves al mando de don Juan de Austria salvaron la civilización greco-latina, y rubricaron en los mares que cubren el planeta, el derecho de la raza hispana a señorear en todas las latitudes del océano.

El triunfo alcanzado por la escuadra combinada de naves venezolanas y neo-granadinas en esta difícil y azarosa operación es timbre de honor para sus comandantes, quienes desde el día 8 de mayo hasta el citado 24 del mes de julio, ganaron el prestigio de invencibles y la gloria de patriotas.

Forzar la barra era una proeza que hasta esa fecha solamente había sido realizada por algunos piratas, héroes del mar, valientes y esforzados en la acción, aunque defensores de una causa ilícita, como lo es la de robar en alta mar y en los puertos seleccionados por ellos para sus fechorías y depredaciones. Pero a pesar de ser así, ellos eran gente audaz y valiente y hasta entonces monopolizaban

la gloria de haberlo hecho, que según el criterio de la época constituía una de las mayores hazañas que podían ejecutar los hombres del mar. Los piratas Juan Daniel Nau (francés); Miguel el Vasco (de incierta nacionalidad pero tenido por vasco); Henry Morgan (inglés); y Francisco Esteban Grammont (francés), habían sido los únicos que vencieron a sus defensores; pero hay que tener en cuenta que ellos se batieron invictos solamente contra la artillería de la fortaleza de Zapara, y los bastiones de la costa de la plaza de Maracaibo, mientras que Padilla y sus comandantes se enfrentaron contra esa misma artillería y la de los cañones de San Fernando, del Castillo San Carlos, Bajo Seco y Zapara.

El triunfo alcanzado por Morgan al penetrar al lago y regresar al mar libre —a pesar de la escuadra española que le cerraba el paso en la ensenada de Zapara—, fue motivo de alabanzas por la prensa y por poetas de habla inglesa y española, y el gobierno británico galardonó su bravura y sus esfuerzos con honores y recompensas. Pero, en cuanto a la heroicidad de Padilla y sus subalternos Beluche, Chitty, etc., si es verdad que ha sido cantada y celebrada por poetas y escritores, también es cierto que no se le ha dado en nuestra historia la gran resonancia de otras proezas, tal vez porque ella aparece nutrida con innumerables hechos de esta naturaleza.

La acción de Padilla es tan audaz y valiente como la de José Antonio Páez al batirse en el Paso del Diamante, a caballo y con lanza, contra las flecheras surtas en el río Apure; temeraria, y heroica fue la toma de las flecheras, y también fue audaz, magnífica y temeraria esta riesgosa acción de Padilla, “operación que” —como escribió Laborde— “todo el mundo suponía impracticable en razón de los fuegos del Castillo, ayudados que hubieran sido de los de nuestra fuerza sutil, tanto más cuanto se dice que este ataque lo habían preconizado los enemigos” (los republicanos)³⁷.

37 Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Tomo XXXII, julio-setiembre 1949, N.º 127, pág. 285.

En este particular Padilla y Páez se yerguen muy en alto en la historia de nuestra guerra de independencia. Si esta audaz y épica acción del insigne llanero fue presenciada por el Libertador y es su palabra el mayor testimonio de su veracidad, en Maracaibo estaban, junto con el Capitán General Morales, sus subalternos y amigos, entre otros, el Coronel Narciso López (caraqueño al servicio de la monarquía española y uno de los divisionarios del General Morillo en la acción de “Las Queseras”); el gobernador Fuenmayor; Monsieur de la Maisson (francés al servicio de la marina española); el Coronel José Arizábalo, oficial peninsular que vino en la expedición de Morillo en el año 1815; el Capitán de Navío Fernando Cárdenas; el Teniente de Fragata Francisco Sales de Echevarría, Jefe de la división que defendía la entrada a la Barra; Francisco Machado³⁸, Capitán de Navío, portugués al servicio de la monarquía española; el señor Jaime Brick, marino británico fondeado en la bahía por acto de comercio, y los comandantes de los diez barcos que estaban en la ensenada de Zapara para el 8 de mayo, todos los cuales así como también la población marabina dan testimonio del arrojo y tenacidad de la escuadra republicana aquel glorioso día en el que los marinos venezolanos y neo-granadinos unieron sus esfuerzos en un sublime y magnífico propósito: el de rubricar con su heroísmo la carta de mayoría que escribieron mil héroes en los campos de batalla, desde las cálidas tierras tropicales, pasando por las impenetrables selvas guayanesas hasta las nevadas cumbres del Potosí.

Desde los Castillos de San Carlos y ensenada de Zapara hasta la ensenada de Maracaibo, los españoles tenían armadas en guerra y suficientemente dotadas de soldados, marinos, cañones y demás elementos de guerra, las siguientes unidades:

Bergantines: San Carlos’, “General Riego” y “Esperanza”.

38 En el diario de operaciones de Padilla lo denominan Manuel Machado, pero esto es un error. La distinguida escritora Luz Machado, descendiente colateral de dicho oficial, ha confirmado que su nombre es Francisco Machado.

Goletas: “Zulia y “Mariana” (muy bien artilladas), “Liberal”, “María” y “Mulata”.

Flecheras: “Atrevida” y “Guaireña”.

Piraguas: “Resistencia”, “Mercedes”, “Brillante”, “Rayo”, “Duende”, “Papelonera”, “San Francisco”, “Corbeta” y “Zulia”.

Estas piraguas formaban la flota mercante del lago, que Morales armó en guerra dotándola de artillería y suficiente cantidad de tropa y municiones, y estaban comandadas por marinos expertos y prácticos del lugar.

Estaban fondeados, además, en la bahía, el 8 de mayo, día en el que fue forzada la barra, cinco piraguas mercantes y tres guairos, naves que Morales bien pudo armar en guerra, pues tenía armas y municiones en la plaza.

Morales pudo atacar a la escuadra republicana, varada en el paso de El Tablazo, desde el 8 de mayo hasta el 14 del mismo mes, con cuatro goletas, dos flecheras y doce piraguas, sin contar con el bergantín “San Carlos”, bergantín-goleta “Riego”, goleta “Zulia” y tres guairitos que hubiera podido hacer concurrir a la acción al segundo o tercer día de haber varado los republicanos, pues estos buques eran suficientes para destruir o dañar seriamente a la escuadra de estos últimos, cuya posición estaba muy comprometida y, de ser atacada, tal vez se hubiera visto forzada a rendirse o incendiar y abandonar, por lo menos. Los tres bergantines y las goletas, tomando tierra con sus bofes y flecheras en el caso de zafar, y salvarse a la costa Oriental del lago, si las fuerzas españolas no las hubieran atacado y perseguido.

Desde hacía algo más de mes y medio se hablaba públicamente en la ciudad de Maracaibo y pueblos vecinos de Altagracia, El Moján y Sinamaica, de la posibilidad de que las naves republicanas forzaran la Barra. El General realista Sebastián de la Calzada, en documento fechado en Curazao el 12 de agosto de 1823, expresó que desde un mes antes se sabía por comunicaciones de Jamaica y Curazao que la escuadra republicana intentaría esta hazaña para operar por mar, coordinadamente con la división de

Río Hacha que lo haría por tierra³⁹, y que cinco o seis días antes de ejecutar la operación se recibió correspondencia de las islas en este sentido. Hizo salir a Los bergantines “San Carlos” y “General Riego” para que cubrieran el único canal que estaba descubierto y quedó con el mismo objeto preparando otros, buques para que marchasen sobre el castillo, pero Morales lo desautorizó e hizo retroceder a los buques.

Al discutir los republicanos acerca de la posibilidad de la acción, algunas opiniones eran favorables y demostraban que esto no era más que una operación marinera; otros rechazaban esta posibilidad fundando su negativa en que los castillos estaban fuertemente guarnecidos y defendidos por valientes y experimentados guerreros como Echevarría y Arizábalo.

Se comentaba públicamente entre los realistas que la escuadra republicana acometería la empresa bélica, y se señalaban los nombres de los comandantes a cuyo mando vendrían las naves. Quince días antes del 8 de mayo, era del conocimiento público en Maracaibo que Padilla traía entre sus jefes, oficiales de marina de la talla de Beluche, Chitty, Valbuena y otros oficiales experimentados en la navegación del golfo, la Barra y El Tablazo. Las autoridades españolas sabían esto con más fundamento, puesto que los realistas residentes en Río Hacha les transmitían las noticias de que Padilla se aprestaba a expedicionar sobre Maracaibo, pues aunque Montilla y Padilla hacían sus preparativos con el mayor sigilo, estas cosas siempre se traslucen y con mayor intensidad cuando son operaciones bélicas.

A Morales no lo sorprendió la acción; pero demostró una negligencia y sorpresiva inercia ante las noticias. Su tenacidad en no dar crédito a los que, le expresaban la factibilidad de la operación era tal, que hasta llegó al extremo de hacérsele odioso y tratar de cobarde a quien le decía que los republicanos podían

39 Documento No. 29, pág. 327 del Boletín No. 127 de la Academia Nacional de la Historia.

acometerla; en igual forma no hizo nada de lo que le planteaba el Estado Mayor para la seguridad de la provincia.

¿Por qué no se tomaron prevenciones ante las informaciones de la probable acción de los republicanos? No se defendió en debida forma la entrada de la Barra a la que la naturaleza y la técnica oponían senos obstáculos y la cual fue franqueada no sin dificultad por la escuadra republicana. Pudo haberse barrenado algunas unidades en la entrada, pero no se hizo, o atacado a la escuadra republicana, con el objeto de debilitarla para destruirla posteriormente a su salida del canal de El Tablazo aprovechando las dificultades que oponía la naturaleza a esa operación. Es bien sabido que lo que es defendido por el valor y el arte es vencido por estos mismos agentes; pero lo que es defendido por el valor, el arte y la naturaleza, es difícilmente allanado por el arte y el valor.

La naturaleza presentaba al General Morales un obstáculo, en el paso que tenían que hacer los republicanos del bajo fondo de El Tablazo, operación difícil y riesgosa, pero necesaria su ejecución, para operar contra Maracaibo y conquistar allí el dominio del mar. Esto debió pensarlo Morales, y debió actuar con sus fuerzas a la defensiva estratégica ante fuerzas superiores; también pudo cegar este paso echando buques a pique en su estrecho canal, o bien agotar los recursos del arte, y en caso de que esto no fuera practicable, aprovechar el menor contratiempo que ocurriese a los republicanos en este difícil paso para efectuar ataques de hostigamiento que tendieran a debilitarlos o destruirlos.

Parece que esta fue la interpretación que se dio al movimiento que ejecutó al reunir fuerzas y situarlas en la desembocadura de El Tablazo. Esta decisión habría hecho ver que el General Morales conocía su situación y que marchaba a defender el paso de El Tablazo con la misma tenacidad, intrepidez y decisión que Leónidas, el de las Termopilas, con el convencimiento de que la seguridad de su ejército y la de la provincia dependían de hacer en este punto una tenaz y vigorosa defensa. Pero todo esto se desvanece al ordenar Morales el retiro de los buques mayores hacia

Maracaibo y dirigirse personalmente a El Moján con las fuerzas sutiles, dejando solo una flechera en la defensa de dicho sitio.

No cabe dudas de que el General Morales carecía de conocimientos de estrategia naval y de que sus actuaciones fueron más bien, en esta materia, el fruto de improvisadas aventuras. En lugar de prepararse para la defensa, en vez de tomar las providencias para resistir la acometida, se concretaba a burlarse de Padilla y sus oficiales y a denigrar de ellos con imputaciones ofensivas y calumniosas y denuestos de muy mal gusto.

Los periódicos realistas llamaban a Padilla fanfarrón, mulato, zambo, pirata y otras vulgaridades. “El Posta Español”, periódico semanal que publicaba Morales en Maracaibo como órgano oficial de la Capitanía General, se hacía eco de semejantes burlas, y designaba a los republicanos con los calificativos de: negros de Mozambique, macacos del Senegal, mulatos corrompidos, zambos asquerosos, mestizos ingratos, y denominaba con el remoquete de traidor y cobarde a los que osaran decir que Padilla podía forzar la barra.

Durante aproximadamente setenta días la escuadra del Contralmirante Padilla estuvo surta en la costa Oriental del lago, entre Punta Palma del Norte y la parte Sur de los Puertos de Altigracia, bloqueando por mar la plaza de Maracaibo, mientras que la de Morales maniobraba en la costa opuesta; durante este lapso las naves de este último efectuaron muy pocos ataques contra los republicanos y en más de una oportunidad rehuyeron el combate. Todo este tiempo estuvo la escuadra republicana embotellada en el lago. La escuadra de Morales no aprovechó suficientemente la acción ventajosa de los vientos propicios que soplaban alternativamente tanto del NO como del Sur en esta Zona, para efectuar ataques contra la de Padilla.

El jefe español dedicó su tiempo a perseguir, encarcelar y torturar a los sindicatos o tenidos como amigos de la causa republicana, tal como lo hizo con la distinguida y respetable señora Ana María Campos, a quien hizo montar a horcajadas en un jumento, desnuda de la cintura para arriba, y hacer que un mulato le diese

latigazos públicamente por las calles de la urbe marabina; cruel y dantesco tormento al que la sometió, por haber dicho o inventado la célebre frase recogida en sus páginas por la historia nacional, para demostrar la adhesión y entusiasmo de las damas por el triunfo de la causa republicana: “¡Morales, si no capitula, monda!”.

Durante estos terribles y angustiosos días vibraba en todos los ámbitos de Maracaibo —de cuyas ardientes tierras salió el valiente batallón Tiradores, que tan brillantemente se batió en Carabobo— aquella frase cáustica y escarificadora de la epidermis de los realistas: “¡Morales, si no capitula, monda!”. Y porque era agresiva y ardiente, esa frase movió el brazo airado y vengativo del General Morales, para mandar a azotar públicamente a la heroína Ana María Campos.

Y sucedieron ambas cosas proféticas: Morales capituló y mondo.

Estratégicamente, el forzamiento de la Barra de Maracaibo fue de capital importancia, pues dio a los republicanos la superioridad naval que les permitió conquistar el dominio del mar dentro del lago e hizo posible bloquear económica y militarmente a las fuerzas de Morales para después destruirlas, y con ello se perdió totalmente el dominio que ejercía España sobre las provincias de Venezuela. Esta decisión de Padilla fue la que facilitó el triunfo definitivo obtenido después.

Los extraordinarios e indecibles contratiempos y penalidades experimentados por los republicanos y la tenaz, magnífica y constante voluntad que pusieron de manifiesto para forzar este difícil y riesgoso paso a la vista de su inexpugnable sistema defensivo, acredita a esta operación una bien merecida y ganada celebridad.

IX. El plan de defensa de Maracaibo

El plan defensivo de Maracaibo fue elaborado por el brigadier ingeniero Cramer, y solamente contemplaba una invasión por mar a través de la boca del lago; en la época en la que fue hecho, la situación estratégica era la de una provincia enclavada en una zona totalmente colonizada y absolutamente dominada por los españoles en toda su extensión. En estas circunstancias, solamente a través del mar podía ser invadida Maracaibo. Para el 1823 cambió totalmente la situación estratégica, pues ahora se trataba de una provincia parcialmente conquistada y ocupada por fuerzas leales a la monarquía española, ubicada en una zona dominada por los republicanos, quienes la rodeaban por todos lados.

En enero de 1820, el Coronel Feliciano Montenegro recibió instrucciones del Capitán General, de actualizar el plan de Cramer, de acuerdo con las variaciones ocasionadas por la situación político-estratégica. Expondremos sucintamente el plan de Montenegro, copiado casi literalmente de un documento firmado por él mismo, según el cual la ciudad y lago de Maracaibo podrían ser invadidos por los siguientes puntos: primero, por la boca del lago o sea la barra; segundo, por el caño de Paijana en combinación con la Guajira o Villa de Sinamaica; tercero, por la Guajira, en derechura, descabezando el río Limón; cuarto, por la villa de Perijá atravesando la serranía de El Tigre; quinto, por los ríos Catatumbo y Zulla, que desembocan al Sur del lago

sobre la aduana de la isla de Damas, corriendo la costa hasta la aduana de Moporo, situada sobre el pueblo de Gibraltar; y sexto, por los Puertos de Altagracia, viniendo por la costa de Coro.

El brigadier ingeniero Cramer solamente había considerado el primero, y de aquí que se construyeran las fortificaciones para defender este paso. Al final consideraremos este punto con mayor detalle; trataremos del segundo punto o sea por el caño Paijana, entrada más Occidental.

En el supuesto caso de que los republicanos desembarcaran en las costas de La Guajira, o vinieran de Río Hacha, resulta evidente que su intento de pasar a Maracaibo lo efectuarían cruzando el caño Socuy, por donde lo había atravesado Morales; esto es, pasando de Puerto Guerrero a la costa de El Moján.

Este caño, debido a su anchura y profundidad, no era vadeable, y se requería para ello allanar la entrada del caño Paijana e introducir por él flecheras y embarcaciones de poco calado, para proteger el paso de Puerto Guerrero, situado a 50 toesas⁴⁰ de la unión del cano Paijana con el Socuy y el lago, sobre la costa de Sinamaica, cuya villa queda a seis millas de Puerto Guerrero. Morales venció con fortuna este paso, el que con buenas defensas es casi insuperable.

Se hizo fortificar el reducto abandonado de Paijana, ubicado a mediados del caño, con el objeto de que si los republicanos vencían la entrada, se ganara tiempo hasta tanto llegaran de Maracaibo seis embarcaciones menores armadas cada una con un obús de bronce, las cuales se encontraban en la zona con dicho objeto. Los republicanos desconocieron la importancia de este punto y no supieron defenderlo cuando Morales, al aprovechar su abandono, se introdujo por él siguiendo las indicaciones del Coronel Jaime Moreno.

Por el tercer punto solo se podía atacar en verano; es decir, en enero y febrero, cuando se secan los pantanos que se forman a la margen derecha del río Limón por el desborde en tiempo de

40 Toesa: medida francesa antigua de longitud, equivalente a 1,946 mts.

crecidas. Entonces es fácil la invasión usando buenos baqueanos que conozcan la llamada “vereda del soldado”, solo usada por los indios guajiros y a la que procuraban ocultar para evitar invasiones de Maracaibo.

Sin dar publicidad a este punto débil, desconocido por casi todos, Montenegro propuso la creación de un cuerpo de caballería de milicias, constante de 600 jinetes ubicados entre Maracaibo, Perijá, El Placer y Sinamaica, cuyo objeto era interponerse entre la capital y el citado río para impedir la invasión por este punto, y así cubrir su frente con el llamado caño del Padre Mauro, a 80 kilómetros de Maracaibo, con el flanco izquierdo apoyado en las montañas inaccesibles y río caudaloso de Perijá, y el flanco derecho sobre la Laguna de Garabulla.

El ataque por el cuarto punto solo podía efectuarse si los republicanos hubieran tenido una gran fuerza de infantería, bien apoyada logísticamente, por un camino lleno de malezas y precipicios. No obstante lo improbable de un ataque por este lado, se armaron compañías en Perijá que, junto con las de El Molino ocupaban el Picacho del Tigre, punto de difícil acceso, si se destruía oportunamente el único camino que tenía a su frente. Los que habían intentado atacar por este punto, solo habían conseguido un completo escarmiento en su época.

El ataque por el quinto punto, solo podía temerse en el caso de que Maracaibo quedase en absoluto abandono y se permitiera a los republicanos la construcción de flecheras en el puerto de Los Cachos y en los pueblos del Zulia y El Pilar. Para impedir esto, durante el tiempo que el Coronel Montenegro se encontró en Maracaibo, se mantuvo permanentemente en los ríos Catatumbo y Zulia cinco piraguas armadas con artillería de doce libras, porque los patriotas se encontraban entonces ocupando los valles de Cúcuta, y se esforzaban en construir flecheras en Los Cachos, con el objeto de impedir que llegaran a Maracaibo los abastecimientos

que recibían de aquel territorio. Esta medida fue muy acertada, puesto que en junio se consiguió quemar todas las embarcaciones reunidas en aquel pueblo.

El ataque por el sexto punto presentaba algunas dificultades y solo podía llevarse a cabo dominando la provincia de Coro, o bien' efectuando un desembarco de fuerzas superiores en los puertos de Los Taques, Zazárida o Capatárida, y luego conquistar y ocupar los Puertos de Altagracia, hacerse fuertes en ellos y en Vigía de Palma e introducir al mismo tiempo flecheras por el caño de Oriboro, Perejil y Barbosa.

Hemos dejado para el último lugar el primer punto de ataque; es decir, por la boca del lago o sea la Barra, porque es el más fácil, o el más difícil de efectuar; todo depende de las disposiciones que tomen los invadidos e invasores. Más claramente, la conservación de este punto dependía de su sistema defensivo, porque allí hay obstáculos naturales que podían ser fácilmente explotados con ventajas por el defensor. Esto fue reconocido por Cramer quien, debido a la situación dominante para su época, solo se concretó en su plan de defensa a una invasión por mar. Como en la época de Montenegro la situación era diferente, se agregaron las siguientes disposiciones:

Primera: Como el alcance de la artillería del Castillo San Carlos no era suficiente para cubrir la barra, y un buque podía introducirse en El Tablazo sin recibir daños de consideración, se fortificó la entrada con dos baterías: una en la punta del Islote San Carlos, sobre la misma plaza del Castillo, enfilando la Barra a cien toesas de distancia, y la otra en la punta a barlovento cruzando sus fuegos con aquella.

Segunda: Se dispuso que en las piraguas de tráfico del lago que viajaban a las Antillas se pusiesen colisas⁴¹, numeradas con el cureñaje listo y almacenado, que se colocarían en el momento de cualquier novedad, pues de las primeras, que eran 66, y de las

41 Plataforma giratoria sobre la cual rota la cureña sin ruedas de un cañón.

segundas, que eran 17, siempre había en bahía 15 o 20 que no hacían costo a la hacienda pública.

Tercera: Se había artillado y dotado suficientemente todos los puntos de la costa y se empleó en ellos solo 800 hombres, con inclusión de los artilleros.

Ante cualquier eventualidad se podía oponer una vigorosa resistencia, porque sucesivamente se armaban todas las embarcaciones alistadas.

Seis piraguas con artillería de corto calibre se dirigían al interior de los caños Oriboro, Perejil y Barbosa, protegidos por el destacamento de Zapara (en donde había 80 hombres, que se podían reforzar hasta 200) y cubrían aquel flanco defensivo de la boca principal de la barra.

Otras seis embarcaciones menores se endilgaban al caño Socuy para recorrer también el de Pajana, con comunicaciones directas en la misma línea sobre el Castillo San Carlos.

Otras seis con artillería de grueso calibre y cuatro goletas bien armadas irían al Castillo San Carlos a situarse frente a la boca, bajo el amparo de sus fuegos y así proteger con los suyos a las dos baterías avanzadas ya dichas del bajo y la punta, que recibían así un aumento de fuerza considerable.

Era difícil con este sistema defensivo que la barra fuera forzada; los buques que se introducían en ella tenían que desfilas con buenos prácticos por un canal estrecho, y aun así para continuar a Maracaibo tenían que hacerlo por un canal balizado (el Canal de El Tablazo) menos profundo y de difícil navegación.

Inutilizar estas baterías avanzadas, mediante ataques para tomarlas por la espalda, requería desembarcos previos, que eran difíciles, porque las embarcaciones que se situaban para la defensa de la barra, las cubrían con comodidad y las flanqueaban sin estorbos. También se había previsto que de ser forzada la barra, se encontraría en su medianía un casco de goleta cargado de piedra, que debía echarse a pique, se retirarían las seis piraguas bajo la protección de los fuegos del Castillo San Carlos, y las goletas se interpondrían entre el Perco y Zapara para atacar al enemigo con

los fuegos cruzados en su tránsito por espacio de dos millas, si era posible que salvase los obstáculos y fuegos opuestos.

Dice el Coronel Montenegro que todas estas medidas fueron aprobadas por el Capitán General y se ejecutaron con éxito de inmediato. Lo comprueba el hecho de que estando ocupada casi toda la orilla del lago por los republicanos, el almirante Brión no se atrevió a intentar su paso cuando, con 18 buques que condujo a Río Hacha, fue forzado a reembarcarse por el brigadier Sánchez Lima.

Al observarse estas disposiciones, la posición de Maracaibo la consideraba Montenegro tan militar y segura, que en el 1820, al preguntársele su opinión acerca de ello y ofrecérsele el batallón Valencey con 800 plazas y la columna de cazadores, rechazó este ofrecimiento, exponiendo que respondía de la seguridad de la ciudad sin necesidad de auxilios exteriores, aunque las del enemigo se cuadruplicaran⁴²; contaba él con 900 hombres del batallón de milicias de pardos, 700 del batallón de blancos, 250 del batallón veterano, las compañías de artillería de dotación, 600 hombres incompletos de caballería urbana y 200 de la Maestranza.

Afirma Montenegro que el ingeniero Cramer no podía prevenir para siempre los cambios de la barra, ocasionados por los continuos movimientos de arena producidos por las corrientes y marejadas. Ellos ocasionaron años después el abandono y destrucción del fuerte de Zapara, que probablemente se hizo con el objeto de cruzar sus fuegos sobre la barra con el Castillo San Carlos. La artillería de este, tampoco alcanzaba a aquel, debido a que se formaron bancos de arena que inutilizaban sus fuegos por la distancia.

42 Carta de Montenegro a Laborde, fechada en La Habana el 16 de octubre del 1823. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, N° 127, pág. 324.

X. Cimiento y acciones de las escuadras rivales entre el 20 de mayo y el 20 de julio de 1823

Hemos dicho que la escuadra republicana, que demostró un extraordinario espíritu ofensivo hasta el 19 de mayo, tuvo que retirarse a su base en los Puertos de Altagracia, en el anochecer de dicho día, porque la realista, al evadir un ataque que se le hizo en la tarde de ese mismo día, se retiró hacia Maracaibo, y, además, por la presencia de un chubasco y la aproximación de la noche.

En la mañana del 20 de mayo⁴³, según el diario de operaciones del Almirante Padilla, una división de buques mayores de los realistas integrada por once unidades, formada en línea, con viento favorable del Sur y marea saliente, zarpó de Capitán Chico y se dirigió hacia la escuadra republicana con intenciones de abordarla; rompió los fuegos vivamente contra ella, a las 10:25; pero al estar empeñadas las goletas “Mariana” y “Zulia” contra el bergantín “Independiente”, que era el más poderoso, y a pesar del poco viento que no permitía maniobrar con la rapidez adecuada, la serenidad de Padilla, la actividad de Beluche, el valor de los oficiales, tripulación y tropa, las acertadas disposiciones y la proximidad del “Marte”, que descargó sus fuegos con acierto, frustraron los objetivos de los realistas.

Después de hora y media de obstinado combate, herido mortalmente Echevarría, muerto el comandante de la “Mariana”,

43 Laborde sitúa este combate el 19 de mayo. Boletín No. 127, ya citado, pág. 266.

Francisco Machado, y mal heridos su segundo y el contramaestre del mismo buque, la tripulación de esta desistió del abordaje, ciñó el viento, poniendo a poco rato en facha la gavia sobre el palo; al no poder los demás darse cuenta de la causa de este movimiento del buque insignia, y viendo que la goleta “Zulia” seguía los movimientos de la “Mariana” a causa de haber sido dejada aislada por la maniobra que explicamos, entró el desorden general en la escuadrilla realista y se retiró.

Los republicanos no pudieron darles caza por impedírselo los bajos y lo avanzado de la tarde, pero lograron capturarles la goleta “Margarita” con un cañón de a 4 y algo de la tripulación, pues la mayor parte de los 45 hombres de su dotación se fugó al varar dicha goleta. También esta fue incendiada por los republicanos, quienes sufrieron en la acción 6 bajas: 3 muertos, entre los cuales se encontraba el Alférez de Navío Jaime Chaytor y 3 heridos. El Contralmirante Padilla sufrió una contusión de metralla en la cabeza. Los realistas tuvieron 15 muertos, entre ellos el Teniente de Fragata Francisco Sales de Echevarría, Comandante de la División, quien murió al día siguiente, y Francisco Machado, Comandante de la “Mariana”, como ya se dijo.

En la noche del 21 de mayo las fuerzas sutiles republicanas se movieron hacia El Moján con la intención de comunicarse con las tropas que operaban en la costa, pero tuvieron que retirarse en presencia de fuerzas superiores; el 23 del citado mes enviaron un cayuco con el mismo objeto pero tampoco pudo cumplir su cometido.

El 24 de mayo en la mañana, con viento del Norte, Padilla se dirigió nuevamente hacia Capitán Chico con intenciones de atacar a once embarcaciones mayores y catorce sutiles que se habían avistado, fondeadas en ese paraje: pero estas zarparon hacia Maracaibo, y rehuyeron nuevamente el combate, por lo que Padilla tuvo que regresar a su fondeadero de Punta Gorda.

En la tarde del 25 de mayo se entabló un combate entre una parte de las fuerzas sutiles realistas mandadas por el Capitán Tomás Lizardo y las republicanas cuando las primeras atacaron

a las segundas, las cuales contraatacaron y después de una hora de fuego bastante vivo por ambas partes, los realistas se retiraron hacia Maracaibo, habiendo perdido la gran flechera “Guaireña”, la cual se varó por haber sido alcanzada por un cañonazo. Los republicanos salvaron su artillería, pertrechos y 20 prisioneros que voluntariamente se enrolaron en sus fuerzas, por ser de los soldados rendidos en Garabulla el 13 de noviembre del año anterior. Aquella misma noche, los realistas favorecidos por la obscuridad lograron poner a flote y rescatar la citada flechera.

Por la noche del 26 de mayo zarpó hacia Maracaibo la escuadra republicana con el objeto de batir y apresar en un ataque sorpresivo a los buques realistas que durante la noche habían quedado fondeados en aquel puerto, ñero debido a la luz de los relámpagos de aquella noche tormentosa, fueron avistados a tiempo por los realistas y frustrado el ataque, de modo que un poco después de medianoche, cuando se encontraban en el propio fondeadero de los contrarios, solo alcanzaron a divisar dos goletas a vela que seguían para el puerto. Fondearon en aquellas inmediaciones hasta un poco después del mediodía del 27 de mayo, cuando zarparon con rumbo a Quiriquire con el objeto de ponerse en contacto con algunos de los jefes de la República que operaban en la región, hecho que solo pudo hacerse en el atardecer del 28, cuando fondearon en Puerto Corona y pudieron entregar un oficio para el jefe de las tropas republicanas que operaban en Perijá.

A la mañana del día 29 de mayo zarparon para el Puerto de Moporo y allí permanecieron hasta fines de la primera quincena de junio.

Por esta época corría el rumor en Maracaibo de que se aproximaban a dicha ciudad las tropas republicanas que estaban en Río Hacha, por lo cual dispuso Morales que la fuerza sutil realista fuese a cubrir los pasos del río Socuy, donde ya había un crecido número de tropas que fueron reforzadas con algunas otras de Maracaibo, y que la escuadrilla de buques mayores se fondease en la Barra, cerca del Castillo San Carlos. Esto ocasionó que la defensa de la ciudad quedara grandemente debilitada y confiada únicamente

a una guarnición de cerca de 500 hombres y dos cañones de 8 montados en una batería.

La escuadra republicana embarcó algunas tropas en el Sur y se dirigió a los Puertos de Altagracia donde incorporó otras pertenecientes al Ejército de Coro y el 16 de junio hicieron una incursión en fuerza sobre la ciudad de Maracaibo. Batiéndose contra el fuego de los dos cañones de a 8, entraron en el puerto y lanzaron un fuego sostenido sobre la ciudad, lo cual permitió que desembarcaran las tropas que se encontraban a bordo de las fuerzas sutiles de Los Hatillos, y se apoderaron de la ciudad pese a la obstinada resistencia ofrecida por su guarnición. Dueños de ella, mientras el grueso de las tropas realistas se encontraba lejos, en espera de las tropas republicanas, saquearon los almacenes del rey, algunas casas particulares, pusieron a flote la flechera “Barinesa” recién construida y aparejada, exento de artillería y velamen, los cuales se encontraban en tierra y también fueron recogidos. Tres días más tarde, regresaron las tropas realistas y las republicanas se retiraron de la ciudad.

La imprudencia de Morales de dejar desguarnecida a Maracaibo, en presencia de un enemigo que lo rodeaba y que controlaba las comunicaciones marítimas del lago, a través del cual nudo movilizar fuerzas adecuadas, costó caro a los realistas; los republicanos aumentaron sus recursos logísticos a expensa de los realistas. Es inconcebible haber debilitado la defensa de la capital en la circunstancia en la que los republicanos poseían bastante fuerza naval, en la cual fácilmente podían transportar tropas por agua, para atacarla en circunstancias favorables, en mucho menos tiempo del necesario para que el ejército, situado a más de 60 kilómetros, llegara a su defensa. Esta violación flagrante del principio de economía de las fuerzas equivalía a abandonar la ciudad a los republicanos y con ello los contados recursos de los que disponía el ejército.

XI. Movimientos y acciones preliminares durante el 21, 22 y 23 de julio

Cuando las primeras luces de la aurora anunciaban el advenimiento del 21 de julio de 1823, los buques realistas estaban fondeados en la ensenada de Zapara. A las seis y media, el centinela de tope de la Vigía, observó que empezaban a maniobrar para darse a la vela, y lo transmitió al Cuartel General republicano de los Puertos de Altagracia. Por su parte, el buque insignia del Contralmirante Padilla, estaba fondeado en ese momento en una pequeña ensenada situada entre Los Puertos de Altagracia y el Ancón Sur, mientras que el resto de los barcos se encontraba fondeado en la ensenada de Carrizal. Al conocer esta información el Almirante Padilla ordenó prepararse y que cada buque asegurase sus amantillos, drisas de gavia, de boca, pico, etc., con cadenas, abosando sus escotines después de puestos a la vela.

Poco rato después se informó que la flechera realista “Guaireña”, de 3 palos, venía a toda vela sobre Punta Palmas, fondeando al Norte de dicha punta, como al comienzo de El Tablazo y después fueron llegando otras goletas a sus inmediaciones y también fondearon. El Vigía anunció que a lo largo de El Tablazo se encontraban escalonadas otras naves y a la retaguardia un bergantín.

A las once, soplando viento del NE, el almirante Padilla fue pasando a bordo de cada uno de sus buques y leyó una proclama⁴⁴

44 Véase la proclama en el Apéndice IV.

en la cual exhortaba a las dotaciones para que combatieran con todo el ardor y heroísmo que les era habitual al medirse con los realistas, pues sus maniobras y disposiciones anunciaban que se preparaban para atacar nuestra escuadra. En las unidades las tripulaciones contestaban con calurosos y bulliciosos vivas y no se veía en ellos sino ardientes deseos de combatir, que auguraban, sin duda, la victoria.

Momentos después flameaban en el mástil las siguientes señales: 19, mucha actividad y presteza en las maniobras y señales; 29, zafarrancho de combate; 39, cuando el comandante esté demasiado empeñado en la acción y no pueda por el fuego, humo, etc., atender a los demás buques de la escuadra, cada uno actuará según su valor, honor y conocimientos, para destruir a los enemigos y tener la gloria de vencerlos. Seguidamente se dispuso que todas las dotaciones de la escuadra llevaran como divisa un lazo en el brazo izquierdo para que se identificaran en caso de abordaje, y que si este se efectuaba de noche debían estar sin camisa, y en la orden general se encomendó a los comandantes que tuvieran mucha atención, y rápida contestación y ejecución de las señales, así como también que permanecieran listos para darse a la vela tan pronto fuera ordenado.

En esta forma los buques de la República esperaron el ataque de los realistas, quienes lejos de acometer permanecieron fondeados en el canal de El Tablazo, sin dar señales de actividad. Nuestra escuadra permaneció firme en sus puestos con la mecha encendida y atentos a la orden de ataque. Esta no se oyó en toda la tarde, y así cuando la luz crepuscular anunciaba el advenimiento de la noche, los buques citados quedaron fondeados en El Tablazo.

Al amanecer del 22 de julio se divisaron los buques realistas fondeados en el Cascajal, en la bahía El Tablazo. Poco rato después se daban a la vela y maniobraban para tomar el canal y dirigirse al Sur. En conocimiento el Almirante Padilla de que los realistas no podían salir de El Tablazo ni efectuar ningún ataque sino con

viento a la brisa, dio orden a la escuadra de acercarse a la costa de Punta Palmas del Norte todo cuanto fuera posible para ganar al barlovento si acaso atacaban. Ocupó toda la ensenada comprendida entre Punta Palmas y Los Puertos y colocó a sus fuerzas sutiles en la misma Punta Palmas, esperando que levantara el viento del NE para atacar a los realistas, si intentaban pasar hacia Maracaibo.

Los realistas permanecían en El Tablazo con viento favorable, pero a las ocho y media roló al SE y fondearon. Formaban la escuadra enemiga las siguientes unidades: bergantín “San Carlos”, bergantines-goletas “General Riego”⁴⁵ y “Esperanza”, goleta de dos gavias “Especuladora”, nueve goletas de velacho, dos pequeños pailebotes, las flecheras “Guairuña”, “Atrevida”, “Maracaibera” y quince buques entre faluchos y piraguas armadas.

En vista de esta situación Padilla dispuso que el bergantín “Independiente”, (buque insignia) y las goletas “Manuela Chitty” y “Emprendedora” se ubicaran en Punta Palmas y ordenó al Comandante Walter Chitty que con las fuerzas sutiles avanzara por la izquierda hacia el frente o sea hasta la boca de El Tablazo y se atravesara a vanguardia de la línea realista para provocarla y averiguar sus intenciones.

Por su parte, el mismo Padilla se embarcó en un bote con un cañón y diez soldados, avanzó hacia el mismo paraje, recorrió las unidades de vanguardia y observaba de cerca a las naves realistas, que a la sazón estaban aproadas hacia el SO como con intenciones de avanzar hasta la isla de Capitán Chico. En ese momento el viento soplaba del SE como obstáculo para el avance de los buques republicanos hacia la línea realista, y, de haberlo intentado, Padilla habría sido arrojado contra el grueso de la línea y no contra la vanguardia, si su intención era cortarles el paso.

Atacar a los realistas en ese paraje y con semejante viento habría sido desafortunado, ya que podían haber sido arrinconados contra la costa de Punta Palmas-Carrizal, donde los bajos hubieran sido

45 También denominado Maratón.

funestos para las naves republicanas. Posiblemente los realistas esperaban esto, pero Padilla no mordió el anzuelo.

Padilla ordenó a Chitty avanzar sobre el barco de vanguardia para obligarlo a combatir en ese paraje y descubrir sus intenciones. Hubo un intercambio de disparos entre ellos sin mayores consecuencias.

El viento cambió al NE y a las once y media Padilla dispuso que las fuerzas sutiles regresaran a su lugar. No quiso atacar. Los realistas permanecieron fondeados y sin dar muestras de querer combatir en esta zona. Sus intenciones eran pasar y Padilla creyó prudente no oponerse.

Al atardecer, el viento cambió al NNE y los barcos realistas empezaron a maniobrar para enmendarse; Padilla creyó que se disponían a aprovechar el viento para pasar de largo sin combatir, y sin pretender oponerse a la maniobra, ordenó al Vigía seguir atentamente la operación; pero el observador, posiblemente por habérselo impedido la proximidad de la noche, no se dio cuenta de que cuando los bergantines de la vanguardia realista trataban de dar paso a las naves de menor calado para cambiar de formación, el bergantín “San Carlos” y la goleta “Zulia” se habían varado en el bajo que forma una especie de saliente entre los canales de El Tablazo.

Durante la noche los realistas se ocuparon en alijar el bergantín y la goleta para ponerlos a flote.

Al amanecer del día 23, las naves amanecieron aporadas en la misma formación, con excepción del bergantín “San Carlos”, que estaba fondeado casi a retaguardia.

En la mañana el viento era NNE fresco. El primer movimiento de la escuadra republicana fue dirigirse costearo hacia el Norte, hasta acercarse lo más posible a Punta Palmas y el Almirante Padilla pasó en su bote a los buques de la escuadra, para ponerse al habla con sus comandantes e imponerlos o advertirlos de la forma como debían manejarse para conservarse en buen orden y próximos a la costa, al darse la señal de dar la vela, pues no convenía alejarse de

ella hasta que los enemigos rebasasen la Punta para arribar después sobre ellos, operar ganando el barlovento y frustrar sus planes.

En la mañana las dos escuadras se hicieron a la mar a las seis y treinta y siete y maniobraron, siguiendo la republicana los movimientos de la realista, más que por propia iniciativa. Padilla observó que la intención de los contrarios era más bien pasar de largo que combatir. A un cuarto para las ocho, como los enemigos iban cayendo a sotavento, se ordenó a cada buque ocupar su sitio y seguir los movimientos del comandante, y media hora después la escuadra republicana arribó sobre los realistas que estaban en línea de combate de la vuelta del Sur.

A las 08:19 se dio la orden a cada buque de la escuadra republicana de atacar al más proporcionado del enemigo hasta rendirlo y abordarlo si fuera necesario, y la vanguardia de la misma se dirigió sobre la enemiga; pero al efectuar este movimiento, los buques, con excepción del “Marte”, se aguantaban a barlovento, atrasándose en cumplir las órdenes. Orzó primero la “Espartana” y a ella la siguieron los demás, formando estos buques una línea por la aleta de barlovento, y la “Leona”, que debía estar a retaguardia, estaba muy lejos, y a barlovento de los demás.

Fue necesario ordenar forzar la vela a fin de que se uniesen y se dio la orden de formar una pronta línea de combate sin sujetarse a puestos para que no hubiera inconveniente en buscar su lugar. Como las naves realistas avanzaban en actitud de ataque, Padilla avanzó también y a las 08:30 se rompieron los fuegos, los cuales fueron contestados con nutridas andanadas por los realistas, aprestados a defenderse con gran brío. Parecía, pues, que se había dado comienzo a la tan deseada batalla.

Como el Almirante Padilla observase cierta confusión, lentitud y desorden en la ejecución de las maniobras ordenadas esa mañana por él mismo, y que el enemigo no quería combatir, sino que antes bien forzaba las velas para eludir el combate, y como, además, se veía que casi toda la escuadra republicana estaba muy distante, Padilla optó por separarse un poco de la línea enemiga y aguardar en facha a la reunión de sus buques, de la misma

vuelta que aquellos, después de verificado lo cual cesó el fuego a las 09:15 horas.

En esta acción, de muy corta duración pero de terribles efectos para ambos, hubo varios muertos y algunas naves sufrieron muchos daños en la arboladura y el velamen.

Los enemigos pasaron de largo y se dirigieron hacia Maracaibo donde fondearon en línea de combate entre Capitán Chico y El Milagro; nuestras fuerzas permanecieron a la vela y se reagruparon nuevamente; hecho esto se izó la señal de abordar al enemigo, la cual no se pudo ejecutar porque el viento calmó pero al refrescar este, a las 11:10 soplando del SE, se repitió la señal y nuevamente no se ejecutó por sobrevenir otra calma y soplar de varias direcciones, por cuya razón se resolvió dejar el combate para el día siguiente y dar descanso a las tripulaciones de las fuerzas sutiles que habían estado bogando desde tempranas horas. A las 13:05 horas se ordenó dar fondo, en los Puertos de Altagracia y quedaron los buques anclados en una línea paralela a la costa.

De esta manera terminó el día 23 de julio. Al anochecer de este día las escuadras se encontraban fondeadas así: la realista desde Capitán Chico hasta El Bajito, donde había a la sazón un fuerte cuyos restos se advertían hasta hace pocos años, a pesar de que la urbanización del puerto ha destruido ese y otros bastiones que defendían la urbe marabina. La republicana estaba fondeada desde Punta Palmas hasta El Ancón del Sur, del paraje costero que se conoce con el nombre genérico de los Puertos de Altagracia y avanzaron sus fuerzas sutiles en Punta Piedras.

Como puede verse, los dos grupos en los que desde hacía alrededor de 70 días estaban divididas las fuerzas navales realistas se habían unido en un solo cuerpo. La presencia de las naves republicanas en los Puertos, dominaba El Tablazo y causaba obstáculos a las comunicaciones entre Maracaibo y el Castillo, las cuales se efectuaban por tierra hasta El Moján y de aquí a este último lugar por medio de canoas y piraguas. Tal fue el camino seguido en sus viajes por el Coronel Narciso López cuando sirvió de intermediario entre Morales y Laborde.

Con esta concentración quedó despejada de buques la salida del lago para las naves de Padilla, las cuales si se encontraban embotelladas, ahora tenían la vía libre para escapar. Pero nada más lejos del pensamiento del valiente y audaz oficial. Se había destapado la botella para que salieran las naves encerradas, pero estas, lejos de salir, se aprestaron a librar el combate tan deseado por sus hombres.

Algunos comentaristas y críticos de esta alternativa, surgida con motivo del cambio de posición de los grupos enemigos, aseveran que ese fue el propósito de Laborde cuando ordenó la reunión de ambos grupos, como lo demuestran sus empeños de pasar al fondo del lago a todo trance, sin combatir. Esto posiblemente sea cierto. Al menos así se sospecha de la simple lógica de los sucesos en función con la situación de ambos grupos. Probablemente estarían aplicando aquel proverbio que dice: “Salga el alacrán de casa, píquele a quien le picare”.

Pero la misma sana crítica y la lógica de los sucesos nos hace pensar que cuando Padilla no salió del lago teniendo la puerta franca (pues la guarnición de los Castillos podía ser vencida, y a lo mejor el Coronel Arizábalo como buen español pudo haber pensado en aquel otro adagio castellano: “a enemigo que huye, puente de plata”, y haberle dejado la puerta libre) era porque estaba en ese paraje no para hacer retiradas estratégicas, sino para combatir y vencer.

Padilla en esta situación se inspiró en el patriotismo, en su honor de marino y en la gloria del militar que sabe cumplir con su deber, y se dispuso a batirse con el enemigo, quien pocos días antes lo había intimado con vencerlo en franca lid a la que ambos estaban acostumbrados a entrar cuando el deber así lo demandaba. Por último, el objetivo de la expedición al interior del lago era vencer a los realistas; las órdenes que había recibido eran de combatir y vencer, y a eso se propuso en la mañana del 24 de julio.

Huir frente al enemigo, sin atacarlo e intentar antes alcanzar la victoria, habría sido un acto indigno y cobarde que los republicanos jamás podían cometer. Retirarse, era un hecho cuya

calidad militar podría cubrirse con un manto de disimulo, bien sea lo que algunos llaman “retiradas estratégicas” o “maniobras preconcebidas”. Pero Padilla y sus hombres no eran gentes de esta clase. Su camino era, en esa emergencia, el que las leyes de honor, los señuelos de la gloria y el cumplimiento del deber indican a los marinos de su talla: el camino honroso, franco y gallardo del combate.

En esta ocasión Padilla, Beluche, Chitty, Belloso y demás oficiales que constituían esta pléyade de eminentes soldados del mar, habían entrado en el lago para cavar en sus azules aguas la sepultura de la escuadra realista que lo enseñoreaba. Ese era su objetivo bélico. Con huir hacia el mar no habrían podido cavar esta sepultura, que según la expresión del General Morales iba a ser el panteón de la escuadra republicana, y dejar en ese sitio perdurable los restos de las naves de aquella escuadra gloriosa, en el tope de cuyos mástiles tremolaba la arrogante insignia de Castilla y Aragón, que había recorrido triunfalmente todos los mares del planeta. Y ese día la escuadra de Laborde fue sepultada allí, perennemente iluminada su tumba por el relámpago del Catatumbo, que como lo canta el Himno del Estado Zulia, “del nauta fija el rumbo cual límpido farol”.

Tan pronto las luces de la aurora anunciaban el amanecer del 24 de julio y se distinguieron los vibrantes colores del sacrosanto emblema de la Patria, se llamó a reunión de comandantes para discutir y prevenir acerca de los malentendidos del día anterior.

De las conferencias y resoluciones discutidas y tomadas, resultó que el Almirante Padilla dictó una ordenanza, perentoria y urgente,

45 * Fundación John Boulton. Sección Venezolana del Archivo de la Gran Colombia, A, CCCXLVHI, N.º 206-210.

1 En la Gaceta de Colombia No. 48 del 31 de agosto del 1823 aparece “Marey”.

2 En la Gaceta de Colombia ya citada aparece “Macan”: en otros documentos aparece John Mc. Kan

en la que disponía los siguientes cambios en el personal de las naves: el comandante de la “Espartana”, Capitán de Fragata Jaime Bluck, transbordó al bergantín “Independiente” (buque insignia de Padilla), y rué reemplazado por su segundo el Capitán Marey R. Mankin, y en lugar de este se nombró al Capitán Leonard Staag; ordenó al mismo tiempo que el comandante de la “Leona”, Capitán Denis Thomas, pasase al Marte ; el Teniente de Navío Juan M. Macan, segundo de la Leona , fue nombrado comandante de la misma; el Capitán Jaime Stuard, oficial de la “Espartana”, fue nombrado segundo de la “Leona”; el aspirante Santiago Moreno fue nombrado oficial mayor de la goleta “Espartana”, para que se entendiera con las señales.

También se ordenó alterar la colocación de los buques en el orden de batalla, en la creencia de que con esto se lograría la cooperación de todos. La línea quedó formada de la siguiente manera:



1. Bergantín “Independiente”. 2. Bergantín “Confianza”. 3. Goleta “Antonia Manuela”. 4. Goleta “Manuela Chitty”. 5. Goleta “Emprendedora”. 6. Goleta “Peacock”. 7. Goleta “Independencia”. 8. Goleta “Leona”. 9. Goleta “Espartana”. 10. Bergantín “Marte”.

Tenemos noticias de estos cambios dispuestos en momentos tan críticos, por la información que da el diario de operaciones del buque insignia ⁴⁶, y el Capitán de Navío Laborde en su exposición

46 “Diario de Operaciones de la Escuadra de Operaciones sobre el Zulía”, correspondiente al 24 de julio del 1823. Fundación John Boulton. Sección Venezolana del Archivo de la Gran Colombia. Serie A. Tomo CCCXLV, Nos. 206-210. La Gaceta de Colombia No. 48, publicada en Bogotá el 31 de agosto y el Boletín de la Academia Nacional de la Historia, ya citado, pág. 207, reproducen el Diario de Operaciones correspondiente a los días 21, 22, 23 y 24 de julio de 1823, pero con algunas alteraciones con relación al original.

publicada en La Habana, en octubre de 1823, cuando refutaba al General Morales los cargos que este le hacía por la pérdida de la batalla naval del 24. Los partes oficiales no explicaron estas crisis, pero aquél las atribuye a negligencia de algunos comandantes y oficiales republicanos, y también atribuye a esta negligencia el hecho de haber podido pasar la escuadra realista desde El Tablazo hasta Maracaibo, frente a la escuadra republicana. Tal vez Laborde tenga razón en decirlo y Padilla en haber hecho esos cambios.

XII. La batalla

(Ver Carta N.º 3)

El oficial del buque insignia que tenía a su cargo la redacción del diario de a bordo, era hombre de espíritu cultivado y numen poético; los malinos somos algo románticos y tenemos mucho de filósofos, posiblemente sea porque no hay nada tan propicio al ensueño como el horizonte y la majestuosa imponencia del mar para la serena meditación. Dicho oficial empieza el capítulo de ese día admirando las bellezas del amanecer, de la sonriente naturaleza tropical y, como ferviente cultor del sentimiento patriótico, apreciando la singular belleza del paisaje lacustre.

Empezó el diario de aquel día (que los fastos americanos marcaron con la piedra blanca de los antiguos sacerdotes del paganismo itálico —*alba lapillo notare diem*—) anotando cómo esplendía la coloración fastuosa de los cielos, y cómo se abrió sobre el hermoso lago el flagelo de la luz solar, a cuya brillante claridad, él pudo contemplar sobre la orilla opuesta, la hilera de buques españoles que permanecían al ancla o arrejerados paralela a la costa de El Milagro, La Cotorrera y Capitán Chico. En sus mástiles flameaba, como siempre hasta ese día, la invicta bandera roja y gualda de Castilla y Aragón.

A párrafo seguido el oficial continúa anotando:

“A las 10:30 horas el señor general, comandante general, pasó en persona a bordo de todos los buques mayores y menores con

el objeto de arengar a sus dotaciones y animarlas de un modo eficaz para que, llegado el momento de atacar a los enemigos, lo verificasen con intrepidez y entusiasmo”. Terminó su arenga con las siguientes palabras:

“Está próximo el momento en que nuestras fuerzas se enfrentarán a las del enemigo para decidir nuestro futuro destino. Conscientes de la grave y trascendental importancia de ello os exhorto a luchar con la misma tenacidad, intrepidez, audacia y valor con que lo habéis hecho en otras oportunidades. Los laureles del éxito coronarán nuevamente nuestros esfuerzos”.

“A las 10:40 horas roló el viento al NE, y a las 10:50 se hizo la señal de prepararse a dar la vela; pero el viento se llamó al Sur flojo y se reservó la de levar hasta que se entablase o afirmase por donde nos fuera favorable. En efecto, a las 13:55 logramos nuestros deseos.

El viento se afirmó por el NE y la marca vaciaba de suerte que lo que aquel nos podía sotaventar aquella nos aguantaba a barlovento”.

“Todo nos era favorable y todo nos convidaba a atacar a los enemigos que se hallaban fondeados a nuestro frente, en una línea paralela a la costa y próxima a ella”. Con el catalejo, el general observó la formación de la escuadra española, cuyas unidades estaban colocadas así: en la extremidad meridional (cerca de la población porteña) estaban dos goletas, y seguidamente, el bergantín “San Carlos”. Lo seguían una goleta y una flechera, y hacia el Norte, describían una línea arqueada, goletas, bergantines y faluchos, ocupando el otro extremo la escuadrilla sutil que se hallaba fondeada contra Capitán Chico.

Así las cosas, a las dos en punto, el Comandante ordenó a Chitty (a cuyo mando estaba nuestra escuadrilla sutil), que levase anclas y marchase en el rumbo Oeste para caer de flanco por el Norte sobre la realista y a las 14:20, apareció en la nave insignia la señal de “dar la vela”. A las 14:28, la de “formar la línea de batalla”, para atacar de frente, y simultáneamente, cada uno de los

nuestros a los correspondientes del enemigo, los cuales al observar nuestro movimiento se acoderaron.

El “Marte” iba a barlovento y cerraba la línea por el Norte, y el “Independiente” a sotavento encabezaba la línea por el Sur. Como los barcos mayores eran de desigual velocidad, teniendo todos los mismos factores de marcha, unos se adelantaron y otros se retrasaron, por lo cual el Contralmirante daba las órdenes constantemente a todos, a fin de que se emparejaran en el avance en línea rigurosa de marcha, y así por medio de las señales los mantuvo en línea de batalla, hasta que se hallaron a la distancia requerida. Se observó una marcha normal y sostenida como si se tratara de una danza en un salón de baile, según eran acertadas las señales y según eran obedecidas por los bajeles de su mando.

Parecía que bailaban al son rítmico de una orquesta, y el paso a través de la garganta del lago resultó solemne y espectacular, a la vez que sugerente y conmovedor. El momento era apoteótico. La orquesta que tocaba la danza era el telégrafo óptico que lanzaba sus notas desde los palos de la nave insignia y el director de la orquesta era el Almirante Padilla, quien con su estentórea voz de marino acostumbrado a señorear sobre las olas agitadas, entre los rugidos de las tempestades y el fragor de los combates, imponía sus órdenes sobre todos los comandantes de las naves de su escuadra.

A las 15:17, el Almirante Padilla ordenó izar en el palo mayor de su barco la señal más tremenda que la infantería de marina puede contemplar cuando se inicia un combate: la trágica y espeluznante señal de ¡abordaje! Esta señal es la de la muerte. Es la que indica la acción de morir heroicamente o vencer.

¡Qué horrible y qué orgullosa luce esta señal, indicada por una bandera que tremola en el fondo diáfano del cielo azul en medio de la agitada movilidad del mar!

Padilla ordeno dejar izada la señal no obstante haber sido contestada afirmativamente por todos los buques de su mando; lo que en el mudo pero elocuente lenguaje de los marinos significa: “¡No hay más ninguna orden que dar! Significa que los comandantes de buques quedan autorizados para mandar en jefe sus respectivos

bajeles, tomar la iniciativa y disponer lo que juzguen conveniente en el trágico proceso de un combate naval, en el cual, cada momento que transcurre trae consigo una alternativa, un accidente, o una circunstancia que requiere que cada comandante dé nuevas órdenes por sí mismo, adecuadas a la situación.

Y, ¿para qué más órdenes, cuando se ha dado la de ¡abordaje!? Esta se interpretaba por los que combatían en el mar, como la orden suprema de triunfar, cuyo cumplimiento equivalía a matar o morir.

En los combates navales no hay otra alternativa o escape habilidoso, que la de resignarse a morir; a caer en la lucha cuerpo a cuerpo, achicharrado por las llamaradas del incendio o ahogado entre las olas que hierven o se agitan enfurecidas en ese campo de batalla sin escape alguno.

¡Son valientes y heroicos los hombres que combaten en el mar!

Dada la orden de abordaje comenzó la batalla. Eran las 15:15. El cielo estaba sereno; el sol alumbraba ardorosamente aquel hermoso campo de batalla; el viento del NE inflaba las velas y sacudía el abanico de los cocoteros; y a las 15:45, cuando Laborde observó en la nave capitana de su rival la tremenda orden, ordenó a sus naves romper el fuego de cañón y a muy poco rato el de fusil, de un modo vivo e ininterrumpido. La escuadra republicana, acostumbrada a ver con desprecio estos fuegos, seguía siempre sobre ellos con la mayor serenidad, sin que se separase de su lugar ninguno de los nuestros y sin dispararles un tiro de pistola, hasta que estando a toca-penoles se rompió por parte republicana el fuego de cañón y fusilería, sin que se pueda decir qué fue primero, si abordar o batirlos.

El viento, propicio a la republicana, arrojó bocanadas de humo contra las naves españolas, cuyos comandantes dejaron de distinguir al enemigo, y dispararon sus cañones al azar, todos a un tiempo, para ver si podían contener un rato más las águilas que se les venían encima, con las alas abiertas y vomitando candela por sus bocas de fuego. ¡Empeño vano, porque las naves republicanas ya estaban cerca, y sus hombres venían resueltos a vencer o morir!

Veamos ahora lo que sucedía en Maracaibo y a bordo de las naves realistas.

Así como para describir lo que sucedió en el campo republicano, antes de comenzar la batalla, hemos seguido al oficial que escribió el diario a bordo de la nave capitana y la descripción de la misma que hemos leído en varias obras copiadas de la Gaceta Oficial de Bogotá, sigamos ahora para conocer lo que sucedía en el campo realista, la relación escrita por el mismo Laborde, publicada en La Habana cuatro meses después de la memorable acción naval.

El día anterior, cuando fondeó la escuadra realista en la costa que se extiende desde las baterías de Maracaibo hasta Buenavista y Capitán Chico, bajó a tierra el Capitán Laborde y se vio allí con el General Morales. No se vieron antes, pues el primero se había acuartelado en el castillo de San Carlos y el segundo andaba por las costas de Salina Rica y El Moján.

Estos dos Jefes, en cuyas manos estaba depositada la única esperanza de conservar el mando español en este país, en lugar de entrevistarse, verse, hablar, discutir y disponer lo que fuera mejor, se dedicaron a proferirse mutuos insultos y ofensas, como lo manifestó públicamente el intermediario, Coronel Narciso López. Olvidaron a la vieja España; solo se recordaron de sus intereses personales y se dejaron arrastrar por sus propias pasiones.

Morales estaba resentido contra el gobierno español porque lo había puesto bajo la dirección de Laborde, y este estaba disgustado porque Morales no le obedecía como era su deber. Por otra parte, Laborde estaba envanecido con su triunfo de Puerto Cabello en mayo de 1823 sobre la escuadrilla de Danells, y despreciaba al “zambo” Padilla, a quien el periódico “Posta Español”, de Maracaibo, llamaba “mulato” y “zambo”, “engreído” y “ambicioso”. Laborde creyó que realmente Padilla era un zambo vanidoso, fácil presa de sus subalternos.

Laborde bajó a tierra en la tarde del 23 de julio y en el paraje llamado Atillo se entrevistó con Morales, a quien propuso una

rápida idea de ataque combinando las fuerzas de tierra con las de mar, según se lo sugirió la inspección del teatro de operaciones.

No llegaron a ningún acuerdo y quedaron de verse a la mañana siguiente en la costa lacustre llamada La Hoyada, donde hasta hace poco estuvieron las ruinas de la célebre casa que albergó a ambos jefes. Allí se reanudó la conferencia, conforme lo previsto, se examinó la propuesta de Laborde y se estudió la situación con el objeto de llegar a una resolución.

De la información, de Laborde se deduce que tampoco se llegó a ninguna determinación, y señala que a las once de la mañana su ayudante le informó que el viento había saltado del NO para el NE y que, a favor de este, las naves republicanas maniobraban para darse a la vela. Habían perdido, pues, los realistas, el viento favorable, y con la oportunidad de atacar con buen viento en la mañana, como hizo Padilla en la tarde. Discutían como los conejos de la fábula, mientras los lebreles avanzaban.

Siguiendo la relación mencionada, decimos que cuando el ayudante dio a Laborde la información anterior, cesó la conferencia y el Jefe de la Escuadra se dirigió a la orilla, se embarcó en el esquife “Resistencia” y llegó a bordo de la goleta “Especuladora”. Dio las órdenes del caso para rechazar el ataque y se dirigió al Norte en el mismo esquife ordenándole al patrón que lo llevara a Capitán Chico, donde se encontraba la escuadrilla sutil española.

Ordenó al jefe de esta colocar las naves en línea normal con la línea de batalla; es decir, en dirección Oeste-Este, a partir del buque más al Norte de la línea de buques mayores, hacia el Oeste, apuntando al Norte hacia la escuadrilla sutil republicana. Cuando la escuadrilla sutil maniobró para cumplir esta orden, se dejó ver que la similar republicana se le venía encima. Estas dos escuadrillas fueron las que primeramente se cruzaron los fuegos.

Empezado el fuego en el extremo Norte, Laborde se embarcó en su nave insignia (que era la goleta “Especuladora”); dispuso que sus barcos se acoderaran y ordenó tocar zafarrancho de combate.

Tales maniobras y señales, teniendo a la vista la escuadra republicana, muestran que Laborde abrigaba pocas esperanzas de



La Escuadra Republicana prosiguió avanzando con la mayor serenidad, hasta que estando ya a poca procel, rompió el fuego de cañón y fusilería sobre la Escuadra Realista, y se trabó en embravecido combate. Fotocopia de un dibujo existente en el Museo Bolivariano de Caracas.

triunfar y que apenas estaba animado por combatir para salvar el prestigio de sus armas. Comprendía que ya no era la hora de vencer, sino que debía luchar para dejar a salvo el honor de su bandera y satisfacer las ansias de sus subalternos que querían pelear como bravos y como militares de escuela y tradición.

Es verdad que las condiciones atmosféricas y meteorológicas le eran adversas, pero durante las horas de la mañana cuando la marea y el viento le fueron propicios, no ordenó ninguna maniobra que pusiera a sus naves al abrigo de una acometida eficaz y decisiva de los republicanos.

Más aún, debe tenerse en cuenta que aquellos soldados y marinos que setenta y un días antes habían forzado La Barra y El Tablazo, eran de la misma clase y de la misma cepa de los que mandaba Laborde, y que si los realistas defendían un derecho secular de ocupación, los republicanos defendían el más sagrado de ser libres y dueños soberanos de su tierra nativa, de igual manera y por las mismas razones sentimentales y políticas que los castellanos tuvieron para desalojar de la Península a los seculares invasores árabes que los dominaban.

Acaso las desavenencias entre Laborde y Morales, lejos de surgir del fondo de sus corazones resentidos y de la efervescencia de las rivalidades encrespadas, tenían como causa justa y lógica el convencimiento de que los marinos y soldados republicanos que forzaron La Barra y el canal de El Tablazo, a despecho de las baterías de los castillos y de la defensa que de esas posiciones hizo el Teniente de Fragata Francisco Sales de Echevarría, eran capaces de enfrentarse y destruir las naves españolas, con la misma facilidad con la que habían burlado los fuegos de los castillos y las naves apostadas en la ensenada Zapara, y que tenían el derecho de vencer, y de antemano asegurado el triunfo.

Un análisis crítico de las circunstancias que rodearon a las fuerzas en las batallas de Carabobo, Ayacucho y Naval del Lago de Maracaibo, encontrará algunas semejanzas entre ellas y tal vez se pudiera llegar a la noción de que en las tres obraba una fuerza suprema que dirigía y encaminaba a sus actores.

Nuestra historia revela que de no haber surgido en el campo realista las desavenencias entre de la Torre y Morales acerca del plan de batalla; de no haber ocurrido entre el Virrey Laserna y el General Valdez el desacuerdo respecto a la de Ayacucho, y de no haber habido las fricciones de Morales con Laborde, tal vez las tres batallas decisivas habrían tenido un fin diferente.

Este modo de juzgar la suerte de aquellas tres memorables acciones que señalaron —cada una— un épico hito histórico en la gesta emancipadora de América, es un tributo de justicia a quienes vinieron a estas tierras y a estos mares americanos a cumplir su deber con esfuerzo digno de titanes, con valor rayano en heroísmo y con toda la lealtad de que eran capaces los militares españoles.

Reconocer con entera justicia el valor heroico de los realistas en las acciones de nuestras guerras de independencia, es hacer igualmente justicia a nuestros libertadores. Y, a propósito de esto, recordemos aquella frase irónica y de admirable sabor romántico del heroico paladín de la Campaña Admirable, cuando en la cima del cerro de Bárbula, a la cual llegó ascendiendo por sus flancos escarpados y barridos con la metralla de los realistas, exclamó: “Vea, compañero, cómo huyen estos cobardes”.

Girardot medía el valor del enemigo con la medida de su propio heroísmo; y esta frase loaba y ensalzaba más bien a los que corrían ante la formidable acometida de los republicanos. Eran ambos soldados dignos de su raza, de su tradición, de sus respectivas causas. Tan valientes fueron en esta acción los realistas como los republicanos. Así fue en Carabobo, Ayacucho y la Batalla Naval del Lago de Maracaibo.

El Capitán Laborde emplea la mitad de su narración describiendo las maniobras de sus buques poco antes de la batalla, e informa que el viento del NE arrojaba el humo de los cañones republicanos sobre la goleta “Especuladora” y no podía atinar con los suyos; pero al aclarar pudo verja lucha de su buque “San Carlos” con el bergantín “Independiente”, trabados en bravo combate y pudo observar claramente el incendio del primero.

Vio también la captura del “Esperanza” por “La Emprendedora”; la rendición del bergantín “General Riego”, y la insurrección de la tripulación de su propio barco que se amotinó, y echándose a tierra se evadió por entre los zarzales de La Cotorrera y penetró en la urbe por los lados de El Milagro.

Cuenta que él, en persona, eficazmente ayudado por el Capitán José Vilanova, sable en mano, trataron esforzadamente de someter a los amotinados, sin conseguirlo, pues todos abandonaron la nave insignia. En esta emergencia “La Especuladora” se lanzó de proa contra la playa y los tripulantes desembarcaron.

Laborde, al comentar el parte de batalla dirigido por Padilla al Ministro de Guerra dice que todo es exacto, pero lo único que no es así, es el empleo de la palabra huir, referida al abandono de la goleta de su mando personal, pues si bien es verdad que la tripulación abandonó la nave (él inclusivamente) fue porque se varó.

Desde ese momento hasta que Laborde abandonó la ciudad y se embarcó para el extranjero (Curazao), él y Morales no hicieron más que atribuirse mutuamente la derrota. Cada uno decía que el desastre se debía a la torpeza, impericia y negligencia del otro.

Volvamos a la narración, de acuerdo con el Diario de Operaciones de la escuadra republicana.

A las 15:45 se rompieron los fuegos en las naves mayores españolas, pues en las fuerzas sutiles empezaron unos minutos antes contra las fuerzas de Chitty. Cinco minutos después se generalizó el fuego de los fusiles y cañones en todas las naves. Los barcos republicanos, a pesar de tan tremenda defensa, avanzaban sin disparar, hasta que se encontraron a tiro de pistola. En los barcos independientes no se oía en esos momentos sino los toques del clarín de órdenes, y las voces de mando de los oficiales, y cuando estuvieron a toca-penoles se oyó la orden de ¡Fuego! y seguidamente la de ¡Abordaje!

La artillería rompió los fuegos con las piezas de estribor. Las naves realistas dispararon las andanadas de un flanco y al no poder virar, se limitaron a defenderse con fusilería, mientras llegaba la hora del abordaje. Este se produjo seguidamente, se abarloaron las

naves, saltaron los unos a la cubierta de los otros; se confundieron las tripulaciones en un abrazo mortal, para triunfar o morir.

El “Independiente” vació sus hombres sobre la cubierta del “San Carlos”, al cual rindió: el “Confianza” abordó a una goleta; el “Marte” atacó simultáneamente a las goletas “Mariana , María y Rayo”; la “Emprendedora” se trabó en furioso combate contra el “Esperanza”, cuyo comandante Federico Heytman, al verse perdido, lo hizo volar prendiendo fuego a su santabárbara; la “Manuela Chitty, y La Leona” se enfrentaron con las goletas “Zulia”, “Habanera y Liberal”, y así cada uno o cada par de barcos, se abrazaron para danzar sobre las tranquilas aguas del lago, en una contradanza trágica y espeluznante, que echaba afuera llamaradas, humo y cadáveres, y a los sones de la orquesta que tocaban los oficiales de ambos bandos, se prolongó la lucha tres horas, durante las cuales, los clarines republicanos tocaban sin cesar ¡degüello!

Los cañones cesaron de tronar, y solo hablaban los fusiles, las pistolas y las espadas, cuyos chasquidos se alternaban con los gritos, las maldiciones, los insultos y las imprecaciones de quienes iban cayendo y muriendo, a su vez, en su hora y en su sitio.

Las bocanadas de humo provenientes de los cañones y del incendio, cubrían el espacio y plenaban el paisaje de tal manera, que la población marabina aglomerada en las barriadas de El Milagro y La Cotorrera para contemplar el tremendo espectáculo, apenas podía ver unas masas amorfas y espesas de humo, las cuales a medida que eran dispersadas por la brisa, dejaban ver los destrozos de las naves y las llamaradas de los incendios, mientras que flotando, muertos y agonizantes, se veían los cadáveres y los heridos, en lucha contra el agua enrojecida por la sangre y ennegrecida por la ceniza de las naves.

Desde las azoteas de los edificios más altos, desde las torres de los templos, desde las copas de los árboles y cocoteros, la población presenciaba aquel terrible y amedrentador espectáculo, y sucedía que al aproximarse a tierra alguna nave realista era fogueada por los republicanos con rifles y pistolas y a la inversa, cuando la nave era

republicana. Era un combate mixto: de mar y tierra, de soldados, marinos y civiles, cada quien en defensa de sus respectivos ideales.

La goleta republicana “Antonia Manuela” quedó severamente dañada; fue abordada por los infantes de la “Zulia”, sin dejar a bordo ni un grumete con vida⁴⁷; todo ser viviente cayó bajo el golpe del sable o de la faca, en aquella nave republicana; pero al acudir en su auxilio la goleta “Leona” y un bote armado del “Independiente”, aquella con sus fuegos protegió a este, que la recuperó inmediatamente.

Los realistas se vieron en circunstancias muy angustiosas; en medio del fuego y perdidas las esperanzas de salvarse al ancla, picaron los cabos tratando de dar la vela, pero con poco éxito. Del bergantín San Carlos se arrojaron al agua casi todos sus tripulantes y ganaron la orilla a nado. Las naves “Guaireña”, “Maracaibera” y “Atrevida” pudieron maniobrar y se introdujeron dentro de la bahía, donde se guarnecieron, pero la Atrevida” averiada por bala de cañón tuvo que vararse en la playa de Los Haticos; el bergantín “Esperanza” voló y desapareció entre las llamas del incendio; y el resto de las naves fue capturado.

La batalla terminó a las 18:45. El bergantín “Independiente” se fondeó a tiro de pistola de las baterías de La Muralla, frente al Bajito, sin ser molestado por los cañones de la misma, cuyas dotaciones la abandonaron y se adentraron en la urbe, junto con los fugitivos de las, naves realistas. Sobre la superficie del lago flotaban los cadáveres, mástiles, velas y jarcias todas rotas y destrozadas. Algunas naves realistas huyeron hacia el Norte.

El Almirante Padilla ordenó reunión para recoger las presas, socorrer a los heridos y trasladar todo a los Puertos de Altagracia, y dispuso con parte de la tripulación el salvamento de las naves varadas en la costa.

El bergantín “Independiente”, que era su buque insignia aunque bastante dañado, podía navegar y Padilla regresó en él a su

47 Esta información anotada en el “Diario de Operaciones de la escuadra de Padilla” es desmentida por Laborde en su exposición.

base al siguiente día. La mayor parte de las naves republicanas y las apresadas enemigas útiles, fueron reunidas en los Puertos de Altagracia y posteriormente reparadas.

Padilla dice que en esta gloriosa, heroica y memorable acción, los republicanos tuvieron 44 muertos entre oficiales, tripulación y tropa, 119 heridos y un oficial contuso, al paso que en los realistas hubo 800, entre muertos y heridos, habiendo sido hechos prisioneros 69 oficiales y 369 entre soldados y marineros, 8 de aquellos y 10 de éstos heridos.

¿Qué fue del Capitán Laborde? Cuando se le amotinaron sus subalternos, según se dijo, desembarcaron y se retiraron a tierra y fueron a refugiarse dentro de la urbe marabina. También Laborde se internó, pero por temor a alguna brutal agresión por parte de Morales, se dirigió por tierra hasta El Moján, donde se embarcó para el castillo San Carlos y desde aquí se dirigió a Curazao y después a La Habana, acompañado de algunos oficiales. El 3 de agosto se firmó la capitulación, y más tarde Morales se dirigió a La Habana, y entre los oficiales que le acompañaban iba el Coronel Narciso López, quien posteriormente desempeñó sobresaliente papel en la independencia de Cuba.

Los soldados y marinos a las órdenes de Padilla habían culminado su campaña con la resonante y gran victoria y dieron glorias a la República de Colombia creada por el genio de Bolívar y sostenida por su espada, su talento y su abnegación.

Con ello se coronaban los anhelos de los militares, marinos y civiles que en actuación conjunta y coordinada contribuyeron a este gran triunfo, y se retiraron a sus bases con la satisfacción del deber cumplido.

Tal fue la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, donde se rubricó y selló nuestra Independencia, librada el mismo día que vino al mundo nuestro Libertador Simón Bolívar, el gran ejecutor de este movimiento de liberación.

Vemos, pues, que nuestro país fue descubierto por el mar, conquistado y colonizado por fuerzas que llegaron a través del mar, y clausurada su guerra de Independencia en una batalla

librada en el mar. El mar ha estado siempre presente en todos los grandes acontecimientos de nuestra historia y al mar estamos ligados por nuestra configuración geográfica y nuestra estructura política y económica.

La Batalla dio un golpe de muerte al poder naval español en la Gran Colombia. Privados del dominio del mar no pudieron ejercer en adelante acciones eficaces contra nuestra soberanía.

Quedaba únicamente por conquistar la fortaleza de Puerto Cabello, último baluarte todavía en poder de los realistas, en el vasto territorio comprendido entre las desembocaduras del Guayas y del Esequibo. Defendida tenazmente por el general Sebastián de la Calzada, fue tomada por asalto por las fuerzas del General Páez el 8 de noviembre de 1823. Los realistas rindieron las armas y entregaron el castillo por medio de una honrosa capitulación, con la cual se concluyó la guerra de la Independencia de la Gran Colombia.

En el futuro las armas republicanas se emplearon para contrarrestar las guerrillas que los realistas mantuvieron con gran tenacidad, y para acudir en apoyo de otros pueblos en las luchas por su libertad.

XIII. Comentarios y anécdotas

La victoria naval del Lago de Maracaibo, a la cual siguió la capitulación celebrada el 3 de agosto de 1823, tuvo gran resonancia dentro y fuera de Venezuela. En Bogotá, Caracas, Lima y Panamá fue celebrada con rumbosos y patrióticos festejos; la musa echó a volar sus rimas, los escritores publicaron grandes loas a los vencedores y las autoridades dispensaron calurosos homenajes a los héroes de tan gloriosa jornada. En Willemstad, en Santo Tomás y en la isla de Trinidad, hubo también lucidos festejos en los que participaron las autoridades, el pueblo y gente de importancia.

El gobierno central decretó honores para todos los vencedores, a quienes consideró “beneméritos de la Patria” y merecedores de la Estrella de los Libertadores. En fin, el triunfo moral y material de Maracaibo tuvo gran trascendencia en lo nacional e internacional.

En lo nacional, liquidó definitivamente el dominio español en Venezuela y afianzó decisivamente nuestra independencia política. En la batalla de Carabobo tomó parte aproximadamente el treinta por ciento del total de los efectivos realistas de Venezuela. Después de la batalla de Carabobo hasta la de Maracaibo se libraron en territorio venezolano más de cincuenta y cuatro combates terrestres y navales, lo que prueba manifiestamente que la batalla de Carabobo no concluyó con el poderío español en nuestro país. La batalla naval de Maracaibo constituyó el golpe de gracia dado al nudo vital del dominio español en Venezuela.

La batalla de Carabobo no hizo otra cosa que transformar la guerra de continental en marítima y así fue reconocido por el Ilustre Prócer Coronel Pedro Briceño Méndez, cuando en la memoria presentada al Congreso por la Secretaría de Marina el 18 de abril del 1823, expresó: “Nuestra situación reclamaba, sin embargo, una escuadra, porque la batalla de Carabobo había cambiado el carácter de nuestra guerra, haciéndola pasar de continental a marítima”⁴⁸.

En lo internacional dio seguridad político-estratégica a la campaña de nuestro Libertador en el Perú. Esto fue corroborado, por nuestro Libertador Simón Bolívar cuando, en la carta a Sucre, decía: Mientras no se haya decidido la batalla contra Morales no podemos contar con seguridad en el Sur”⁴⁹. Además facilitó y aceleró la libertad de este país y evitó una guerra en dos frentes, porque si Padilla y Manrique hubieran sido vencidos, la reacción realista hubiera tomado cuerpo y dado lugar al atraso en los triunfos de Junín y Ayacucho, a la liberación del Perú y Bolivia y, por lo tanto, a la liberación política de la América Hispana.

Se cuenta que el General Morales subió en su caballo de guerra a la colina de La Cotorrera y desde allí presenció la batalla y permaneció erecto, como una estatua de bronce, durante el tiempo que duró la acción. Del mismo modo el General Manrique, del otro lado del estrecho o garganta, sobre la cima del cerro El Vomitón, cerca de los Puertos de Altagracia y también a caballo, presenció la célebre acción. Al finalizar la batalla, las impresiones de ambos eran opuestas. Morales sentía en su alma el ardor de la ira, la vergüenza y el despecho, mientras que el valiente Manrique sentía en su corazón de patriota las emociones del triunfo.

48 Revista de la Marina, 5, del 24 de julio del 1967, Órgano de la Marina de Guerra de Venezuela, pág. 2.

49 Carta de Bolívar a Sucre, fechada en Guayaquil el 24 de mayo del 1823. Simón Bolívar, *Obras completas*, 639, tomo I, pág. 750. Editorial Lex. La Habana, Cuba, 1947.

Otro episodio muy heroico y romántico, digno de conservarse esculpido en mármol o en bronce, es el de los hermanos Pedro y Lucas Caldera, tripulantes de la nave republicana “Confianza”, quienes habían salido con permiso para su hogar el día antes de la batalla, pero debido al retraso involuntario, llegaron a la orilla del lago cuando ya la nave había zarpado y aún se encontraba a corta distancia de la costa.

En el acto se resolvieron alcanzarla a nado y se arrojaron rápidamente al agua. Nadaron con bríos durante una hora y Lucas, cansado y agotado, fue recogido en las espaldas de su hermano Pedro y como se sintiesen ambos desfallecer, Lucas dijo a Pedro: “Sigue tú solo Pedro, pues yo no puedo más”. “Sigue tú y peleas por los dos”. Lucas se hundió y desapareció. Pedro pudo llegar a nado hasta la nave e incorporarse a su cuerpo y pelear con redoblado brío como se lo había encargado su hermano. Y el triunfo coronó sus esfuerzos.

La Patria recuerda el nombre de estos dos valientes zulianos, de cuya fibra patriótica estaban hechos los soldados de la independencia y no ha olvidado tampoco a José Padilla, Renato Beluche, Felipe Bautista, Tomas Vega, Pedro Lucas Urribarri, Manuel Valbuena, Walter Chitty y ese brillante conjunto de esforzados marinos, soldados y civiles que acoplaron en un solo empeño la obra titánica y heroica de batir y destruir a la escuadra realista (última esperanza de la reacción de la monarquía en Venezuela), y de conquistar y ocupar la provincia de Maracaibo.

Esta zona, con sus barras y estrechos, constituía el penúltimo baluarte de la monarquía en nuestro país, puesta a la luz de entre la obscura masa del misterioso océano por las naves de Rodrigo de Bastidas, Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa y Cristóbal Guerra, castellanos de pura cepa hispana, que agregaron un continente al imperio español, iniciado en la empresa de Granada en diciembre del 1491, postrero y último del secular señorío de la raza agarena y del Islam en la Península Ibérica.

¡Gloria sea dada eternamente a los heroicos y denodados luchadores que al mando del marino riohachense José Padilla,

combatieron y triunfaron en la inmortal Batalla Naval del Lago de Maracaibo!

El ilustre escritor francés Lamartine, en su biografía de Nelson, se expresó en los siguientes términos acerca de los héroes navales:

De todos los guerreros que han descollado en las contiendas entre las naciones los que han despertado en nuestra conciencia más interés y fascinación son los héroes del mar. La majestuosidad, el poder, la movilidad, la violenta fuerza del elemento donde actúan, parece elevarlos por encima de los demás. No es esto mera ilusión, sino más bien una estimación justa de su gloria. La grandeza y la gran variedad de las facultades naturales o adquiridas que es preciso que concurren en un mismo hombre, para hacer de él un héroe de los mares, apabulla el ánimo e imposibilita el paralelo del marino perfecto con el hombre de guerra ordinario”.

“El uno solo requiere cierta clase de heroísmo: el que desafía la muerte y el que desafía los elementos; pero el corazón que basta al que combate en tierra, no es suficiente para el que lo hace en los mares”.

“Para el jefe que dirige una maniobra o el fuego, sobre el puente de un Navío de guerra o sobre el puente de un Navío insignia, son tan necesarias las cualidades de la inteligencia y el carácter, como el valor: la ciencia, para determinar su situación y rumbo por medio de los astros; la vigilancia, para dar seguridad a la navegación a través de los vientos, de los arrecifes, de los escollos; el conocimiento y el manejo preciso y seguro de la caña, que hace mover como un instrumento esa máquina, casi animada, que se llama un Navío de guerra; el ardor, para volar al fuego a través de la tempestad y a la muerte a través de otra muerte; la sangre fría, para mantener el golpe de vista que lanza o detiene el golpe; el celo, que se exalta con la incertidumbre de perecer y que arroja al fondo del incendio y del plomo para quemar su propio puente bajo su planta, sacrificando su Navío a la suerte de la flota; la autoridad de mando, que hace respetar y conocer la salvación de todos en la voz de uno solo; la decisión, que obra antes de deliberar con la seguridad e infalibilidad de un instinto; la obediencia, que

domina el sentimiento propio y muchas veces contrario a la ciega santidad del mando superior; la disciplina, que vive de la justicia y que hiere aquello mismo que ella excusa, para mostrar a todos la igualdad de la regla; la serenidad del semblante, en medio de las explosiones y mil variadas situaciones del combate, aunque el corazón esté angustiado, para inspirar confianza en la mirada del jefe; la gracia varonil y digna del carácter, para conservar la familiaridad de a bordo, ese prestigio que los generales de tierra conservan manteniéndose alejados y que los jefes de mar tienen que mantener frente a frente de las tripulaciones que los rodean a cada instante; prudente audacia de esas responsabilidades imprevisas que exigen una decisión propia, cuando se encuentra muy alejado de su gobierno”.

“El marino encara las responsabilidades que concentran en una maniobra y en un solo hombre la supervivencia o la destrucción de un imperio; los desastres inesperados; las lúgubres noches que separan los buques, las violentas tempestades que los averían, los incendios que los devoran, las corrientes que los encallan, las calmas que los inmovilizan, los escollos que los destrozan, a todos los cuales tienen que prever, reparar y soportar con el estoicismo, serenidad, constancia y valor del hombre que lucha cuerpo a cuerpo con el destino”.

“Un puente estrecho y casi sin testigo por todo campo de batalla; una gloria difícil que se conquista minuto tras minuto y que se pierde en un momento que algunas veces no llega a oídos de la patria; una muerte lejos de los seres queridos, una sepultura en las profundidades del mar, arrojada a la costa cual un resto de naufragio. ¡Así es el hombre de mar! Cien peligros por una gloria, diez héroes en un solo hombre”.

“Tales han sido los grandes marinos de todo el mundo”. Así fueron Padilla, Beluche, Chitty, Valbuena, Urribarri, que dieron gloria, prestigio y fama a nuestro gentilicio y que sacrificaron la tranquilidad de sus vidas para legarnos una patria activa y pujante, independiente y vigorosa.

Apéndice I

Para mejor comprensión de los grados militares que regían en las fuerzas realistas de la época, copiamos seguidamente dichas jerarquías tanto en la marina como en el ejército⁵⁰.

Artículo 1. Las clases de Oficiales de la Armada y su correspondencia con las del Ejército, serán las siguientes:

Clases

Capitán General de la Armada

Teniente General

Jefe de Escuadra

Brigadier

Capitán de Navío

Capitán de Fragata

Teniente de Navío

Teniente de Fragata

Alférez de Navío

Alférez de Fragata

Correspondencia

Capitán General de los Ejércitos

Teniente General

Mariscal de Campo

Brigadier

Coronel

Teniente Coronel

Capitán

Último Capitán de Ejercicio

Teniente

Alférez

50 "Ordenanzas Generales de la Armada Naval", promulgadas por Carlos IV, Tomo I, Artículo 1, pág. 4. Imprenta de la viuda Joachin Ibarra, 1793. Madrid, España.

Apéndice II

COPIA DEL ACTA DE JUNTA DE GUERRA, EN LA QUE SE DECIDIÓ FORZAR LA BARRA DE MARACAIBO⁵¹

En la Punta de Los Taques, a los tres días del mes de mayo de mil ochocientos veintitrés, el señor Comandante General de la Escuadra en operaciones sobre el Zulia, Benemérito Coronel José Padilla, hallándose a bordo de esta corbeta de guerra “Constitución”, acaba de recibir del señor Capitán de Navío Renato Beluche, Comandante del bergantín “Independencia”, que en este momento ha llegado de La Guaira, a donde fue en comisión del servicio, el oficio o parte adjunto que siendo de tantísima entidad cuanto contiene, dispuso el señor Comandante General llamar a todos los señores Comandantes de buques y demás oficiales de guerra de la escuadra, y reunidos en junta, imponerles del expresado oficio, objeto con que nos hallamos en este bloqueo, fuerzas que en el día tenemos, las instrucciones con que se halla el señor General Comandante General del Ejército Mariano Montilla, y todo cuanto conduzca a que manifieste cada uno su opinión en orden a si consideran suficiente la fuerza con que nos hallamos para forzar La Barra de Maracaibo; si podremos subsistir en este bloqueo atendidas las con que hoy se halla el enemigo, o si debemos retirarnos.

51 *Nuestros próceres navales*, por Francisco Alejandro Vargas. Imprenta Nacional. Caracas, pág. 161.

Y habiéndose en efecto dado la orden correspondiente, se reunieron todos los señores Comandantes y oficiales en Junta de Guerra, y después que dicho señor Comandante General les anunció el objeto que le había movido a ese procedimiento, me previno que, como secretario, leyese en voz clara e inteligible el citado oficio e instrucciones, lo cual se verificó inmediatamente, y concluida la lectura, prosiguió el señor Comandante General manifestando lo expresado anteriormente, por cuya razón entraron todos a discutir la materia, y resultó lo siguiente:

“El señor Capitán de Navío Beluche dijo que era de parecer se pusiese por obra el forzar la Barra y ocupar la laguna de Maracaibo, porque de este modo nada menos se consigue que salvar la patria, que por ahora está en peligro con las mayores fuerzas del enemigo por el mar, añadiendo que no debe perderse un momento.

“El señor Capitán de Fragata Gualterio D. Chitty, Comandante de la corbeta “Constitución”, se unió al anterior concepto del señor Beluche.

“El señor Capitán de Fragata J. Bluck, Comandante de la Goleta “Espartana”, dijo lo mismo.

“El señor Pilot, Comandante de la “Independencia” dijo lo propio.

“El Teniente de Navío Pedro Uribarry, id.

“El Alférez de Navío Felipe Baptista, id.

“El Capitán de Infantería de Marina Pedro Herrera, id.

“El Alférez de Navío Francisco Padilla, id.

“El Alférez de Navío Pablo Morales, id.

“El Alférez de Navío Carlos Litle, id.

“El Alférez de Fragata J. María Iglesias, id.

“El Alférez de Infantería Joaquín García, id.

“El Subteniente de Bergantín “Marte”, lo mismo.

“El Alférez de Fragata Santiago Dupont, id.

“El Alférez de Fragata Antonio Cantiño, id.

“Y estando todos de un mismo modo de pensar los señores Comandante General y Mayor General de esta Escuadra manifestaron también que su concepto era el que a costa de cualquier sacrificio se procediera forzar la Barra y ocupar la laguna con las fuerzas que tenemos en este Puerto, aun cuando no sea seguro y sí expuesto el golpe, pero que es preciso hacerlo así en obsequio de la salud de la patria y del honor de las armas de Colombia, pues siendo ya demasiado superiores las fuerzas militares enemigas con el apresamiento de nuestras corbetas de guerra “Carabobo” y “María Francisca”, son infructuosas las que nosotros tenemos en este bloqueo si no se toma la resolución indicada. En virtud de la cual firman todos esta Junta de Guerra por ante mí, el Secretario de la Comandancia General de la Escuadra”.

“José Padilla, R. Beluche, Rafael Tono, Gualterio D. Chitty, J. Bluck, J. P. Pilot, Pedro Urribarri, Felipe Baptista, José Prados, Pedro Herrera, Francisco Padilla. Pablo Morales, Carlos Little, Joaquín García, Pedro María Iglesias. Por el Capitán del “Marte” 2º. Capitán Caminaty, Dupot, Antonio Cantiño, Alexandro Baldomero Salgado, Secretario de la Escuadra.

Apéndice III

Transcripción del Diario de Operaciones de la Escuadra de Operaciones sobre el Zulía. (Se transcribe la parte correspondiente al día 24 de julio de 1823, cuando se dio la Batalla Naval del Lago de Maracaibo).⁵²

DÍA 24

Los buques enemigos permanecían en el mismo lugar y el viento estaba al E. al amanecer.

Apenas permitían las claras del día distinguirse los colores de las banderas, se llamaron a los Comandantes de los buques, y el señor General, con motivo de lo ocurrido el día de ayer, dispuso que el Comandante de la “Espartana”, Capitán de Fragata Jayme Bluck, quedase a bordo del bergantín “Independiente” colocando en su lugar a su segundo el señor Marcy⁵³ R. Mankin y en lugar de este al señor Stag, ordenando al mismo tiempo que el Capitán de la “Leona” pasase al “Marte”, nombrando en su lugar también a su segundo señor Juan Macom⁵⁴, reemplazando el hueco que

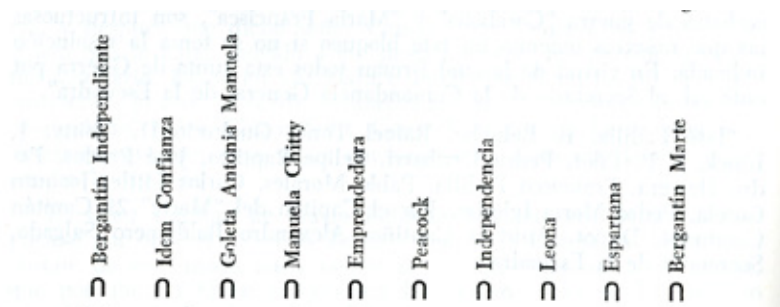
52 Fundación John Boulton. Sección Venezolana del Archivo de la Gran Colombia, A, CCCXLVHI, N.º 206-210.

53 En la Gaceta de Colombia No. 48 del 31 de agosto del 1823 aparece “Marey”.

54 En la Gaceta de Colombia ya citada aparece “Macan”: en otros documentos aparece John Mc. Kan.

este dejaba Jayme Stuard, oficial de la “Espartana”, destinando a este último buque al aspirante Santiago Moreno para que⁵⁵ entendiese en las señales.

No contento el señor General con esta mutación, dispuso también alterar el orden de batalla colocando los buques del modo⁵⁶ siguiente:



Persuadido que de este modo se lograría mejor la cooperación de todos.

A las diez y media el señor General Comandante General pasó en persona a bordo de todos los buques mayores y menores con el objeto de arengar a sus dotaciones y animarlos de un modo eficaz para que llegado el momento de atacar a los enemigos lo verificasen con intrepidez y entusiasmo.

A las diez y cuarenta rolo el viento al N. E., y a las diez y cincuenta se hizo la señal de prepararse a dar la vela, pero el viento se llamó al Sur flojo y se reservó la de levar hasta que se entablase o afirmase por donde nos fuera favorable. En efecto, a la una y cincuenta y cinco logramos nuestros deseos. El viento se afirmó por el N. E. y la marca vaciaba de suerte que lo que aquél nos podía sotaventar aquella nos aguantaba a barlovento. Todo nos era favorable y todo nos convidaba a atacar a los enemigos que

55 En la Gaceta de Colombia ya citada dice: “para que se entendiese en las señales”.

56 En la Gaceta de Colombia dice: “del modo que manifiesta el plano que se envía por separado persuadido, etc.”

se hallaban fondeados a nuestro frente en una línea paralela a la costa y próximos a ella.

Dos goletas ocupaban la cabeza meridional de la línea y a estas seguía el San Carlos, después una goleta y seguían alternativamente los bergantines-goletas y goletas, ocupando el otro extremo o retaguardia todas las fuerzas sutiles.

A las dos se mandó al Comandante de estas se levase y siguiese desde luego sobre las de igual clase enemigas, en atención a que por su menor andar debíamos adelantarlas.

A las dos y veinte se hizo la señal de dar la vela; a las dos y veinte y ocho la de formar en línea de frente para atacar a un mismo tiempo todos los buques enemigos que observando nuestros movimientos se acoderaron.

Algunos de los nuestros se atrasaban o no ocupaban sus lugares tan pronto como era necesario, seguramente por la falta de conocimientos en esta parte, pues que todos, todos, ardían por concluir con los enemigos; pero como el “Marte” estaba situado a barlovento y el bergantín “Independiente”, buque muy velero, a sotavento, fuimos proporcionando el andar de este de modo que quedase y siguiese perfectamente bien formada nuestra línea para lograr el plan que nos habíamos propuesto, sin que por esto se dejasen de hacer las señales que fueron menester para cada uno de los que se desviaban de su lugar.

A las tres y diez y siete se hizo la de abordar al enemigo y se dejó izada, no obstante haber sido contestada por todos los buques, para manifestarles que ninguna otra cosa nos restaba que hacer.

Formados como queda dicho nos dirigimos con el mayor denuedo sobre los enemigos de un modo el más hermoso. Ningún buque sana de su posición y todos iban sobre alguno de los enemigos.

A las tres y cuarenta y cinco empezaron éstos el fuego de cañón y a muy poco rato el de fusil, pero del modo más vivo y sin interrupción; más la escuadra de Colombia, acostumbrada a ver con desprecio sus fuegos, seguía siempre sobre ellos con la mayor serenidad, sin que se separase de su lugar ninguno de los nuestros

y sin tirarles un tiro de pistola, hasta que estando a toca penoles se rompió por nuestra parte el fuego de cañón y de fusilería sin que se pueda decir qué fue primero, si abordar o batirlos.

El bergantín “Independiente” se dirigió y rindió al San Carlos. El “Confianza” abordó valerosamente a una goleta. A la de tres palos “Emprendedora” se la rindió el bergantín-goleta “Esperanza”, pero que voló inmediatamente, dejando a esta, al “Marte” y a todos los demás cubiertos de humo sin que pueda en rigor decirse la conducta que observaban en aquellos momentos los demás buques, pero sí sabemos que el “Marte” batió completamente y rindió varios de los enemigos y que todos los demás cumplieron con sus deberes.

Los enemigos se vieron en las circunstancias más angustiadas. Del bergantín “San Carlos” se arrojaron al agua la mayor parte de su tripulación, la del bergantín-goleta fue por los elementos, la de los otros buques tuvieron la suerte que la del “San Carlos”, y la mar se veía cubierta de cadáveres y hombres nadando; cuadro, a la verdad, bien espantoso.

En medio del fuego y perdida la esperanza de salvarse al ancla, picaron los cables y trataron de hacerse a la vela, pero les fue en vano en lo general, pues que once buques de los mayores fueron hechos prisioneros, el bergantín goleta “Esperanza” voló y fue igualmente hecho presa un falucho de sus fuerzas sutiles.

La goleta “Antonia Manuela” tuvo la desgracia de que aprovechándose los enemigos de su mayor proximidad a ellos dicha goleta⁵⁷, la atacaron y abordaron, no perdonando persona alguna que encontraron, ni aún los heridos y muchachos de cámara, pero habiendo seguido en su auxilio la goleta “Leona” y un bote armado del “Independiente”, aquella con sus fuegos protegió a este que lo recuperó inmediatamente.

Tres goletas escaparon únicamente, las dos que estaban a vanguardia y la “Especuladora” que acercándose cuanto pudieron a tierra huyeron para Maracaibo junto con la “Guaireña”, “Atrevida

57 La expresión “dicha goleta” no aparece en la Gaceta de Colombia ya citada.

Maracaibera” y flotilla de faluchos y piraguas armadas, pero hechas pedazos y con muy poca gente.

El bergantín “Independiente” hizo un fuego horroroso sobre todas estas; el “Marte” sobre la “Especuladora” y sutiles, y sobre estas también las goletas Espartana y Leona”, como igualmente nuestras fuerzas sutiles que causaron daños de consideración, por un lado, y por otro marinaban las rendidas y algunas por rendir que cedieron a la bravura e intrepidez de sus⁵⁸ Comandantes dirigidos por su Comandante Gualterio de Chitty⁵⁹, Capitán de Fragata de la Armada Nacional de Colombia; pero⁶⁰ que en medio de la desgracia de los enemigos, tuvieron los que huyeron la tortura de que no se les echase a pique ni que se les desarbolasen durante el tiempo que se les fue batiendo por los buques citados, pudiendo llegar a la plaza favorecidos del poco fondo y bajos de la costa a las cinco y media, a cuya hora nos hallábamos a dos tercios del alcance del cañón que tienen allí de a 18, por cuya razón y la de estar ya los buques expresados en el puerto cesó el fuego, hicimos la señal de unión y seguimos sobre bordos a colocarnos en las proximidades de tres goletas presas que se hallaban varadas en las inmediaciones de Capitán Chico.

En esta gloriosa y memorable acción hemos tenido la pérdida de ocho oficiales y 36 individuos de tripulación y tropas muertos y 14 de los primeros y 105 de los segundos heridos, y un oficial más contuso, al paso que al enemigo le ha costado la horrorosa de más de ochocientos entre unos y otros, habiendo quedado además en nuestro poder 69 oficiales y trescientos sesenta y nueve entre soldados y marineros, ocho de aquellos y diez de éstos heridos.

A las seis y tres cuartos fondeamos en el paraje citado los bergantines “Independiente, Marte, Goleta Espartana, Leona, Peacock, y Emprendedora”, y se reunió también el Comandante de las fuerzas sutiles con algunos de sus buques, a quien se comisionó

58 En la Gaceta de Colombia dice “seis”, pero debe ser “sus”.

59 En la Gaceta de Colombia dice: “Walter D’ Chitty”. Se trata del capitán inglés Walter Davis Chitty.

60 En la Gaceta de Colombia está escrito “por” en vez de “pero”.

(Cortesía de la Fundación John Boulton).



Algun Oficial de la Espartera, desistiendo a ser tal
me dirigí al Espartero Domingo Colmenero, y le
entendí en la Usual.

Yo Convento al Sr. Fr. Convento monasterio
dispuso tambien abitar el ordo de la Penitencia de la
canda de Buzque de modo siguiente.

2. Prof. Volpert
 2. Dr. Pöppel
 2. Dr. P. Meier
 2. H. Meier, Leipzig
 2. Prof. Schindler
 2. Dr. K.
 2. Polysyllabismus
 2. (Gemein)
 2. Epigramm
 2. Prof. Dr. Bauer

[illegible][illegible][illegible][illegible]

Manuscript of the 1st. & 2nd. Volumes of the 1st. & 2nd. Ed.

para que salvase las goletas varadas, como en efecto lo logró a las tres y media de la mañana.

El resto de los buques de la escuadra, así mayores como menores, se dirigieron a la costa de Altagracia conduciendo las demás presas.

Apéndice IV

PROCLAMA DEL GENERAL PADILLA

José Padilla, de los Libertadores de Venezuela, condecorado con dos escudos de distinción, General de Brigada de los ejércitos de la República, Comandante general del 3er. Departamento de Marina y de la Escuadra de operaciones sobre el Zulia, &c.

A todos los señores Jefes, Oficiales, tripulaciones y tropas de la escuadra de su mando.

Compañeros: La puerta del honor está abierta: el enemigo nos ataca y nosotros lo esperamos (En el original de la copia, estos verbos aparecen en presente, muy usual en la época y aún hoy en día; pero es evidente que debería ser “nos atacará y nosotros lo esperaremos”, pues para la fecha el enemigo se encontraba en la ensenada de San Carlos, y el primer encuentro se efectuó el 23 de julio). ¿Qué mayor gloria podríamos desear? Superiores en fuerzas, valor y decisión (otras versiones de esta proclama dicen así: “Superior es su fuerza: de nosotros el valor y decisión:”. El Gran Almirante José Padilla, Documentos para la vida de este Procer por José P. Urueta, Edición Oficial. Cartagena, Colombia. Tip. de Antonio Araujo L., a cargo de O’Byrne. 1889, pág. 161), ¿le temeremos? No: ni el Gral. Padilla, ni los bravos que tiene la honra de mandar, vacilarán jamás al ver al enemigo a su frente; sino, por el contrario, ansían porque llegue este momento.

Compañeros, Yo estoy cierto que la suerte nos lo proporciona para descansar, y es seguro la victoria porque este es el último esfuerzo de nuestro agonizante enemigo: vuestro Gral. os acompañará como siempre hasta perder su existencia confiado en vuestro valor, y en la justicia de nuestra Causa.

Colombianos: morir o ser libres.

A bordo del Bergantín de guerra Independiente, al ancla en Punta de Palmas, julio 21 de 1823. 13º.

JOSÉ PADILLA

Es copia

Padilla

Fundación John Boulton. Sección Venezolana del Archivo de la Gran Colombia, A, CCCXLVI, 234

Índice de términos náuticos

A

Abarloar: Atracarse un buque a lo largo del costado de otro.

Acoderar: Amarrar un buque por la popa a otra embarcación, a tierra, a una boya o ancla con un cabo grueso llamado codera, para mantenerlo orientado en determinada dirección.

Abozar: Asegurar con los cabos llamados bozas.

Afeitar: Pasar un buque muy cerca de la tierra.

Aleta: Parte del costado de un buque, comprendida a 45° desde la popa hacia la proa.

Alijar: Sacar pesos de un buque.

Al paio: Mantenerse un buque estacionario con las velas desplegadas.

Amura: Parte del costado de un buque comprendida a 45° desde la proa hacia la popa.

Andanada: Descarga cerrada de las baterías de un mismo calibre de un buque.

Arboladura: Palos de un buque.

Arrejerado: Dícese de un buque cuando está fondeado con dos anclas por la proa y una por la popa.

Arribar: Llegar al destino. Cambiar de rumbo abriendo el ángulo que forma la dirección de la quilla con el viento.

B

Babor: Costado izquierdo de un buque mirando de popa a proa.

Bajamar: Nivel más bajo de la marea.

Barlovento: Lugar desde donde sopla el viento.

Bergantín: Buque de vela de dos palos: trinquete y mayor, además del bauprés, con velas cuadras en ambos; en el mayor usa una cangreja grande, si bien algunos de ellos llevan también otra mayor redonda para aprovechar mejor los vientos a un largo o en popa.

Bergantín-goleta: Es de construcción más fina que el bergantín redondo y con el palo mayor aparejado de goleta, así como el mesana si tiene tres.

Bongo: Embarcación pequeña y chata, a vela o a remo, que montaba un cañón a proa.

Bote: Embarcación menor a vela, remo o motor.

Brisa: Viento débil o moderado que sopla con regularidad.

Buque insignia: En un conjunto de naves, aquella desde la cual ejerce el mando el comandante de todas ellas.

C

Calado: Distancia vertical que hay desde la línea de flotación hasta la quilla.

Corbeta: Nave de inferior tonelaje que la fragata, de dos o tres palos, con velas cuadras en el trinquete y mayor, cangreja y mesana en el mesana y velas cuchillas, armada con doce a treinta y dos cañones.

D

Dar la vela: Desplegar el velamen para hacerse a la mar.

De la vuelta del Sur: Rumbo al Norte.

Desencallar: Salir un buque del lugar en el cual encalló. Sinónimo de zafar.

División o fuerza sutil: Grupo de naves pequeñas y muy ligeras y maniobrables. Equivale a fuerzas ligeras.

E

Encallar: Tocar fondo un buque. Sinónimo de varar.

Endilgarse: Dirigirse.

Escorar: Inclinar un buque hacia un costado.

Esquife: Embarcación pequeña a vela o remo.

Estribor: Costado derecho de un buque, mirando de popa a proa.

F

Falucho: Embarcación de pequeño tonelaje a vela o a remo.

Flechera: Embarcación ligera de guerra, usada en Venezuela, muy larga, angosta y de poco calado, con quilla, a remo o vela y que antiguamente iba tripulada por indios armados de flechas.

Forzar la vela: Aumentar el velamen para dar mayor velocidad.

Fragata: Buque grande de tres palos con velas cuadradas en todos ellos, de 600 a 700 toneladas, armada con treinta a cuarenta cañones. Veloz, de fácil manejo, destinado a misiones de exploración, vigilancia de bases enemigas y otras misiones similares a las que después se dedicó el crucero. Tripulado con 200 o 300 hombres.

G

Gavia: Segunda vela cuadra del palo mayor, contada de abajo hacia arriba.

Goleta: Buque de vela, cuyo tipo tradicional es de dos palos, foques, cangrejas y escandalosas. Armada con 6 a 8 cañones. Dentro del grupo de las goletas se encuentran: la goleta de velacho, con una o dos de tales velas en el trinquete, además de la cangreja, y cangreja y escandalosa en el mayor: la goleta de dos gavias, en la cual el trinquete es con cangreja y escandalosa, y el mayor con gavias y cangrejas; la goleta de tres palos, izando en todos cangreja y escandalosa.

L

Lancha: Embarcación menor a vela o a remo.

Línea de frente: Formación de buques cuando van colocados uno al lado del otro, marcándose entre sí a 90° o 270° relativos.

Línea de fila: Formación de buques cuando van colocados uno detrás del otro, marcándose entre sí a 000° o 180° relativos.

M

Mastelero: Palo que va colocado sobre el palo trinquete, mayor o mesana.

Meridiano: Círculo máximo que rodea a la tierra pasando por los polos.

Mesana: Tercer palo de proa a popa en un buque de tres palos.

Milla náutica: Unidad de longitud en el mar; tiene 1.852,2 metros. Equivale a un minuto de arco.

N

Nudo: Unidad de velocidad; equivale a una milla por hora.

O

Obús: Pieza de artillería para arrojar granadas, cuyo largo relativo al calibre es mayor que el del mortero y menor que el del cañón.

Orzar: Cambiar de rumbo cerrando el ángulo que forma la quilla con la dirección del viento.

P

Paralelo: Círculos menores paralelos al Ecuador.

A palo seco: Dícese de un buque cuando navega impulsado por la fuerza que el viento ejerce sobre la arboladura, jarcia y cabullería, con las velas aferradas.

Pleamar: Nivel más alto de la marea.

Piragua: Pequeña embarcación a vela con un palo y dos velas cuchillas.

Ponerse en facha: Colocar las velas perpendicular a la dirección desde donde sopla el viento para detener el buque.

Popa: Parte trasera de un buque.

Proa: Parte delantera de un buque.

R

Recalar: Llegar al destino.

Rolar: Cambiar de dirección el viento.

S

Sondear: Medir la profundidad del agua.

Sotavento: Lugar hacia donde sopla el viento.

T

A toca-penol: Estar un buque de vela arrimado al costado de otro.

V

Varar: Tocar fondo un buque. Sinónimo de encallar.

Velacho: Segunda vela cuadra del palo trinquete, contada de abajo hacia arriba.

Z

Zafar: Sinónimo de desencallar.

Zafarrancho de combate: Voz de mando que indica hacer todos los preparativos y ocupar todos los puestos para combatir.

Bibliografía

- BARALT, Rafael María: *Obras completas*, Historia, Tomo II, Ediciones de la Universidad del Zulla, Imprenta Clarasó, Barcelona, España, 1960.
- BELUCHE, Isidro M.: *Abordajes*. Imprenta de la Marina. Caracas, 1960.
- BESSON, Juan: *Historia del Zulia*, Tomo II, Editorial Hermanos Belloso Rossell, Maracaibo, Venezuela, 1945.
- BOLÍVAR, Simón: *Obras completas*, Tomo I, Editorial Lex. La Habana, Cuba, 1947.
- BRICEÑO IRAGORRY, Mario: *Tapices de historia patria*. Editorial Suramérica. Caracas, 1934.
- BRICEÑO VALERO, Américo: *La cuesta del judío*.
- CUARTO, Carlos: "Ordenanzas Generales de la Armada Naval". Imprenta de la viuda de don Joachin Ibarra, 1793, Madrid, España.
- GIL FORTOUL, José: *Historia constitucional de Venezuela*. Tomo I. 59 Edición. Ediciones Sales, Caracas, Venezuela, 1964.
- LABORDE, Capitán de Navío Ángel: "Contestación del Capitán de Navío don Ángel Laborde, Segundo Jefe de las Fuerzas Navales de la América Septentrional a las inculpaciones que indirectamente le hace el Mariscal de Campo D. Francisco Tomás Morales, ex-Capitán General de las Provincias de Venezuela", en su Parte del 31 de agosto del presente año, dirigido al

- Exorno. Sr. Capitán General de la Isla de Cuba. New York, George Long, impresor, 1823. Reproducido en el Boletín No. 127 de la Academia Nacional de la Historia, Tomo XXXII, julio-setiembre, 1949, Caracas, Venezuela.
- LABORDE, Capitán de Navío Ángel: "Opúsculo histórico acerca de los principales sucesos de la reciente guerra hecha en las provincias de Venezuela, etc.". Manuscritos 1828. Museo Naval, Ministerio de Marina, Madrid, España. Copia mecanográfica existente en la Biblioteca del autor y en la Academia Nacional de la Historia.
- LANDAETA ROSALES, General Manuel: *Gran compilación geográfica, estadística e histórica de Venezuela*. Tomo II. Imprenta Bolívar, 1889. Ediciones patrocinadas por el Banco Central de Venezuela. Reproducido en el 1963.
- LÓPEZ CONTRERAS, General de Brigada Eleazar: *Bolívar, conductor de tropas*. Editorial Elite, Lit. y Tip. Vargas, Caracas, 1930.
- NECTARIO MARÍA, Hermano: *Los orígenes de Maracaibo*. Publicación de la Junta Cultural de la Universidad del Zulia. Talleres Gráficos. Juan Bravo, 3, Madrid, España, 1959.
- MIJARES, Augusto: *El Libertador*, Segunda Edición. Editorial Arte. Caracas, 1965.
- O'LEARY, General Daniel F.: *Memorias*, Tomo III, Imprenta Nacional, 1952.
- ORTEGA RICAURTE, Enrique: *Bloqueo, rendición y ocupación de Maracaibo por la Armada Colombiana*. Imprenta del Archivo Nacional, Bogotá, 1947.
- OTERO D'COSTA, Enrique: *Vida del Almirante José Padilla*. Imprenta Departamental, Manizales, Colombia, 1921.
- VARGAS, Teniente Francisco Alejandro: *Historia naval de Venezuela*. Tomo II. Publicaciones de las Fuerzas Navales de la República de Venezuela. Imprenta de la Marina, 1961.
- VARGAS, Teniente Francisco Alejandro: *Nuestros próceres navales*. Imprenta Nacional, Caracas, 1964.

- “Papeles de Guerra y Marina”. Archivo Nacional, Caracas.
- “Historia Naval”, Texto editado por la Escuela de Guerra Naval de Venezuela.
- “Historia Documental de Venezuela”. Publicaciones del Ministerio de Justicia de Venezuela. Colección Histórica Venezolana. Editorial Rex. Caracas, 1957.
- “Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX”. Tomo IV. Publicación de la Presidencia de la República. Editorial Arte, Caracas, 1963.
- Revista de la Marina*, No. 5, del 24 de julio del 1967. Órgano de la Marina de Guerra de Venezuela.
- Expediente formado de Orden del Exmo. Sor. Dn. Miguel Gastón, Comandante General del Apostadero de La Habana a solicitud del Capitán de Navío Dn. Ángel Laborde, a cerca de los acaecimientos de la acción naval dada el día veinte y cuatro de julio de mil ochocientos veinte y tres en la Laguna de Maracaibo entre nuestra Escuadrilla y la denominada de Colombia. Agregado al duplicado del oficio No. 497. Manuscrito 1828. Museo Naval. Ministerio de Marina. Madrid, España.

La Batalla Naval del Lago de Maracaibo

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana

Caracas, Venezuela,

Julio de 2023







LA BATALLA NAVAL DEL LAGO DE MARACAIBO

A 200 años de su aniversario, publicamos la narración minuciosa de *La Batalla Naval del Lago de Maracaibo*, realizada por el contralmirante Antonio R. Eljuri-Yúnez S. Esta última y decisiva batalla, entre las campañas de la Guerra de Independencia y las operaciones sobre el Zulia, fue librada el 24 de julio de 1823, siendo dirigida por los patriotas que, al mando de los buques republicanos, enfrentaron al general realista Ángel Laborde y Navarro y toda su Armada española. Ante la derrota, el día 5 de agosto los realistas evacúan definitivamente el territorio nacional, habiendo estado apostados en el castillo San Carlos y el de San Felipe, en Puerto Cabello, entre otros sitios estratégicos.

ANTONIO R. ELJURI-YÚNEZ S.

Oficial de la Armada. Nació en Coro, Falcón. Egresó en 1942 de la Escuela Naval de Valparaíso, Chile. Fue estudioso e investigador, escribió artículos en varias revistas nacionales y extranjeras; entre sus libros, acogidos en los medios profesionales y como textos de estudio en la Escuela Superior del Ejército, están: *Apuntes de trigonometría esférica* (1946), y entre sus traducciones: *Estrategia naval moderna* (1949) y *Teoría y práctica de radiogoniómetros* (1952). Fue profesor en la Escuela de Guerra Naval y la Escuela Superior de la Aviación. Se le otorgó en Venezuela, entre otras, las condecoraciones: Orden del Libertador en el Grado de Caballero y Oficial; Medalla Militar “General Rafael Urdaneta” en Tercera, Segunda y Primera Clases; Orden al Mérito Naval en Segunda Clase; Cruz de las Fuerzas Aéreas en Segunda Clase, y Cruz de las Fuerzas Armadas de Cooperación en Segunda Clase; y otras concedidas internacionalmente. Desempeñó, entre otros cargos, el de comandante de la Flotilla de Caza-submarinos y de la División especial de destructores (*Clemente, Flores, Morán*); subdirector de la Escuela Naval; director de la Escuela de Guerra Naval; Jefe de la Primera División del Estado Mayor Conjunto; director de Marina Mercante; agregado naval en Panamá y los Estados Unidos; y comandante de la Base Naval C. A. Agustín Armario.

PUBLICADO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA